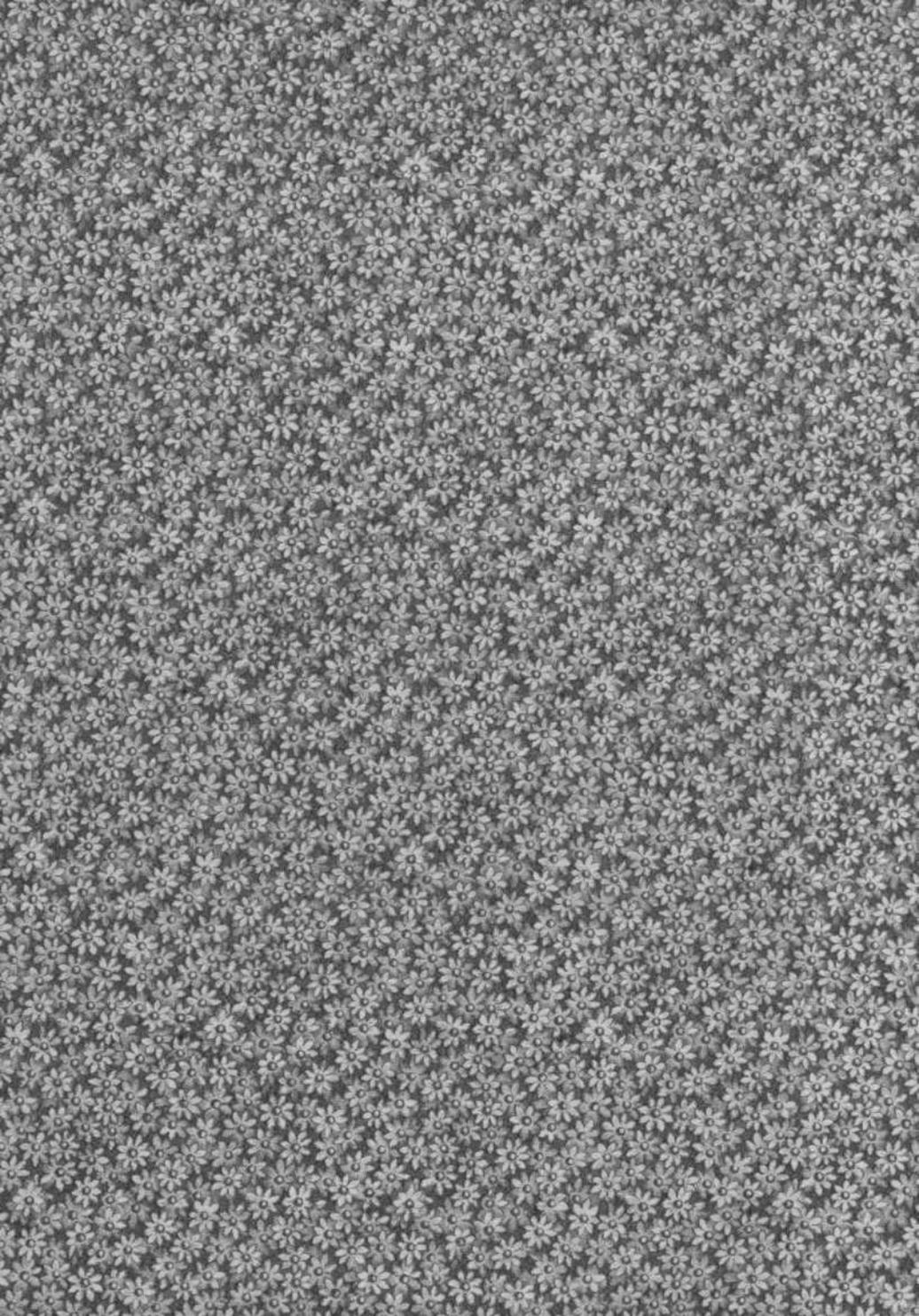
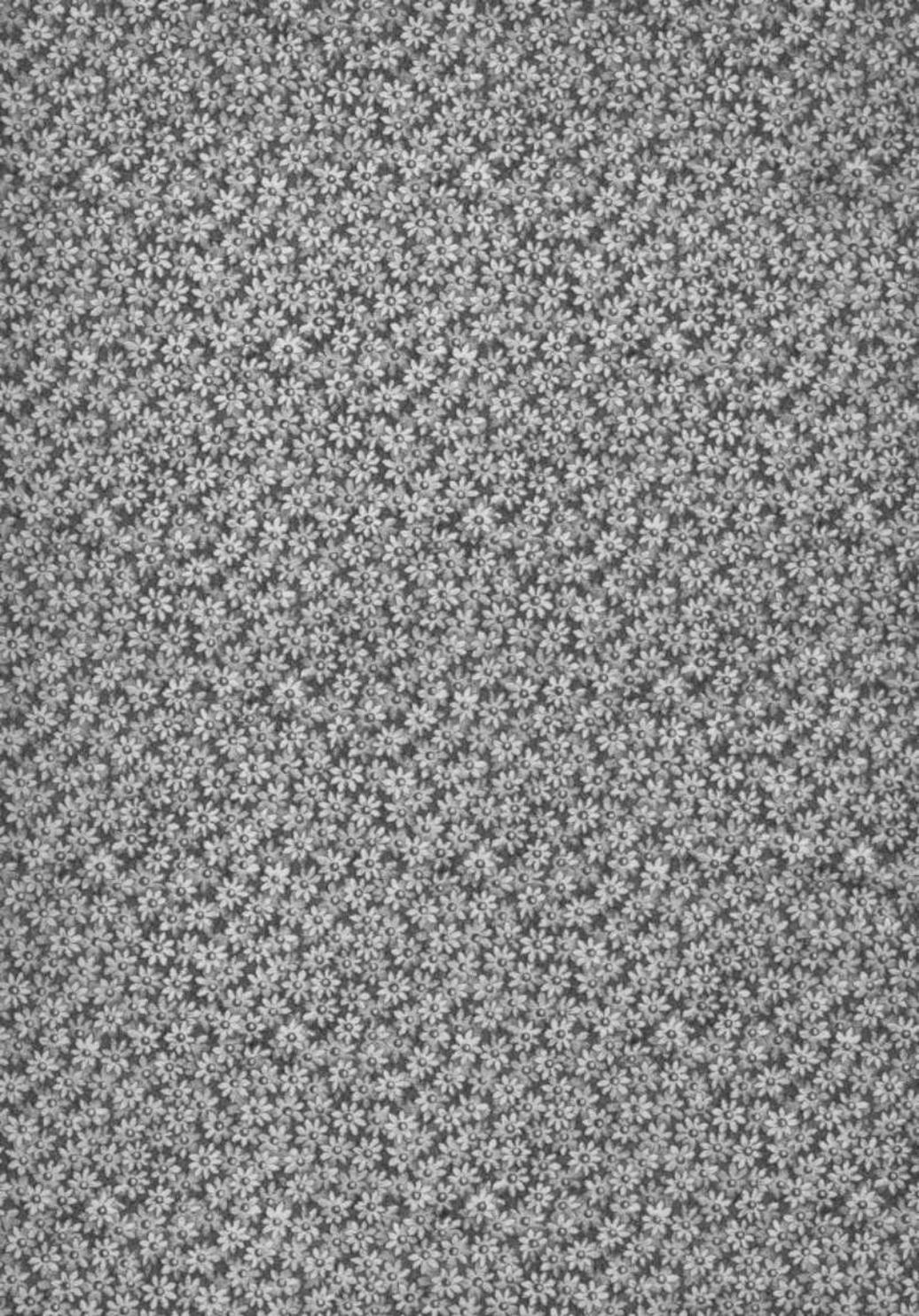


CERTAMEN DEPARTADO

EN HONOR DE

SAN JUAN DE LA CRUZ







D621  
A

CERTAMEN LITERARIO

EN HONOR DE

San Juan de la Cruz.





# CERTAMEN LITERARIO

EN HONOR DE

# SAN JUAN DE LA CRUZ.



## COMPOSICIONES

PREMIADAS CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO  
DEL DOCTOR EXTÁTICO,

con un prólogo escrito por

**DON CARLOS DE LECEA Y GARCÍA.**



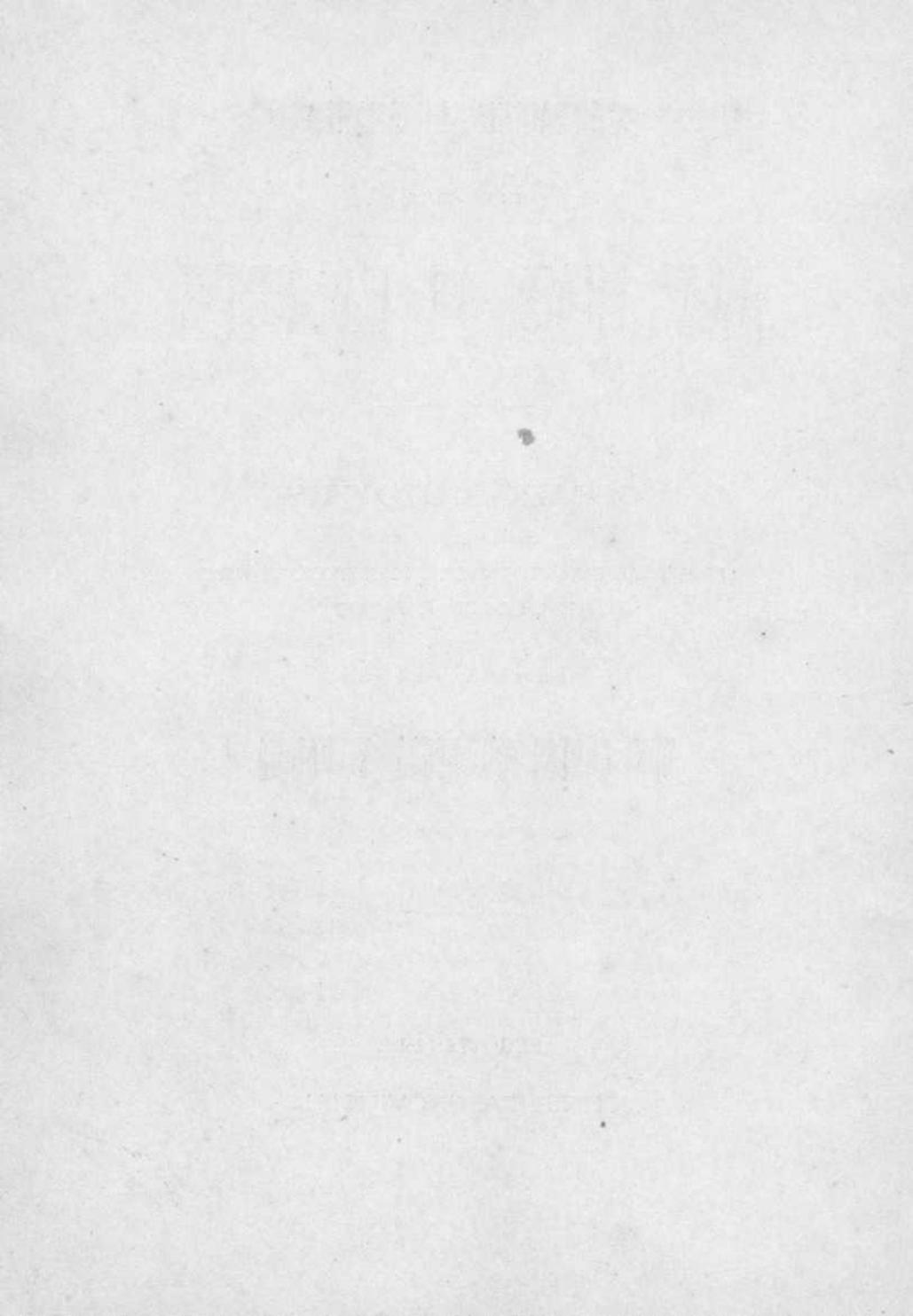
SEGOVIA: 1892.

—  
IMPRENTA PROVINCIAL.



R. 48002

4.57766  
C. 1073032





## PRÓLOGO.



**E**ADA más noble, nada más digno de patriótico aplauso que el plácido recuerdo de los hombres ilustres, que cual fúlgidas antorchas, iluminan el mundo con el esplendor de su genio, con la santidad de su vida, con el brillo de su virtud, la importancia de sus hechos, la fama de su heroísmo, el encanto de su palabra, la dulcísima persuasión de sus escritos, el prodigio de sus descubrimientos, lo científico de sus teorías, la sublimidad inspirada de su mente, ó con cualquiera otro de los múltiples destellos con que el dedo de Dios favorece, cuando así le

place en los incomprensibles arcanos de su Omnipotencia, á las criaturas verdaderamente privilegiadas.

Para enseñanza de las generaciones que se suceden rápidas, ó de los pueblos que desaparecen presurosos en la inmensidad de los tiempos, conserva la Sagrada Escritura la memoria y el ejemplo de los Patriarcas, de los Profetas, de los Legisladores, de los Sacerdotes y de la infinita multitud de personajes bíblicos que esmaltan, por admirable modo, el Libro Celestial. La Iglesia católica, maestra fiel de verdades divinas, al conmemorar el tránsito feliz de las almas dichosas á la bienaventurada mansión de los justos, pone solícita á la vista de los creyentes y de los que no lo son, para que le graben, y aprendan el camino de eterna salud, el ejemplo portentoso de sus privaciones, sus angustias, sus dolores, las ansias de su fe, sus deliquios y arrobamientos, los horrores de su martirio ó el tranquilo y reposado término de sus días de tribulación, en el amoroso regazo del Señor. La Historia, espejo brillante de las acciones más heroicas, recuerda de continuo á la mísera humanidad los nombres, no siempre gloriosos, de sus caudillos, de sus conquistadores, de los que formaron y dirigieron sus nacionalidades, de los que la enseñaron los ocultos misterios del saber, de los que arrebataron su fantasía con el brillo seductor de la fortuna ó de la gloria, de los que fueron á su

frente en las sendas nada suaves de la civilización ó la llevaron á próspero bienestar; sin excluir á ninguno de los claros é insignes varones, sea el que quiera el arte, la ciencia, el motivo ó la ocasión en que se distinguieron.

Cierta y segura la edad presente del respeto que inspiran los grandes hombres que pasaron, así como de la grata emoción que producen siempre los rasgos más salientes de su vida, y cual si quisiera imitar á Milton, el incomparable cantor de la tragedia del Paraíso, cuando decía con ingenua sencillez que “allí donde „encontraba un hombre despreciando la falsa „estimación del vulgo, osando aspirar por sus „sentimientos, su lenguaje ó su conducta, á lo „que la alta sabiduría de los ángeles nos ha „enseñado de más excelente, se unía á ese „hombre por una especie de necesario atractivo, y contemplaba con ternura á cuantos „llegan á la cima de la dignidad, del carácter, „de la inteligencia ó de la virtud,;” cierta y segura nuestra edad del provecho que obtienen los pueblos, cuando honran gozosos la memoria de los grandes hombres, se va acostumbrando fácil á celebrar centenario de los más ilustres, con solemnidades de tal índole, que para no pocos, pudieran ser más bien desagravio debido á la obscuridad en que les dejó vivir y morir la ingratitud de sus contemporáneos.

Recientes están los celebrados en varios países, y aun en el nuestro, con lucimiento y

brillantez extraordinarios; algún otro se aproxima —el del descubridor afortunado de riquísimos continentes— muy propio y muy merecido. La Orden gloriosa del Carmen Descalzo, los fieles sin número que siguen su camino, los que aprecian cual es debido y se extasían ante cualquier dechado de santidad, los entusiastas por la literatura cristiana, la que mejor interpreta los conceptos armónicos de la sublime belleza, no podían permanecer indiferentes al llegar la fecha memorable de la muerte feliz de un humilde religioso, tesoro de virtudes, lumbrera de ciencia divina, astro brillante de nuestro siglo de oro, y admiración del mundo.

Ese humilde religioso, sencillo y angelical, como quien sólo vive entre aromas suavísimos del más puro candor, no buscó notoriedad ni fama entre los vaivenes de la vida social, ni se dió á conocer ruidoso entre las celebridades de su tiempo. Modesto, recogido, atento siempre á purificar más y más su espíritu por la continua oración, desnudándole de mortales apetitos, para adquirir, por amor de Dios y desprecio de sí mismo, su santa gracia, y llegar así á la dicha sin igual de sumergirse en el Océano de la divina presencia, no conmovió ni arrastró tras sí muchedumbres delirantes por el fuego de su palabra, ni por la actividad ó el vigor de su genio. Nacido para la vida contemplativa, sus inclinaciones le llevaban á la austera regla del monje solitario, que, abstrayéndose de todo lo

terreno, encierra su existencia en recóndito lugar, cual sepulcro prematuro, para entregarse, más á su placer, á la única y santa aspiración de ganar el Cielo. La docilidad de su alma, su pronta disposición á prescindir de su voluntad, sacrificándola á la ajena, cuando su sacrificio pudiera ser grato al Altísimo ó provechoso á los demás, y, sobre todo, la delicada percepción de su espíritu, con la cual discernía y apreciaba sin vacilar las sendas del Señor; le movieron á torcer sus propósitos de cenobítico retiro, por la accidentada vida de Reformador de la Orden del Carmen, sólo al oír en momento dichoso las inspiradas razones de la mística Doctora, llamada con apropiada frase *el milagro de su siglo*.

San Juan de la Cruz fué ese religioso ejemplar que, prestándose sumiso, á la vez que placentero, á la obra admirable de procurar la reforma y perfección de sus hermanos de instituto y de cuantos aspiran á más santa vida, realizó con constante paciencia y entendimiento superior á todo lo imaginado, la sapientísima obra de enseñar á las generaciones atónitas el medio seguro de purificar las almas, despojándolas del vil afecto á lo material y terreno, para hacerlas subir en alas de la fe y del amor divino, por entre obscuridad y aridez, aflicciones y amargas graduales, enfrenadas ya las pasiones, á la contemplación y conocimiento del dulcísimo estado de gracia, con sus delicias sin fin y sus goces indescriptibles.

Ni su empresa fué sólo trabajo del esfuerzo humano, por más que él la emprendiera y la siguiese con todo su anhelo, ni jamás llegara á realizarla, ni siquiera á describirla, si no hubiera disfrutado su corazón, como premio á sus afanes, la pureza del angel, ni hubiese vislumbrado su mente un rayo por lo menos del espíritu celestial, sin el cual no es posible dar un paso en las regiones que el Santo recorrió con seguridad y maestría. Hablar de su doctrina, de su austeridad, de sus privaciones, de sus sufrimientos, de sus virtudes, de los detalles y pormenores de su conturbada vida, desde que ve la luz primera en Fontiveros, hasta que á los cuarenta y nueve años, vuela su alma en *noche no oscura*, sino dichosa y clarísima para él, á cantar *matines* al Cielo, sería impropio de este ligero trabajo y, además, inútil, por tratarse de un ser privilegiado y sobremanera conocido, que cuenta por centenares los escritores y biógrafos que en sus hechos y en sus escritos, en multitud de idiomas se ocuparon.

Lo que no podemos ni debemos dispensarnos de exponer, siquiera sea de pasada, para no impedir al lector el natural deseo de saborear cuanto antes las infinitas bellezas contenidas en las varias composiciones que forman este libro, es el concepto que San Juan de la Cruz goza, aparte su admirable santidad, en el mundo de las letras, como *Doctor místico*, como *prosista clásico* y como *poeta lírico*, cuya imagina-

ción acostumbrada á discurrir por los etéreos espacios de donde proviene todo lo sublime, supo manejar con tanta suavidad y ternura las armonías del ritmo y la cadencia.

La Teología mística es ciencia espiritual y divina, que más se explica con el sentimiento que con la razón; más la entiende el alma cristiana, sencilla y pura, atenta sólo á lograr la dicha inefable de unirse á Dios, en cuanto es posible, y extasiarse en su contemplación beatífica, resumen del supremo bien, que el entendimiento de los sabios dedicados á analizar é investigar las ciencias, sus fundamentos, su extensión y sus límites, bajo los estrechos criterios de las humanas letras. Para comprender los cánones primeros, las primeras reglas de esa doctrina celestial, es menester despojarse en absoluto de las ligaduras con que las pasiones y los sentidos nos sujetan á los incitantes deleites de la materia. Para penetrar un poco más y andar, sin vacilante paso, por sus sendas misteriosas, es preciso haber purificado todo el organismo sensual, mortificándole con los rigores de la penitencia y la oración, hasta que el ejercicio continuo de las virtudes teologales le ilumine y le inunde con su resplandor. Para ser maestro y guía seguro en tan difícil ciencia, se requiere haber pasado, y no de corrido, por los grandes fervores y deseos del amor divino, por las grandes inquietudes, perplejidad y densas tinieblas de la fe, por las cuales ha de

ir el alma antes de llegar á la suma contemplación. Así y todo, quien llegue á ella por tan ásperos caminos, sabrá sentir los dolores necesarios y los goces positivos de ese estado perfectísimo; pero no podrá decirlos ni pintarlos por sí solo sin riesgo de error, cual lo afirma el mismo Santo en el Prólogo de la *Noche Oscura*, donde escribe, que para tratar algo de esa noche simbólica, “*prescindía y no se fiaba de su experiencia, sino de la divina Escritura; pues que en ella habla el Espíritu Santo, y el que se guía por ella, no podrá errar.*”

Con tan infalibles derroteros, el de la sabiduría divina, aprendida práctica y experimentalmente en los frecuentes éxtasis y arrobamientos del alma, y el de la Sagrada Escritura, síntesis, compendio, resumen y última palabra á la vez de lo que fué, de lo que es y de lo que será, San Juan de la Cruz no podía equivocarse, cual su humildad lo temía, ni se equivocó al exponer de varios modos, con la profundidad del genio inspirado y la sencillez del corazón más puro, los principios, los consejos, las reglas, las máximas y las sentencias espirituales de la santa doctrina que fluye abundante en las preciosas páginas de sus obras.

¡Ah! si todos los místicos, ya que no poseyeran la sobrenatural inspiración que sólo se da á los escogidos, hubiesen imitado al reformador del Carmelo en no fiarse de su propio juicio, á pesar de la solidez de su ciencia, y hubieran

tenido siempre á la vista el sagrado Evangelio, no habría que lamentar las terribles caídas de algunos genios profundos que tanto daño hicieron inconscientes ó pertinaces, á multitud de almas devotas. El aragonés *Molinos*, aquel mal aconsejado sacerdote que quiso resucitar el panteista *quietismo* del Oriente, y que no obstante haber sufrido la condena por la Inquisición, de muchas de sus proposiciones, y de haber abjurado públicamente sus errores, murió estando aún preso, con señal evidente de persistir en ellos; el marsellés *Malaval*, que á pesar de su ceguera casi nativa, se dedicó al estudio de los místicos españoles, principalmente al de Molinos, cuyas extraviadas ideas llegó á verter en su *Práctica sencilla para elevar el alma á la contemplación*, obra por él dictada y condenada en Roma, aunque con total arrepentimiento de su autor; *Juana Maria de Lamotte*, más conocida por *Mad. Guyon*, la que con su imaginación calenturienta mezcló las ideas platónicas con algunas de verdadera y falsa mística, y dió lugar á que Fenelón, el sabio Arzobispo de Cambray, desvariase en estas materias, hasta ver condenado por el Pontífice su libro de defensa contra Bossuet y Bordaloue, *Las Máximas de los Santos*, ante cuya condena bajó humilde la cabeza y se acusó contrito á sus diocesanos de haber incurrido en aquellos errores; todos esos y otros varios espíritus, extraviados por el falaz engaño de voces inte-

riores que no provenían de los divinos llamamientos, no habrían caído en sus fatales extravagancias, si, menos seguros de sí mismos, hubieran atendido más á la voz de la sabiduría que resplandece en la Sagrada Escritura.

El Santo Carmelita fué Maestro verdadero de la Teología mística más pura; su doctrina no tiene rival en exactitud y fijeza; sus ideas, sus afirmaciones, sus máximas, las mismas que enseña la Doctora de Avila, de quien fué inspirado y asiduo *Coadjutor*, y las mismas que exponen los grandes místicos y entre ellos, los venerables Avila y Granada, son como bálsamo vivificador conservado por el *Extático* religioso, para que al aspirar sus aromas las almas sedientas de perfección, puedan emprender y continuar el camino que las lleve á satisfacer sus ansias celestiales. La Iglesia católica las admite todas ellas, sin excepción alguna, como expresión de la ciencia divina; los teólogos más insignes, los sabios más famosos del mundo cristiano que las conocen en multitud de idiomas, las graban gozosos en el corazón y en el entendimiento; el Episcopado español, por último, persuadido del preeminente lugar que goza el reformador del Carmelo entre los autores más preeminentes de esa ciencia sublime, gestiona solícito á fin de que la Santa Sede le proclame *Doctor Místico*, por reunir cual ninguno, el conjunto de condiciones requeridas, con escrupulosa previsión por nuestra Santa Madre.

No puede darse concepto más elevado que el de San Juan de la Cruz, ante la mística y profunda Teología. Veamos ahora si su fama es merecida como prosista clásico.

Escribió el *Extático* reformador sus obras admirables, precisamente en el siglo de oro de las letras patrias; cuando el habla castellana había llegado á la cumbre de su majestad; cuando los poetas, los historiadores y los novelistas la ennoblecían con el poder de su genio; cuando, al par suyo, se levantaban en su mismo estadio los Luises de Granada y de León, Santa Teresa de Jesús, Fr. Juan de los Angeles, Zárate, Estella, Venegas, Rivadeneira y tantos otros místicos y ascéticos escritores, que, teniendo por norte el amor de Dios y el desprecio del mundo ó, lo que es lo mismo, la elevación del espíritu sobre la materia, derramaban sin cesar torrentes de elocuencia, de inspiración y buen decir en todos sus escritos, constitutivos de un monumento universal en esta parte preciosísima de nuestra literatura.

Ninguno de esos escritores se propuso como fin único, al publicar sus magistrales concepciones, el brillo solo de las letras; ninguno escribió con el exclusivo objeto de rendir culto al arte, por más que alguno fuera verdaderamente artista. El móvil de todos ellos fué dar á conocer la verdad, procurar el bien y contribuir á la perfección del humano linaje, desviándole de los abismos de perdición á que le

inclina nuestro natural rebelde. Y como para realizar con éxito tamaña empresa, necesitaban penetrar y descubrir los arcanos del corazón, las enseñanzas divinas, lo temporal y lo eterno, llegando hasta la belleza ideal que emana del Altísimo, de aquí el que, sin ellos advertirlo, ni cuidarse apenas más que de la profundidad del pensamiento, de la pureza de la doctrina y de la persuasión en la frase, se expresaran con la suavidad, la ternura y la elocuencia que en todos ellos resplandece y que hacen de sus obras manantiales purísimos de fe y de doctrina y verdaderos tesoros literarios.

San Juan de la Cruz, cuando describe los misterios del amor divino, en que no tiene rival, para nada se cuida de preceptos retóricos, ni de artificios de la palabra. Su poderoso entendimiento escribía con sencillez lo que sentía su alma: difícil el asunto de sus obras para la inmensa mayoría de los mortales, el mismo Santo confesaba que "su intento no era hablar con todos; que los desnudos de las cosas temporales entenderían mejor la doctrina de la desnudez de espíritu; y que el lector no debía maravillarse, si le pareciere algo obscura al principio á leer, porque si pasara adelante, lo entendería mejor, y si leyere segunda vez, lo encontraría más claro."

Ha provenido de aquí, de esta dificultad del asunto tratado, que alguno le acuse de obscuro, nebuloso y poco inteligible, tachándole, además,

de falta de la propiedad que ha de tener todo escritor para ser considerado como clásico. Nada menos cierto: los libros de San Juan de la Cruz explican y describen, ante todo y sobre todo, los misterios más profundos del alma apasionada por su unión á Dios; y cuando de esto se trata, y al que tan santa aspiración lleva, y en tan delicadas materias se ocupa, no se le puede censurar, sin tener á la vista las siguientes palabras de Fr. Luis de León, en su *Prólogo á la Exposición del Cantar de los Cantares*: “En todas las Escrituras—dice—á donde se explican algunas grandes pasiones, mayormente de amor, al parecer, van las razones cortadas y desconcertadas, aunque á la verdad, entendido una vez el hilo de la pasión que mueve, responden maravillosamente á los afectos que explican, los cuales nacen unos de otros por natural concierto; y *“la causa de parecer así cortadas es que en el ánimo enseñoreado de alguna pasión vehemente, no alcanza la lengua al corazón, ni se puede decir tanto como se siente.”*

Ni la lengua ni la pluma pueden dejar de ser un tanto incorrectas, cuando no es la mente la que las guía, sino la *abundantia cordis*, el fuego de los afectos, el fervoroso sentir de las grandezas divinas; pero esa incorrección, cuando la padece un genio poderoso, cual el de San Juan de la Cruz, en vez de constituir defecto, privando de gallardía á la frase, la da casi siempre sonoridad, fluidez, elegancia y ese

encanto indefinible que respiran las obras de nuestros clásicos cristianos. Lo mismo que del reformador del Carmelo se ha dicho de todos ellos, sin excluir á Fr. Luis de Granada, á pesar de que pocos ó ninguno le ha superado en el manejo de la majestuosa habla castellana.

San Juan de la Cruz, como verdadero escritor clásico, no emplea en la *Subida al Monte Carmelo*, en la *Noche Escura*, en el *Cántico Espiritual* ni en la *Llama de Amor viva*, el mismo estilo que en las *Sentencias y Avisos*. En los primeros aparece su lenguaje revestido de los remontados conceptos propios de quien se eleva á la más alta contemplación: en los segundos, su sencillez, su claridad, su compendioso y limpio decir, y la ingenua maestría de su frase, avaloran extraordinariamente su mérito. Verdadero creador de la literatura mística en España, en ninguna de sus obras es inferior á la mayor parte de los clásicos, ni las infinitas bellezas esparcidas por ellas, podrán ser jamás anubladas por cualquier incorrección de frase que no advirtiera al trasladar al papel los sentimientos de su alma purísima, atenta sólo al fondo de lo que escribía, sin cuidarse para nada de galas ni perfiles literarios. ¿Qué le importaba ser ó no literato, ni conquistar vanos laureles en la república de las letras, al Serafín, cuyo único deseo era desligarse del mundo y sus engaños, para llegar más presto á la presencia de Dios?

Y, sin embargo, fué prosista clásico, y lo que es más aún, el cantor inspirado, el poeta lírico más perfecto de la mística poesía. Inútil empeño fuera establecer paralelo entre Fr. Luis de León, príncipe de los líricos españoles propiamente dichos, y San Juan de la Cruz, príncipe de los poetas genuina y exclusivamente místicos. El primero—por más que afirma que *la poesía es una cosa santa, comunicación del aliento celestial y divino, inspirada por Dios á los hombres, para, con el movimiento y espíritu de ella, levantarlos al Cielo de donde proceden*—no siempre estudia ni sigue los modelos bíblicos, ni toma por asunto de sus composiciones *el subido sentir de la divina esencia* (1); y si en todas sus obras poéticas descuella como el genio de la poesía lírica, con carácter propio y exclusivo, no por eso se sus-trajo á la imitación de Horacio en sus Odas profanas, ni á la de Virgilio, Tibulo, Petrarca y Bembo, de quienes, lo mismo que de aquél, tradujo con éxito brillante muchas de sus poesías. San Juan de la Cruz, por el contrario, como que sólo se propuso cantar el camino del Cielo y los goces inefables del amor de Dios, no tuvo más guía que su inspiración, ni más modelos que la lira de David, *el que ponía el oído á las suavísimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas*, según frase de Donoso Cortés, y la de Salomón, el Rey sabio y felicísimo,

---

(1) San Juan de la Cruz.

de quien dice el mismo autor, *que cantó el amor divino, y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios*. Ni Fr. Luis de León pierde su nombre esclarecido como lírico, en toda la expresión de la palabra, porque se ensalce á San Juan de la Cruz, ni San Juan de la Cruz dejará de ser el gran lírico de la sublime mística española, porque se aplauda y se glorifique á Fr. Luis de León. El uno y el otro son genios portentosos: los dos ilustrarán siempre con sus magníficas canciones esta rama florida de la más bella poesía.

Contrayéndonos al asociado á Santa Teresa, no podemos menos de decir que San Juan de la Cruz es el verdadero poeta del sentimiento, el lírico por excelencia, el que, conocedor de los más profundos y más tiernos afectos del alma, así bien que de las bondades celestiales, canta y suspira con acento sobrehumano y en cadencioso y armónico ritmo, las ansias del pecador que anhela el bien supremo, las amarguras que ha de sufrir hasta llegar á él, y las delicias sin fin del amor deífico, luego que la criatura feliz logra vencer las prisiones con que el monstruo del pecado oprime su espíritu. La doctrina de sus libros sorprendentes enseña con la severa majestad de correcta prosa, tesoros de subida ciencia para el cristiano: las bellezas innumerables de sus cánticos angélicos, son el arrullo seductor de la paloma inmaculada que

recrea nuestras potencias y sentidos con la idea de lo infinito, envuelta y diluida en alegóricas ficciones de la vida real. Para pintar sus dolores y alegrías, para describir lo que sólo pudo aprender en sus extáticas contemplaciones, no invoca ni recurre á los preceptistas griegos ni latinos, ni al favor de las alegres Musas. Semejante á David cuando habla á Dios omnipotente con la sencillez del amigo al amigo, cuando describe las maravillas de su contemplación ó cuando llora apesadumbrado su ausencia, todos sus versos, desde el primero al último, respiran la pureza y el candor del Serafín, por más que las encubra mísera vestidura humana. Las imágenes de que se sirve, las figuras, los símiles, la animación y viveza de las frases, los giros todos de su estro poético, son de tal originalidad, expresión y gallardía, que el crítico más descontentadizo, al juzgar las concepciones poéticas del Santo Carmelita, no podría rehusarle, sin enorme injusticia, el laureo valiosísimo de gran poeta lírico.

¡Con qué deleite analizaríamos aquí algunos de sus *Cánticos*, de sus *Glosas*, de sus *Romances* ó de su versión castellana de los *Salmos*! Así brillarían más y más sus primores; pero ni vendría á cuento, ni habría para qué en el Prólogo de un libro donde, por competentísimos escritores, se hace ese estudio en prosa y en verso, además de examinarse sus obras bajo el criterio puramente literario: el unánime juicio

de nuestros principales hombres de letras y la reputación que disfruta en todos los países cultos, lo harían, por otra parte, innecesario. Nuestro fin único era precisar el levantado concepto que San Juan de la Cruz goza en la serena región de la ciencia y la poesía, como *Doctor místico*, como *Prosista clásico* y como *Poeta lírico*; y, aunque con repetición y pesadez sumas, creemos haberlo logrado.

El alma purísima del Serafín del Carmen disfruta la eterna bienaventuranza en el Cielo. Su cuerpo incorrupto yace en veneración devota en el Convento de Segovia, donde esparce, casi tres siglos ha, el fragante aroma de su santidad, y á donde fué traído ese tesoro sin precio por el piadoso afecto de una familia ilustre, por los hermanos D. Luis y Doña Ana Mercado y Peñalosa, quienes al adquirirle, con las licencias necesarias, hicieron á su pueblo el mayor bien, constituyéndole en custodio y guardador afortunado de la inestimable reliquia, en hijo cariñoso del Santo, y en admirador entusiasta del Místico y del Poeta.

Hé aquí por qué, al aproximarse el tercer Centenario de su muerte gloriosa, los Reverendos Padres Carmelitas, auxiliados por el Prelado de la Diócesis, se disponían á celebrar con el esplendor posible tan memorable acontecimiento. Segovia entera, al saberlo, se prestó propicia á demostrar de nuevo, que, si su desgracia y su penuria son cada día mayores, su

voluntad y su grandeza de ánimo no tienen límite, cuando han de enaltecer la memoria de los héroes de la virtud, ó cuando han de contribuir á cualquier acto que redunde en honra de su nombre. El Ayuntamiento, la Diputación de la Provincia, el Clero y religiones, la milicia, las clases todas de la sociedad, desde el Grande de España hasta el humilde artesano, todos se confundieron en el vehementísimo deseo de conmemorar tan fausto suceso del modo más digno posible, no sólo con fiestas religiosas, en que la suntuosidad y la devoción fueran unidas, sino con otra clase de festejos, obras de caridad y solemnidades apropiadas.

Entre estas últimas (porque la narración y el recuerdo de las primeras, notables y espléndidas como pocas, no son de este lugar), figuró desde el principio un *Certamen literario*, en elogio del insigne varón, con el fin de que los literatos españoles pudieran cantar en prosa y en verso las glorias del *Doctor Extático*, y ornar, una vez más, su santa frente con brillante corona literaria.

Sin levantar mano, se nombró una Subcomisión (1), compuesta de personas competentes

---

(1) La *Subcomisión literaria* se compuso de las personas siguientes: *Presidentes de honor*: el Excmo. Sr. Conde de Cheste y D. Tomás Baeza González, Deán de esta Santa Iglesia, y que con gran dolor de cuantos conocíamos su virtud y saber, falleció antes del día del Centenario.—*Presidente*: el Dr. D. Julián Miranda, Canónigo Magistra<sup>l</sup>.—*Vicepresidentes*: D. Carlos de Leccea y García, Abogado y Diputado á Cortes.—*Vocales*: el Ilmo. Sr. Don Alejandro Rodríguez del Valle, Presidente de la Audiencia de lo

en distintos ramos del saber, excepción hecha del autor de este desaliñado Prólogo, y con tal prontitud dieron comienzo sus tareas, que á los pocos días el éxito del Certamen era seguro, con la añadidura de una interesante *Velada*. El anciano Conde de Cheste, literato distinguido y entusiasta como pocos por el genio creador de los grandes poetas, Director de la Real Academia Española y auxiliar solícito de cuanto conduce al engrandecimiento moral y material de Segovia, no vaciló un punto en dispensar su apoyo y protección á la feliz idea. La Real Academia, que, si *limpia, fija y da esplendor* á nuestro idioma, no contribuye menos á la fama de los que correcta y castizamente le escribieron, la acogió también bajo sus auspicios, en cuanto sus Estatutos lo permitían, y en todo aquello que á su amor á las letras patrias no podía estar vedado.

Con tales iniciativas, S. M. la Reina Regente y S. A. la Serenísima Infanta Doña Isabel concedieron valiosísimos premios. La Diputación provincial, el Ayuntamiento, el Prelado

---

Criminal; D. Abdón Alonso Alvarez, Presbítero; R. P. Eulogio de San José, Carmelita Descalzo; D. Federico de Orduña, Abogado y Diputado provincial; D. Gregorio Herrainz, Director de la Escuela Normal de Maestros; D. Román Baeza, Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País; D. Vicente Rubio, Director del periódico *La Tempestad*; D. Rafael Ochoa, de *El Adelantado*; don Bernardo Maeso, de *El Faro de Castilla*; D. Fernando Rivas, Comandante de Infantería; D. Eulogio Martín Higuera, Director de *La Legalidad*, y D. José Ramírez, de *El Carpetano*.—*Vocal Secretario*, D. Juan Loriga, Teniente Coronel, Comandante de Artillería.

de la Diócesis, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Academia de Artillería, el Instituto de segunda enseñanza, el R. P. Provincial de los Carmelitas Descalzos, el Marqués de Quintanar, el del Arco, el Conde de Alpuente y D. Manuel Llorente Vázquez, los concedieron también; y así, por este medio, y con la voluntad de todos, á pesar de lo angustioso del plazo (poco más de un mes), pudo realizarse tan plausible pensamiento.

La Real Academia, cual era de rigor, abrió concurso independiente, si bien, en consideración á que el cuerpo purísimo del Poeta conmemorado, Santo además de Poeta, se venera religiosamente en Segovia, nombró una respetable Comisión de su seno, compuesta del Director, Conde de Cheste; del Secretario, D. Manuel Tamayo y Baus, y de los Académicos D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez Pelayo, para que, trasladándose á esta Ciudad cuando lo creyera oportuno, diera cuenta del resultado del concurso y entregase al poeta laureado por la docta Corporación, el premio ofrecido, al propio tiempo y en el mismo acto en que se entregaran los otros premios del Certamen á los escritores que resultasen premiados.

Distinción tan alta es esta por parte de la Academia, que acaso no haya concedido otra igual. San Juan de la Cruz bien la merecía. El Conde de Cheste y aquellos otros Académicos,

satisfechos están de haberla cumplido. Segovia, por su parte, no olvidará jamás el alto honor que recibió, al recibir á los ilustres mensajeros, de la deferencia cortés de la Real Academia.

Del concurso celebrado por esta sabia Corporación, nada hablaremos, porque no nos incumbe. Lo que no podemos dispensarnos de decir es que las composiciones presentadas para optar á doce de los trece premios designados en el Programa que se publicó en 11 de Octubre de 1891, fueron nada menos que ciento diez. El Jurado especial (1), nombrado por la Subcomisión correspondiente, las examinó con el mayor detenimiento, dada la premura del plazo, no sin haber acordado de antemano atender con diligencia suma á la sana doctrina religiosa, é inspirarse en el más amplio criterio posible en cuanto á la parte literaria, sin que por eso se alterasen las condiciones de los respectivos temas.

Tratándose de honrar la memoria de un Santo, lo menos que podía exigirse era que las obras destinadas á ello respirasen religiosidad y estuvieran en completa armonía con los preceptos de la Iglesia. De no haberse procedido

---

(1) Por acuerdo de la Subcomisión literaria, formaron el Jurado las siguientes personas: D. Julián Miranda, Presidente; Sr. Marqués del Arco, D. Carlos de Lecea y García, D. Alejandro Rodríguez del Valle, D. Gregorio Herrainz, D. Federico de Orduña, D. Joaquín Castellarnau y D. Juan Loriga, Secretario también por unánime acuerdo.

así, esto es, de haberse atendido ante todo y sobre todo, á la buena forma literaria, pasando por alto errores de fondo, más que honrar la memoria del Santo, habría sido escarnecerla; y esto, ni lo podían hacer los individuos del Jurado, ni habría merecido más que justas y unánimes censuras.

El buen fondo religioso exigido no se oponía, por otra parte, ni ha estado, ni estará jamás en oposición con las buenas formas literarias, antes por el contrario, nada hay que se preste tanto á la bella literatura, como la verdad y el bien que se derivan de la sublime doctrina de Jesucristo. El corto tiempo de que habían podido disponer los autores para sus trabajos, más corto aún y más breve de lo necesario, daba motivo al Jurado para no mostrarse riguroso ni exigente con las obras presentadas. De aquí, su favorable disposición á inspirarse en temperamentos de amplia benignidad, siempre que las incorrecciones que se advirtiesen fueran pequeñas y disculpables y no hubiera ningún trabajo sobre cada tema, de más corrección y mérito más superior y calificado.

Entre el excesivo número de escritos optando á premio, había muchos de ellos sin las condiciones debidas; otros varios contenían bellezas apreciables y que habrían podido ser también premiados, ó por lo menos, merecedores de *accésit*, á ser posible; pero hubieron de ser preferidos, con harto sentimiento del Jurado,

por no haber modo de evitarlo, no sin que aquél esforzara su juicio para el mejor acierto en el fallo. Si hubo equivocación, cúlpese á lo falible del entendimiento, no á falta de buena voluntad.

Los nutridos aplausos prodigados á los autores por el escogido é ilustrado público que oyó la lectura de las poesías y aun la de algún trabajo en prosa, en el acto solemne de la distribución de premios, son indicio seguro de que no debió incurrirse en grave desacierto al hacer la calificación. Algunos de esos autores, desconocidos, como todos ellos, cuando el Jurado premiaba sus obras, no es, á lo que parece, la vez primera que obtuvieron lauro en análogas lides: otros, con modestia digna de aplauso, ocultaron sus nombres bajo el anónimo. La opinión sensata é imparcial, la que forman con su alto saber los verdaderos literatos, juzgará con su acostumbrado acierto las composiciones premiadas, por más que para la mayor exactitud y seguridad del juicio, fuera menester un examen analítico y comparativo, cual el que hizo el Jurado, entre las ciento diez obras que se presentaron.

Indiquemos ahora, aunque sea á la ligera, para no alargar más este difuso *Prólogo*, los rasgos principales de las que, por haber obtenido premio, forman el presente Libro.

La primera es una *Poesía de Doña Carolina Valencia*, que lleva por título "*A San Juan de la*

*Cruz*,. La Real Academia la premió en público Certamen y la publicó á sus expensas. El Académico D. Juan Valera, la leyó con grave entonación y sentido acento, en el acto público habido en esta Ciudad para la repartición de premios, haciendo resaltar con su magistral lectura los armoniosos conceptos, las bellísimas frases, las sublimes ideas y el lirismo encantador de tan hermosa poesía, verdadera joya literaria. Seguro es que cuantos puedan saborearla, quedarán prendados del galano estilo que respira toda la obra, así como de su correctísima estructura, y, sobre todo, del inspirado vuelo de la autora por las regiones en que se cernía el genio del Carmelita insigne, cuya santidad, virtudes y doctrina dibuja y colorea de incomparable modo. No se podría cantar mejor la *insólita grandeza*

“De aquel JUAN DE LA CRUZ, que en el olvido  
 Del retiro claustral, en la pobreza  
 Y el abandono terrenal sumido,  
 Por el divino amor solicitado  
 Y de su santa dulcedumbre henchido,  
 Sin impedirlo la mortal flaqueza,  
 Llegó en alas del amor subido,  
 A gozar la deífica belleza..”

El premio de S. M. la Reina Regente estaba destinado al autor que mejor describiera en verso *Una Visión extática del Santo*.

Describir con exactitud y propiedad los éxtasis, arrobamientos y delirios, lo mismo que

las apariciones sobrenaturales, es por demás difícil á toda criatura mortal, por grande que sea su entendimiento; pero describirlos en verso con la valentía de imaginación que es menester, y sin faltar en lo más mínimo á los preceptos de la más abstrusa teología, es un trabajo de tal empeño, que no se presta fácilmente á todas las inteligencias, por despiertas y avisadas que sean. Las visiones extáticas que tuvo la dicha de gozar el Santo, como reales y verdaderas y sujetas á límites fijos, eran más difíciles aún de ser descritas con el vivo lenguaje de la poesía. Comprendiéndolo así el autor de la premiada bajo aquel tema, recurrió á lo fantástico ó ideal, por cuyo medio pudo hacer un buen trabajo, digno de aprecio y consideración, bajo distintos conceptos.

Abierto el pliego correspondiente al lema premiado, decía: *“Autor: Un devoto religioso y siervo de María, de nombre ignorado, que desea se entregue la pluma de oro y diamantes, regalo de S. M. la Reina, al Superior de los Padres Carmelitas, para que la dediquen á la Imagen de Nuestra Señora del Carmen, porque él no ha sido poeta hasta ahora, que le ha inspirado su Madre, la Santísima Virgen.”*

De poeta no presumirá el humilde cuanto desconocido autor; pero leyendo sus versos con algún cuidado, desde luego se observa en toda su hechura el estilo y la influencia de los buenos modelos clásicos, la costumbre de manejarlos y cierto arcaísmo, que, por lo sobrio, no es cen-

surable. Los términos proféticos, con que termina la visión, el amor á la Virgen, el elogio á la Reina, la expresión caballeresca que respiran los principales versos, y la delicada renuncia del premio, revelan por elocuentísima manera, que el autor, sea quien fuere, es poeta de sentimiento, hombre de gran corazón y poco dado á los halagos del mundo, ó quizá, y esto es lo más verosímil, cansado ó desengañado de ellos. Más que por el nombre de literato, á juzgar por la poca estima en que le tiene, se le ve anhelante, por que el premio de la Reina tuviera un buen destino, y á la verdad que no podría haberle logrado más hermoso.

A la mejor *Oda en elogio de San Juan de la Cruz* se destinaba el premio de S. A. la Infanta Doña Isabel de Borbón. Fué premiada, entre quince que optaban á él, la que lleva por lema *Su claridad nunca es oscurecida*, cuyo autor resultó ser D. Eduardo Pato y Martínez, residente en Santiago de Galicia. Sencilla esta oda, comprensiva de las cualidades principales que enaltecían al Santo, con el tono elevado, con la regularidad en las estrofas y sin demasiada extensión, ó sea con los requisitos que ha de reunir esta clase de composiciones, el Jurado la consideró digna de lauro, si bien con el sentimiento de no haber podido premiar alguna otra, sin duda estimable, aunque en segundo término.

A un *Soneto, al mejor Soneto en elogio de San*



*Juan de la Cruz*, se prometía el premio de la Excma. Diputación provincial de Segovia. Cincuenta y dos, nada menos, fueron los presentados y los que hubo que examinar uno á uno. Entre ellos, había varios muy correctos y de bien combinada rima en todos los endecasílabos; pero el Jurado premió al que llevaba por lema *Éxtasis*, su autor D. Calixto Ballesteros, residente en Madrid, sin más que advertir que el pensamiento que le inspira ofrece un completo desarrollo, natural, fluido, bien encajado, y un rasgo final notable y perfectamente característico, y muy propio del Santo, cual es *tener á Dios en el alma, teniendo el alma en Dios*.

La Academia de Artillería, considerando sin duda alguna que un Certamen literario admite variedad de asuntos y materias, ofreció su premio al autor del *mejor trabajo descriptivo en prosa ó en verso de algún episodio histórico-militar poco conocido de las guerras religiosas del siglo XVI, durante la vida de San Juan de la Cruz*. El elegido fué el que tenía por lema las palabras de Hernán Cortés *Sigamos la señal de la Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos*, sin que fuera posible conocer el nombre del modesto autor de este apreciable escrito en prosa. Artillero, al parecer, su pliego sólo decía lo siguiente: *“Un soldado anónimo, que cede el premio al Capitán de la Sección de tropa de dicho Establecimiento, para que el importe de su venta ó rifa se invierta en la co-*

*mida de los artilleros el día de Santa Bárbara, su gloriosa Patrona.*„ El episodio está escrito con claridad, con precisión y sin que el autor se proponga pasar plaza de historiador ni de literato, sino cumplir lisa y llanamente las condiciones del programa, refiriendo con datos publicados por el Académico de la Historia, señor Fernández Duro, el heroico arrojó de los tres hermanos Morezuela en el asalto de una de las plazas fuertes de la costa de Africa, defendida y protegida por corsarios berberiscos, en el reinado del Emperador Carlos V.

El premio del Instituto segoviano de segunda enseñanza, se ofrecía al autor de *la mejor composición en prosa ó verso sobre San Juan de la Cruz, considerado como poeta lírico*. Examinados los seis trabajos que se le disputaban, el Jurado prefirió sin vacilar el que ostentaba por lema una definición del Sr. Menéndez Pelayo, la que dice que “la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aun cuando lo envuelve en formas y alegorías terrestres.”. El pliego correspondiente anunció al público en el momento oportuno, que el autor de tan precioso trabajo, verdadera poesía en prosa—que también la prosa se eleva en ocasiones á los primores y bellezas de la poesía—era D. Alvaro L. Núñez, profesor del Colegio de segunda enseñanza de Astudillo, provincia de Palencia, y consorte feliz de la inspirada poetisa Doña Carolina Valencia, de quien hicimos

merecido elogio, al referir el premio que la concediera la Real Academia.

El trabajo del Sr. Núñez tiene marcado sabor literario. La propiedad y el acierto con que expone y considera á San Juan de la Cruz como poeta lírico, el profundo conocimiento, mejor dicho, el dominio que revela sobre sus obras, la habilidad, el gusto, el buen sentido crítico con que las analiza una por una, para hacer resaltar sus primores, y por añadidura, el castizo lenguaje con que expresa todas sus ideas, le hacían acreedor al premio, y sin dificultad le obtuvo.

Otra composición había en verso sobre el mismo asunto, digna de ser atendida. El Excelentísimo Sr. Marqués del Arco, individuo del Jurado, al advertir que el premio por él ofrecido, quedaba sin adjudicar, llamó la atención sobre la que presentaba por lema "*Cual nadie supo cantar—lo que llegó á concebir—¡Qué bien se sabe expresar—lo que se sabe sentir!*„; por si la consideraba en condiciones de ser premiada, en cuyo caso se la podría adjudicar el suyo. El Jurado aceptó gustosísimo el generoso ofrecimiento del Sr. Marqués, y encontrándola digna de la distinción propuesta, acordó por unanimidad concederla el premio, que por este medio vino á obtener su autor, D. José Rodao, poeta segoviano. La composición es inspirada, fácil, sentida y constituye una verdadera canción lírica, grata al oído, al ánimo y al entendi-

miento. De sentir habría sido que quedara sin recompensa.

El R. P. Provincial de Carmelitas Descalzos, persuadido de que el Certamen habría de ofrecer abundantes escritos en honor del Santo, bajo el punto de vista literario, propuso como tema de su premio un punto de alto interés y que es legítima y justa aspiración de su Orden. Redúcese á la demostración de que *en San Juan de la Cruz se encuentran todos los requisitos necesarios para ser declarado Doctor de la Iglesia.*

Un solo escrito vino con destino á este premio; pero tan profundamente pensado y de tal cúmulo de razones seguido, que no era posible vacilar un instante en su adjudicación. Correspondió ésta al R. P. Fr. Eulogio de San José, Carmelita Descalzo del Convento de Segovia, Definidor de la Orden y principal redactor de la Revista Carmelitano-Teresiana, que con el título de *San Juan de la Cruz*, se publica en esta misma ciudad de Segovia. La disertación del P. Eulogio es un estudio completo del Doctorado que corresponde al Santo reformador de la orden esclarecida. Brillan en ese estudio la ciencia teológica de su autor, la doctrina de la Iglesia; la solidez del raciocinio, la devoción más entusiasta y el acendrado deseo de los religiosos del Carmen en favor del Doctorado de su Santo Padre. Así como Santo Tomás de Aquino es el Doctor de la *Teología dogmática* y San Alfonso de Ligorio,

el de la *Moral*, el trabajo del P. Eulogio demuestra la conveniencia y la justicia de que San Juan de la Cruz lo sea de la *Mística*, por reunir las condiciones prefijadas por la misma Iglesia. La súplica posterior hecha en análogo sentido por los Prelados de esta provincia eclesiástica, á la que es de creer siga la de todo el Episcopado español, aumentan el valor de la disertación á que nos referimos y la dan un carácter de oportunidad inapreciable.

*Examen crítico de las obras de San Juan de la Cruz bajo el concepto literario*, era el tema propuesto por el Excmo. Sr. Conde de Alpuente. Un solo escrito hubo que optara á este premio. Su lema, el siguiente: "*De los escritos de San Juan de la Cruz..... ninguno ha dicho lo que basta de ellos*„. Autor, ha sido un solitario de Benicasin, *Desierto de las Palmas, Castellón de la Plana*. Ese modesto y humilde solitario, á juzgar por el anónimo con que se oculta, tampoco aspira, como los otros dos desconocidos autores premiados, al nombre de literato, ni se cuida mucho de la brillantez del estilo con que escribe, pero conoce perfectamente la bella literatura, tiene erudición y buen juicio crítico, y sabe apreciar y aprecia con habilidad el concepto propio y verdadero que corresponde á San Juan de la Cruz, como prosista y como poeta. Con un poco más esmero en la forma, el trabajo valdría mucho más. La extensión del escrito no deja de ser considerable, atendida la premura del tiem-

po, sin lo cual es seguro que el trabajo del solitario de Benicasin, con ser digno de recompensa, habría adquirido más subido valor.

Para el autor de *la mejor Leyenda en elogio del Santo* destinaba su premio el Excmo. Sr. Marqués de Quintanar, y á la verdad que puede estar satisfecho el Marqués de la acertada adjudicación que se hizo. *Pro patria et religio mea* fué el lema que cubría el nombre del autor premiado, que vino á ser D. Bernardo Maeso y Torres, Director de *El Faro de Castilla*, periódico semanal de Segovia.

La leyenda del Sr. Maeso es tan viva, tan animada, tan sentimental; exhala un perfume tan delicado de ternura, de inocencia y de candor, y aparece engalanada por una versificación tan limpia y tan correcta, que no puede ménos de elogiarse. Su misma sencillez, la carencia absoluta de efectos rebuscados y sobre todo, el fácil medio con que mueve por imprescindible sensación las fibras más sensibles del alma, la hacen tan grata y la revisten de tal encanto, que siempre será leída con placer por todo aquél que sienta latir en su corazón los dulces acordes de la fe cristiana.

Pero si bella es esa leyenda, por mil conceptos, la animación que la dió al leerla el Director de la Real Academia Española, Sr. Conde de Cheste, en el acto público de la repartición de premios, el tono, el acento, la voz, la dulzura y el contraste sublime que ofrecía el

venerable anciano, leyendo, del modo inimitable que sabe hacerlo, la angélica sencillez con que el niño Juan de Yepes refiere el milagro de la aparición de la Virgen Santísima y su casto Esposo, para sacarle sano y salvo del fondo de las aguas, en que estaba próximo á perecer, la realzaron de tal modo, que más de una lágrima se escapó involuntaria á los ojos conmovidos de los oyentes,

Ese fué el último de los premios concedidos. Los demás quedaron sin adjudicar por el Jurado, siendo muy de sentir que no hubieran podido ser distribuídos todos, para que la Corona literaria formada en honor del Santo y del Poeta, hubiese resultado más espléndida y brillante. Es, sin embargo, más que suficiente para que conste en todo tiempo el cumplido elogio de San Juan de la Cruz, con motivo de su tercer Centenario, del que será el presente libro, fuera del Prólogo, recuerdo imperecedero y testimonio elocuentísimo.

No lo serán menos, aun sin contar las solemnes fiestas religiosas celebradas, las que para regocijo público sufragó el Ayuntamiento de Segovia; las importantes obras de caridad que hizo además, á nombre de todo el pueblo, y el valiosísimo apoyo de la Diputación provincial, contribuyendo generosa á que en sus Salones se celebrase, bajo la Presidencia de tres ilustres Prelados y las Autoridades civiles y militares, con la representación de la Real Academia

Española y ante numerosa y lucida concurrencia, el acto público más solemne que jamás se hubiera celebrado en Segovia, en el cual y para que nada faltase, llevó la palabra á nombre del Jurado y con la asombrosa elocuencia que le distingue, su dignísimo Presidente, el Sr. D. Julián Miranda, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia.

La publicación del presente libro, por la munificencia, nunca bastante aplaudida de la misma Diputación provincial, y la suntuosa y agradable *Velada literaria* que en la noche precedente á la de la repartición de premios, tuvo lugar en la morada del Conde de Cheste, en honor del Santo, *Velada* en la que el Director insigne de la Real Academia puso á contribución su ingenio, su entusiasmo y el desprendido arranque del gran Señor, del cristiano y del literato, serán las últimas notas del bellissimo concierto de amor, elevado por Segovia á los pies del Santo Carmelita.

¡Lástima grande que persona más hábil é instruída no haya sido la encargada de recogerlas y trasmitirlas! Escribir el prólogo de un libro compuesto de diez obras premiadas, quien no sabe escribir, ni se acercó jamás al florido verjel de la literatura, donde la poesía liba, cual abeja laboriosa, la más delicada esencia de su inspiración y sus encantos, si merece disculpa como cumplimiento de un deber ineludible, no la tendría, á proceder de cualquiera otro

móvil. Sirva esta sencilla explicación para que no se acuse de arrogancia, á quien sólo necesita indulgencia.

Segovia 12 de Enero de 1892.

*Carlos de Lecea y Garcia.*





# Á SAN JUAN DE LA CRUZ.



**Autora**—DOÑA CAROLINA VALENCIA, RESIDENTE EN  
ASTUDILLO (PALENCIA).

**Premio**—DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

**LEMA**—*Ego dilecto meo, et dilectus  
meus mihi, qui pascitur inter lilia.*  
(Cant. Cantico. VI. 2.)



AGRADA inspiración, hija del Cielo,  
musa bendita del Edén cristiano,  
que acuerdas el cantar de los querubes;  
cierne amorosa sobre mí tu vuelo  
hinchendo de armonía el aire vano,  
y desde el solio de irisadas nubes,  
toca mi frente con tu ebúrnea mano.  
Pon en mi lira los robustos sonos  
del arpa de David, y da á mi acento

las blandas inflexiones  
con que suspira vagaroso el viento;  
muéstrame en tus magníficas visiones,  
roto el velo de púrpura y de gualda,  
ese alcázar de nubes alfombrado,  
campos de luz y de fragancia, en donde,  
tras sus muros de jaspe y esmeralda,  
la espiritual Jerusalén se esconde.  
Y si haces que á mi mente soñadora  
baje un solo destello desprendido  
de aquel Sol sin ocaso y sin aurora,  
en el eterno oriente  
por la divina diestra suspendido;  
si llega dilatado hasta mi oído,  
cual música perdida en el ambiente,  
el tímido arrullar de las palomas  
que allí en áureo verjel forman su nido;  
si adornas tú mi frente  
con las flores que nacen en sus lomas,  
no envidiaré del Pindo los aromas  
ni de Helicón la codiciada fuente.

Quiero seguir el atrevido vuelo  
del Cisne de Hontiveros solitario,  
del Serafín ardiente del Carmelo;  
quiero cantar la fama esclarecida  
del que huyendo el halago y la torpeza  
del mundo visionario,  
para buscar la huella enrojecida  
de la Víctima pura del Calvario,  
á los pies de la Cruz pasó la vida,  
como flor escondida  
que perfuma las noches del santuario;

quiero cantar la insólita grandeza  
de aquel JUAN DE LA CRUZ que en el olvido  
del retiro claustral, en la pobreza  
y el abandono terrenal sumido,  
por el divino amor solicitado  
y de su santa dulcedumbre henchido,  
sin impedirlo la mortal flaqueza,  
llegó en las alas de su amor subido,  
á gozar la deífica belleza:  
de aquella lira en el Edén forjada  
quiero escuchar la sacra melodía,  
la trova regalada,  
la tétrica elegía;  
quiero alcanzar la postrimera nota  
de aquel glorioso canto  
de mística armonía;  
quiero gozar la suavidad que brota  
de aquel torrente santo  
de excelsa y celestial sabiduría.....

Y el mundo ¿qué dirá?... ¡Canta, arpa mía!  
canta, y primero que tu numen sea  
esa negra impiedad que hoy en sus brazos  
aprisiona los vuelos de la idea,  
enmudecida para siempre, vea  
tu caja de marfil rota en pedazos.

Era aquel siglo de sin par grandeza  
para la Patria mía;  
siglo dorado en que la madre España  
los destinos del mundo dirigía,  
grande en la paz y heroica en la campaña;  
siglo que eterno brillará en la Historia  
con luz que el tiempo al transcurrir no empaña.

Ved cómo al son de bélicos clamores,  
de sus guerreros, siempre vencedores,  
pasa triunfando la legión gloriosa,  
y más allá, la pléyade ostentosa  
de sus enamorados trovadores;  
aquí, al par de los sabios y doctores,  
su larga procesión de anacoretas,  
y ornados de laureles y de flores,  
filósofos, artistas y poetas.

Allí en sagrado arrobamiento avanza,  
entre el blanco sayal y el negro velo,  
hermosa como un rayo de esperanza,  
pura como el incienso en los altares,  
la *Mística Doctora* del Carmelo,  
la encarnación sublime  
de la *Esposa gentil* de los *Cantares*;  
y tras la huella que su planta imprime,  
con dulce y majestuoso continente,  
fija en el Cielo la vivaz mirada,  
alta y serena la inspirada frente  
en donde irradia ese fulgor divino  
que al sabio y al poeta  
de la inmortalidad abre el camino,  
como sombra de un mundo peregrino,  
marcha en silencio juvenil asceta.  
¡Es él: JUAN DE LA CRUZ!.... ¡Atrás, mundanos!  
¡Atrás, mentidas glorias,  
de torpe vanidad ídolos vanos,  
grandezas como el tiempo transitorias,  
pasto de podredumbre y de gusanos!  
¿Qué es ante esta figura soberana,  
la mezquindad de la soberbia humana?  
¡Miradle! No con délficos laureles

su altiva sien la adulación corona,  
ni le anuncian beligeros corceles,  
ni el heraldo que gárrulo pregona  
las sangrientas hazañas de la guerra,  
ni con su voz al Universo aterra,  
ni el eco de su nombre omnipotente  
hace crujir los ejes de la Tierra.

Austero, manso, pobre, penitente,  
de su humildad sumido en lo profundo  
y ardiendo con la llama abrasadora  
del celestial amor vivo y fecundo,  
sólo es grande ante el Dios á quien adora,  
cuyo reino inmortal no es de este mundo.

Hacia Él vuela con rauda desvarío,  
arrebatao en ímpetu violento,  
como flecha lanzada en el vacío;  
hacia Él va su cautivo pensamiento,  
como ciervo sediento  
que busca ansioso el transparente río.

Triste, meditabundo, solitario,  
vedle rendido con ferviente anhelo  
ante el ara bendita del Santuario,  
inquiriendo el penoso itinerario  
que termina en los pórticos del Cielo,  
comenzando en la cumbre del Calvario.

Allí, abismada en su dolor sublime  
el alma, de su Bien destituida,  
por la nostalgia de la Patria herida,  
como avecilla aprisionada gime:  
allí libre de trabas mundanales,  
de que gozoso al ánimo redime,  
con el Profeta-Rey ora, y suspira  
de Sión por los atrios inmortales,

donde alma paz el corazón respira:  
allí pasa las horas soñolientas  
de noche larga, tormentosa, oscura,  
huyendo de su pena los testigos;  
y abrevada en torrentes de amargura,  
acecha sin cesar en los postigos  
por donde oír espera del Amado  
el acento en las sombras dilatado.  
Mas ¡ay! que el Bien se aleja,  
y al par que el pecho del amante inflama,  
muéstrase sordo á la doliente queja,  
á los balidos de la fiel oveja  
que en las auras noctívagas le llama.  
Enlutado el espacio silencioso,  
ni un astro errante en el cenit refleja  
su disco entre la niebla tembloroso;  
el alma ausente del ansiado Esposo  
que en espantable obscuridad la deja,  
se mira en su dolor abandonada;  
y en olvido del mundo y de sí misma,  
se humilla, se confunde, se anonada  
y en lo profundo de su sér se abisma.  
Y crece el ansia y la congoja crece,  
y con la vida anímica anulada,  
desnudo de terrenos apetitos,  
sin ideas, recuerdos ni pasiones,  
el espíritu flaco desfallece  
con anhelo de bienes infinitos  
que llenen sus divinas ambiciones:  
su ardiente fe se aviva y se agiganta;  
su esperanza le muestra las regiones  
que eterna luz matiza y abrillanta;  
la caridad consoladora y santa,

motor universal de sus acciones,  
le hace tender el vuelo á las alturas;  
y quebrantando con amiga mano  
el último eslabón de sus cadenas,  
aquel Dios soberano,  
que siendo amante de las almas puras,  
se apacienta entre lirios y azucenas,  
mirando el corazón desposeído  
de cuanto humano afecto en él vivía,  
piadoso rasga la enlutada nube  
que el alma de su siervo obscurecía;  
y sin que toque el suelo con su planta,  
prestándole las alas del querube,  
hacia Sí enamorado lo levanta:  
cuanto más se abatió, más alto sube;  
cuanto más se amenguó, más se agiganta;  
y en deleitoso olvido,  
en éxtasis deífico arrobado,  
quédase adormecido  
en brazos del Amado  
y en su florido seno reclinado.  
No le hagáis recordar: dejad que goce  
de reposo tan dulce y deseado.  
¿Quién el bien sumo y celestial conoce  
que consigue el mortal así olvidado,  
de su propia existencia desprendido  
y en manos de su Dios abandonado?

Es la ovejuela del pastor mimada  
que en el rigor de la ardorosa siesta,  
andando enamorada,  
oculta en lo interior de la floresta,  
«hízose perdidiza y fué ganada;»

es la blanca paloma inmaculada,  
que hallando por doquier la tierra impura  
por las aguas del crimen inundada,  
al arca santa se acogió segura  
tras larga noche de aflicción pasada;  
la casta tortolica,  
cuyo pecho gentil de amor transido,  
á los aires, en sonos plañideros,  
lanzó el doliente, arrullador gemido,  
hasta que al lado de la roca viva,  
en los más escondidos agujeros  
y en grata soledad, labra su nido.  
No más de la enramada á los oteros  
ni de los verdes prados al ejido  
se la verá vagar, ni en los rastros  
buscará el alimento apetecido,  
saltando vallas y pisando abrojos;  
que ya por la espesura  
entróse en lo interior del huerto ameno,  
donde aspira en sus horas de ventura  
el ambiente estival de aroma lleno.  
“Quedóse y olvidóse,  
el rostro reclinó sobre el Amado,  
cesó todo, y dejóse,  
dejando su cuidado  
entre las azucenas olvidado.”

¡Oh deliciosa calma!  
¡Oh dulce arrobamiento!  
¿Quién es capaz de celebrar la gloria  
de que se inunda el alma  
con ese singular abatimiento  
en que se cife victoriosa palma?

Tú, Cisne de Hontiveros melodioso,  
que alegraste las noches del desierto  
con tu cantar como la miel sabroso,  
y adormido en los célicos jardines,  
sorprendiste las notas del concierto  
con que alaban á Dios los serafines;  
tú solo puedes acordar los sonos  
de la sagrada lira,  
y pintar en angélicas canciones  
á la Esposa en su Amado transformada  
cuando de amor purísimo delira;  
tú, cuyos pensamientos, inflamados  
como la ardiente fe que los inspira,  
con hermoso desorden ordenados,  
fluyen serenos de tu rica mente,  
cual en campiña amena,  
mansa, sonora y cristalina fuente  
suelta entre flores su armoniosa vena;  
tú, que al mover el plectro regalado,  
sin procurar del arte el vano aliño,  
cantaste como el pájaro en el prado,  
con la inocencia virginal del niño;  
tú, que vestiste el mágico ropaje  
de sobrenatural grandilocuencia  
á tu láctea y brillante poesía;  
tú, á quien la primordial Sabiduría  
hizo participar de su omnisciencia,  
cuando en aquel recóndito paraje  
quedaste "no sabiendo,  
"toda ciencia increada trascendiendo....."

¡Oh, quién tuviera el estro peregrino  
que inspiró tus melíficos cantares

cual murmurio de arroyo cristalino!  
Entonces sí que, como arpado trino  
de filomena oculta en los pinares,  
alzara yo mi trova cadenciosa  
hasta el dosel de hermosos luminares  
que te sirve de alfombra esplendorosa.

Serafín abrasado del Carmelo,  
*Extático Doctor*, de cuyos labios  
brotan en raudales divinal consuelo  
con ciencia no aprendida de los sabios,  
de la vida interior guía y modelo,  
Santo, reformador, monje y poeta,  
que ciñes como austero penitente  
la corona de espinas del asceta  
y del genio el laurel resplandeciente;  
tú, que cual santa aparición del Cielo,  
cual vapor que á la tarde se levanta,  
cual sombra inmaterial cruzaste el suelo  
sin tocar en el polvo con tu planta;  
desde el solio que ocupas en la altura,  
bendice el plectro que tus glorias canta.



## San Juan de la Cruz en Visión extática.



**Autor**—UN DEVOTO RELIGIOSO Y SIERVO DE MARÍA, DE NOMBRE IGNORADO Y QUE DESEA SE ENTREGUE LA PLUMA DE ORO Y DIAMANTES, REGALO DE S. M. LA REINA, AL SUPERIOR DE LOS PP. CARMELITAS, PARA QUE LA DEDIQUEN Á LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN; PORQUE ÉL NO HA SIDO POETA, HASTA AHORA QUE LE HA INSPIRADO SU MADRE, LA SANTÍSIMA VIRGEN.

**Premio**—DE S. M. LA REINA REGENTE.

**LEMA**—*No me enries de hoy más mensajero.  
Que no saben decirme lo que quiero.*

(S. Juan de la Cruz.)

**E**l Clamores vagando por la orilla,  
en la que Corte brava  
fué de Isabel y orgullo de Castilla,  
yo, al finar de Noviembre, me encontraba;  
y al verla tan doliente, mustia y pobre,  
sin esperar que su vigor recobre,  
á mis ojos el llanto se agolpaba.

La escarcha ya cubría  
la no marchita yerba: al tronco duro  
si demudado había

el aire aquel tan puro,  
aun no era el que solía  
á la vieja muralla  
en las tardes de Enero dar batalla.  
Todo era paz en tan benigna noche:  
Febe ostentaba su argentado coche;  
y, mientras repasando con el cielo  
iba yo mis saudades una á una,  
serena daba al suelo  
hilos de plata la modesta Luna.

De un templo allí vetusto  
los reflejaba en el cancel, que entrada  
en el silencio augusto  
de la noche callada,  
al pecador dar suele  
y dulce paz que su dolor consuele.

En tanto, vuelto en mí del pensar vago,  
cual otros quise entrar allí animoso,  
y entré con fe y espíritu sencillo.

De lámpara expirante al tenue brillo,  
ora, en mitad del templo,  
Santo varón contemplo  
que, envuelto en niveo manto,  
entonaba de Dios las maravillas;  
y con tan suave encanto  
sonaba, y tan amena  
aquella voz del Fraile de rodillas,  
que aun dulcemente en mi interior resue

No bien termina del Profeta el salmo,  
á cuyo repetir mis penas calmo,  
pude oír que otras preces dirigía  
á Aquel que con su vista alegre el Cielo,  
y tierno le decía,

con el ardiente celo  
do tan gran corazón pronto se inflama,  
que vela es propia á tan intensa llama:

«¿Has resuelto, Dios mío, en tu alta mente,  
abandonarnos hoy, y en ella queda  
de nuestras culpas la memoria antigua,  
con la maldad presente,  
sin que harto llanto redimirlas pueda?

¡Tiempo es aún .... tiempo es aún..... perdona!  
Cuando entregada esta Nación sucumba  
y la torpe impiedad que te baldona  
la arrastre hasta su tumba,  
¿será mayor tu gloria? ¡Ah! que otros días  
han de venir, en que volver querrias  
los ojos á tu pueblo, y los dolores  
al ver con que tu brazo le cimbreas,  
de tu acerbo dolor Tú mismo llores,  
y entonces tarde á la clemencia sea.»

«Y tú, Madre de amor, Virgen de España,  
que en tanto monte suyo apareciste,  
por que su fe no exponga,  
y hasta librarla de la alarbe saña,  
su valor y constancia sostuviste,  
desde El Pilar, Fuencisla y Covadonga;  
mira á tus hijos que en sus días bellos  
quebrantaron del Moro las cadenas,  
conquistando Madrid, con la Almudena:  
si hoy más tibios los ves, aun son aquéllos.»

Si pisas otra vez sus altas cumbres,  
darás vida á los prados y los yermos.  
Ven, matutina Estrella:  
tú, más que el alba bella,  
Salud de los enfermos,

Consuelo de dolores,  
nuestra Reina....; pues somos pecadores,  
alivia nuestra suerte,  
que la vida es correr hacia la muerte,  
y poco ya subir de ella nos falta,  
y nuestra salvación está muy alta.»

Los ojos, que relucen esplendentes;  
la faz, que bañan lágrimas ardientes;  
la caridad fogosa, que le lleva  
á todo esfuerzo por los hijos de Eva;  
hacían dos del que antes uno ha sido:  
allí el cuerpo no es ya; sí, el alma sólo;  
y entre rayos de luz que despedía,  
bastantes á alumbrar de Polo á Polo,  
como arrobado estaba  
y, *en éxtasis*, del suelo se elevaba.

Entretanto, se oía  
dulcísima armonía,  
cual música jamás sonó en palacios,  
de la nave llenando los espacios  
y del templo las bóvedas abiertas;  
entre blandos olores,  
lluvia caía de fragantes flores,  
de que las ricas aras son cubiertas;  
mientras, al eco de las arpas de oro,  
corona celestial baja formando  
de serafines y ángeles un coro,  
*Veni sponsa de Líbano* cantando.

Cual se muestra á la tarde colorada  
la línea que del Sol enciende el horno;  
mas del día al retorno,  
la opuesta, de oro y nácar adornada,  
deja posar en ella la mirada,

entre nubes de roja grana ó nieve,  
mi vista á ver se atreve  
á una tan suma divinal belleza,  
de la esencia del Sol, aunque más pura,  
que al Sér de su grandeza,  
á la espléndida luz de su hermosura  
y de sus ojos al celeste fuego,  
si no aparto los míos, quedo ciego.

Las manos aquí junto;  
el *Ave* entono al punto,  
y veo, al terminarla  
con atrición devota,  
que puedo contemplarla,  
pues la venda de Adam sentí ya rota.

Sobre velo sutil, su blanca frente  
la diadema imperial lleva esplendente;  
en vastos pliegues, del más noble aliño,  
cae de sus hombros manto majestoso,  
más puro que el armiño;  
calza breve sandalia el pie nevado;  
con túnica se ciñe el cuerpo hermoso,  
del color de canela máspreciado;  
y con la voz que gana corazones  
y á los coros de arcángeles encanta,  
al gran Fraile dirige estas razones:

“Dios te escuchó: levanta  
el ánimo abatido;  
que al Cielo, con mis ruegos, ha subido  
todo el fervor de tu plegaria santa.

Al terminar tres siglos que cumplido  
de tu natal felice  
el plazo sea, que el Señor bendice,  
verás que el luto de tu patria cesa.

De mil venturas faro,  
de esos pueblos magnánimos bien quisto,  
un niño entonces reinará, al amparo  
de sinigual Princesa,  
que el dulce nombre llevará de Cristo  
y mostrará virtudes de Teresa.

Y tú, español David; tú, del Carmelo  
reformador serás austero y digno,  
y en la Iglesia, Doctor; Santo, en el Cielo;  
llevarás de la Cruz por nombre el signo."

Dijo, y la Gracia que á su labio asoma  
va del Fraile en el ánima encendiendo,  
y Ella al Empíreo Cielo va subiendo,  
quedando al templo su divino aroma.





## ODA EN ELOGIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

**Autor**—DÓN EDUARDO PATO Y MARTÍNEZ, RESIDENTE  
EN SANTIAGO (GALICIA).

**Premio**—DE S. A. LA SERENÍSIMA INFANTA DOÑA ISABEL  
DE BORBÓN.

LEMA—*Su claridad nunca es oscurecida.*

**N**o es el afán de gloria  
lo que me obliga á levantar mi canto:  
quiero honrar la memoria  
del trovador más santo  
que registra en sus páginas la Historia.

Recorra las esferas  
de San Juan de la Cruz el alto nombre,  
montañas y praderas,  
la morada del hombre,  
el recóndito asilo de las fieras.

De su laúd divino  
la celestial cadencia bienhechora,  
consuela al peregrino  
que desencantos llora,  
al ir atravesando su camino.

De perfumadas flores  
el religioso trovador le esmalta,  
cual de vivos fulgores  
el Sol, á cumbre alta  
que coronan fresquísimos verdores.

Su acento de armonía  
en el alma penetra deleitoso:  
¿quién olvidar podría  
concierto tan hermoso,  
eco que lanza la floresta umbria?

¿Quién, más ciencia vertiendo,  
supo ilustrar y conmover al mundo,  
su Dios enalteciendo,  
mientras del bien fecundo  
la semilla inmortal iba esparciendo?

¿Quién cantó la mañana,  
el débil grano de menuda arena,  
el lirio, la fontana,  
noche pura y serena,  
con más dulzura ni expresión galana?

¿Quién el amor sublime  
que separa al espíritu del lodo,  
que eleva y que redime?  
¿quién la esperanza..... y todo  
lo en que su huella sacrosanta imprime?

Con pie yerto y desnudo,  
con pobre vestidura desgarrada,  
caminó: jamás pudo  
la Religión amada  
ver en un hombre más potente escudo.

Los muros de diamante  
con que la duda obstáculos le eleva,  
hace rodar triunfante,  
dando sublime prueba  
de constancia y valor, de fe gigante.

Aquel águila altiva,  
al remontar su vuelo á los espacios,  
de la impiedad derriba  
los soberbios palacios,  
cuya grandeza sobre roca estriba.

Su numen portentoso  
el piélago insondable del arcano  
cruza majestuoso,  
cuál bajel soberano  
que guía oculto brazo poderoso.

Nada le esconde el cielo,  
que nubes sobre nubes encapotan:  
de la verdad sin velo  
las luces ante él flotan,  
iluminando el tenebroso suelo.

En él halla el mendigo  
un padre amante, un generoso hermano,  
un cariñoso amigo;  
él le tiende su mano,  
con él parte su pan, le presta abrigo.

Jamás oyó una queja,  
sin exhalar un lastimero acento;  
la caridad refleja  
su hermoso pensamiento;  
y al prodigar sus dones nunca ceja.

Si al cruzar por la vida,  
el lodo salpicó su veste honrada,  
ni una mancha esculpida,  
ni una sombra grabada  
quedó en su corazón y alma escogida.

En éxtasis alzando  
su espíritu inmortal, su mente ansiosa,  
el misterio rasgando,  
con fuerza prodigiosa  
la eternidad hendía centellando.

Gigantes maravillas  
realizó con asombro de las gentes;  
sus palabras sencillas  
hacen á sus oyentes  
ante el genio postrarse de rodillas.

Rindamos un tributo  
de admiración inmensa al bardo santo  
que este valle de luto  
regó con fértil llanto,  
al recoger de la virtud el fruto.

Sus cenizas sagradas  
veneremos sin tregua hora tras hora;  
y sus obras, cuajadas  
de ciencia redentora,  
vuelen de mundo á mundo celebradas.



## SONETO EN LOOR DE SAN JUAN DE LA CRUZ.



**Autor**—DON CALIXTO BALLESTEROS, RESIDENTE EN MADRID.

**Premio**—DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEGOVIA.

LEMA—*Éxtasis.*

**F**UO en Dios el sereno pensamiento,  
en Él hallaste la suprema ciencia,  
y ante el místico altar de tu conciencia,  
culto fiel le rindió tu sentimiento.

De la impureza terrenal exento  
y seguro de Dios en la clemencia,  
para ti fué el penar de la existencia  
transitorio y efímero tormento.

No las glorias mundanas perseguías;  
que al soñar de otra gloria con la palma,  
viviendo en ti, fuera de ti vivías.

Y de extático amor la dulce calma  
inundaba tu sér, porque tenías,  
teniendo el alma en Dios, Dios en el alma.



## TRABAJO DESCRIPTIVO

de un episodio histórico-militar, poco conocido, de las guerras religiosas del siglo XVI, durante la vida de San Juan de la Cruz.

---

**Autor**—UN SOLDADO ANÓNIMO, QUE CEDE EL PREMIO AL CAPITAN DE LA SECCIÓN DE TROPA DE DICHO ESTABLECIMIENTO, PARA QUE EL IMPORTE DE SU VENTA Ó RIFA SE INVIERTA EN LA COMIDA DE LOS ARTILLEROS EL DÍA DE SANTA BÁRBARA, SU GLORIOSA PATRONA.

**Premio**—DE LA ACADEMIA DE ARTILLERÍA.

**LEMA**—*Sigamos la señal de la Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.*

(Hernán Cortés.)



ORRÍA de la Era Cristiana el año 1550, nono de la vida del místico escritor Juan de Yepes, que al huir de las miserias mundanales para fortificar su alma con las prácticas religiosas, tomó el nombre de Juan de la Cruz, canonizado en su día, y cuyo tercer centenario celebra en estos momentos la Iglesia Católica. Regía los destinos de nuestra patria Carlos de Gante, el ínclito cuanto ambicioso Emperador, y los soldados de España, verdaderos defensores de la fe, después de luchar durante más de siete siglos con los sectarios de Mahoma hasta arrojarlos

al otro lado del Estrecho, seguían derramando su sangre, peleando sin cesar en todas las partes del mundo conocido, tan pronto en los ardientes arenales de África, contra los eternos enemigos de la Cruz, como en las selváticas regiones de la joven América, contra los idólatras del Perú y de Méjico, para abrir sus ojos á la luz de la verdad, ó en la nebulosa Alemania, contra los herejes contaminados por las perversas doctrinas del reformista Lutero, y también en Hungría, para librar á Europa del poder de los turcos otomanos, que habían logrado ya sentar su planta impura y establecerse sólidamente en Constantinopla.

En las costas cristianas que baña el Mediterráneo, no se disfrutaba de seguridad ninguna, teniendo que vivir sus habitantes en continua vigilancia para no ver saqueados sus hogares, y librar á sus mujeres y á sus hijos de la esclavitud con que les amenazaban los piratas berberiscos, cuya osadía no habían podido reprimir las expediciones llevadas á cabo en distintas fechas contra Orán, Túnez, Argel y otros puntos de la costa africana, naturales guaridas de aquellos temibles aventureros. Uno de ellos, llamado Dragut, cuyo nombre llegó á infundir igual terror que el de su jefe, protector y maestro, Haraddín Barbarroja, se emancipó de la tutela de éste, queriendo obrar por su cuenta—á pesar de que, hecho una vez prisionero por los españoles, habíale libertado Barbarroja, pagando por él crecido rescate—y eligió como centro de sus correrías la ciudad de Africa, situada á ochenta millas de Túnez, en el sitio conocido por *Turris Anníbalis*, que fortificó con el mayor esmero. Desde allí, capitaneando una respetable escuadrilla de ligeras naves, fueron tantos los daños que causó en las costas de Italia, que el príncipe Andrea D' Oria,

generalísimo de la Armada imperial, dispuso saliesen en su busca las galeras de la escuadra de Sicilia y las de Malta, decidido á no soltarlo, si caía otra vez en poder suyo; pero todo fué en vano, pues Dragut supo esquivar el encuentro con las galeras cristianas, burlando durante mucho tiempo la activa persecución de que era objeto, sin que por esto dejase de realizar importantes presas en los buques que se aventuraban imprudentemente por el Mediterráneo. Los grandes males que acarrea el audaz corsario á toda la cristiandad, movieron al Emperador, que á la sazón se hallaba en la Dieta de Augsburgo, á dictar varias medidas para abatir de una vez el poder de Dragut, yendo á atacarle en su mismo refugio de Africa; y para ello mandó á los Virreyes de Sicilia y de Nápoles, D. Juan de Vega y don Pedro de Toledo, y al Gobernador de Milán, D. Fernando de Gonzaga, que hiciesen los aprestos necesarios; escribió á Cosme de Médicis, Duque de Florencia, y á la república de Génova, para que facilitasen, también, por cuenta del César, cuanto pidieran los jefes de la expedición, que debían serlo el expresado D. Juan de Vega junto con Andrea D' Oria, y la misma súplica hizo al Gran Maestre de Malta, cuyas galeras se unieron á las del Almirante genovés.

En tanto que las galeras de España, mandadas por D. Bernardino de Mendoza, cruzaban por las aguas de Mallorca y Menorca, con objeto de impedir cualquier agresión que pudieran intentar los infieles al concentrarse las fuerzas cristianas para la empresa, se dirigió el príncipe D' Oria con cincuenta y cuatro galeras á la Goleta, desde donde practicó un reconocimiento sobre la ciudad de Africa, convenciéndose de su fortaleza y de que era necesario, por lo tanto, reunir mayores medios

de expugnación antes de sitiar la plaza. No por esto desperdició el tiempo, pues además de quemar muchos bajeles que había en el puerto, se apoderaron los españoles por asalto del castillo del lugar llamado Monasterio ó Monastir, quedando en esta jornada mal heridos el capitán Alonso de Escobar, el caballero italiano Cauçi y el provenzal Luis Doria; los musulmanes perdieron 300 hombres y quedaron cautivos los habitantes en número de 1.800. La escuadra imperial fué luego á dar fondo en las islas Comilleras, dos leguas distantes de tierra firme, enfrente de un lugar de nombre Tabulba, á doce millas tan sólo de la ciudad de Africa, por la parte de Levante. Allí dispuso el príncipe D' Oria regresase D. García de Toledo con 24 galeras á Nápoles, para que el Virrey, su padre, preparase el envío de gente y provisiones, y con igual objeto, partió para Sicilia con otra galera D. Hernando de Vega, hijo del Virrey, dejando encargado del tercio de Sicilia, que es hoy regimiento de Africa, y cuyo mando tenía, á su alférez, D. Alonso Sedeño, Caballero de San Juan de Jerusalén.

Ambos Virreyes aprobaron el proyecto; mas el de Sicilia, D. Pedro de Vega, á quien, por una antigua prerrogativa de su cargo, correspondía de derecho el mando de todas las expediciones que se hicieran contra Berberia, considerando necesaria la presencia de D' Oria para dirigir y activar los aprestos marítimos, llamóle á Palermo, y el Príncipe, sometiéndose prontamente á la orden del Virrey, se hizo á la vela, abandonando el ventajoso puesto que ocupaba en aquellas aguas, á la vista de la plaza cuyo bloqueo había establecido ya. Los enemigos aprovecharon tan feliz ocasión para introducir en la Ciudad un refuerzo de 400 moros alejan-

drinos y hacer grandes acopios de provisiones. Dragut, al penetrar los designios de su adversario, había ido á correr las costas de Córcega y Cerdeña, amenazando también las de España, con el objeto de distraer á aquél de su proyectada empresa y ganar tiempo para conjurar el peligro, si era posible, preparando debidamente la defensa, que confió á su sobrino el Arraez Hessé, ó Hassán, según otros, pero más conocido generalmente entre los españoles por Hesarraez.

Las fuerzas expedicionarias se reunieron en Trápani, y pasada *muestra*, como entonces se decía, contáronse hasta 80 velas y 4.000 hombres de desembarco, la mayor parte españoles, de los tercios departamentales de Sicilia y de Nápoles, incluidas las galeras de Malta y un lucido escuadrón de 140 caballeros sanjuanistas, con otros soldados y aventureros hasta el número de 500. El Virrey de Sicilia nombró por su lugarteniente en el Reino, durante su ausencia, á Hernando de Vega, su hijo, y lista ya la expedición, zarpó del puerto de Trápani el 24 de Junio de 1550; tocó en Túnez, para embarcar al maestro de campo D. Luis Pérez de Vargas, Gobernador de la Goleta, con parte de la guarnición de dicho fuerte, y se dirigió en seguida á su destino, llegando frente á la ciudad de Africa el 26 del mismo mes.

Apenas Hesarraez divisó la flota cristiana, reunió en la mezquita y sus alrededores á la mayor parte de los habitantes, y describiéndoles con vivos colores toda la voluptuosidad y delicias que promete Mahoma en *su Paraíso* á los que mueren en defensa de *su fe*, supo inflamar con sus palabras el fanatismo musulmán hasta el extremo de que todos, hombres, mujeres y niños, juraron solemnemente sobre el Korán prestar obediencia ciega á las órdenes de Dragut, y morir antes que

rendirse. Arengó seguidamente á los defensores, que componían un total de 1.750 hombres, con bastante artillería y 60 caballos al mando de un renegado alemán, llamado Mayner, y los distribuyó convenientemente, haciendo ocupar una colina inmediata por Caid-Álí, capitán que habia podido escapar de Monastir, con la caballería, 900 arcabuceros y algunas piezas de campaña, mientras los que no debían tomar parte activa en la defensa, se dedicaban con febril actividad á aumentar y mejorar las fortificaciones del recinto, y obstruir las bocacalles inmediatas, para preparar la defensa interior.

El desembarco lo efectuaron los nuestros á costa de muy pocas pérdidas, marchando inmediatamente don García de Toledo con la gente de su cargo, contra la colina fortificada, que defendieron débilmente lo moros, huyendo tan atropelladamente, por temor de ser cortados, que revueltos los cristianos con los fugitivos, hubieron los sitiados de cerrar las puertas de la plaza con tal precipitación, que dejaron fuera á muchos de los suyos, quedando prisioneros. El ejército imperial pudo ya establecer tranquilamente el campamento, plantando las tiendas, y cada galera la suya, con su pabellón, de modo que presentaba un vistoso efecto, aunque nada agradable á los ojos de los africanos, ante los que ondeaba crecido número de estandartes y flámulas, la mayor parte con los colores de Aragón y Castilla, y todos con el emblema de nuestra santa Religión. Un ingeniero, llamado Ferramolino, fortificó el campo cristiano y dirigió la construcción de las trincheras y baterías, para ceñir completamente la ciudad sitiada, que el 6 de Julio empezó á sufrir los estragos de nuestra artillería.

Dragut no tardó en acudir en auxilio de su fiel ciudad de Africa. Avisado por su mujer, cuando comenzó el cerco, en ocasión de hallarse en las costas de Valencia, donde causó daños incalculables, sin que pudiesen darle caza las galeras de D. Bernardino de Mendoza, á pesar de su diligencia, se presentó el 15 de Julio en el canal de Malta con seis galeras y galeotas; repuso su aguada en Gozzo y fué á meterse en Llaques, ciudad puesta en el canal de las islas Kerkepi, donde reunió 4000 hombres de á pie y á caballo, dirigiéndose sin pérdida de tiempo á emboscarse con su gente en un olivar, á una milla del campamento español, donde los sitiadores acostumbraban proveerse diariamente de leña. Sin embargo, el movimiento no se efectuó con tanto sigilo que no tuviesen noticia de él los cristianos, por un espía tunecino, en vista de lo cual dispuso el Virrey que en tanto D. Garcia de Toledo guardaba las trincheras, avanzase el maestre de campo D. Luis Pérez de Vargas con sólo seis compañías y dos banderas, para disimular el número, siguiéndole á alguna distancia él en persona con el grueso, dispuesto á caer sobre el enemigo en momento oportuno. Entablóse la refriega, procurando la vanguardia ganar unas tapias ó cercas del olivar; mas viendo Dragut el corto número de soldados que tenía enfrente, se lanzó sobre ellos con terrible empuje, teniendo los nuestros que retroceder, mal de su grado, si bien con el mayor orden, por estar todavía algo distantes las demás fuerzas, en cuya ocasión murió gloriosamente D. Luis Pérez de Vargas, después de matar por su propia mano á algunos enemigos, disputándose unos y otros por algún tiempo su cadáver, que los contrarios mostraban empeño en conservar, conociendo era de persona principal. A la

llegada del Virrey, se recrudeció el combate con mayor furia y suerte varia; pero aquel día era 25 de Julio, fiesta del Apóstol Santiago, el Patrón de España, y los moros, que tantas veces habían huido llenos de terror, al oír pronunciar tal nombre como grito de guerra, no habrían en modo alguno de vencer: así lo comprendieron al cabo de cinco horas de encarnizada pelea, y se retiraron, pesarosos de no poder socorrer la plaza.

Esta derrota no causó, sin embargo, desaliento alguno en los defensores, bien persuadidos de la no halagüeña situación de sus enemigos; pues además de ir escaseando ya las municiones, empezaron á desarrollarse enfermedades, poniendo á prueba el celo y constancia de los españoles, y haciendo resaltar la inestimable caridad cristiana de muchos que perecieron víctimas de su amor al prójimo, asistiendo y consolando á los enfermos, entre ellos, el venerable Fray Luis Romey, capellán de la galera de Malta *Santa Bárbara*. D. García de Toledo apresuróse á enviar á Liorna diez galeras á cargo de Marco Centurión, pidiendo refuerzos á su cuñado Cosme de Médicis, Duque de Florencia; y á los pocos días regresó con 1000 infantes y municiones, presentándose también por este tiempo Astor Boloni con tres fragatas y buen número de soldados de Perusa.

El inteligente artillero é ingeniero siciliano, Andrónico de Espinosa, recientemente incorporado, dió nuevo y más vigoroso impulso á las obras del sitio, armando potentes baterías, una de ellas flotante, dispuesta sobre tres galeras desarboladas, fuertemente unidas por maderos clavados á ellas y reforzados con herrajes, de modo que resultase un conjunto invariable, asegurando su estabilidad y flotación con una cintura de botas perfectamente embetunadas. Dicha batería,

provista de ocho cañones de los de más grueso calibre, y otras diez y siete piezas que artillaban las baterías de tierra, rompieron el 28 de Agosto el fuego contra los muros de Africa, consiguiendo en breves días practicar tres anchurosos portillos en el recinto, derruida completamente la muralla en muchas partes.

Abierta ya la plaza á las armas cristianas, se prepararon amigos y enemigos para el asalto. En la noche del 9 al 10 de Septiembre se corrieron en el campo de los sitiadores las órdenes necesarias, circulando minuciosas instrucciones para el ataque de las brechas, que debía darse al amanecer. El servicio de seguridad casi holgaba en aquella ocasión, y podía haberse suprimido sin inconveniente alguno, pues no era fácil que nadie conciliase el sueño en aquellos solemnes momentos, que iban á ser los últimos de la vida de muchos. Unos dentro del reducido y ahogado espacio de sus tiendas, para estar más á solas con su conciencia; otros al aire libre, pues la noche convidaba á ello, bajo la inmensa bóveda celeste, tachonada de soles y de mundos, que aun siendo tan grandes para nosotros, ño constituyen más que átomos insignificantes del inconmensurable Universo; ante este espectáculo grandioso, que al contemplarlo, despierta con lógica abrumadora en el alma del más escéptico la idea de un Dios omnipotente, autor de todo lo creado; próximo el trance terrible de la misteriosa muerte, todos buscaban el consuelo de la Religión en brazos de los sacerdotes, que con el crucifijo en la mano, recorrían el campo, exhortando á dar la vida por Aquel que había querido sufrir muerte ignominiosa para redimir al género humano; y tranquilos ya después de haber obtenido el deseado perdón, confiábanse unos á otros el encargo de transmitir, los que sobreviviesen, su adiós

postrero á las personas que les eran queridas. En el lugar más apartado del campamento, que correspondía á los cuarteles del tercio de Nápoles, estaban postrados á los pies de un sacerdote los tres hermanos Moreuela, capitán, alférez y sargento, respectivamente, de la misma compañía. Enardecido su entusiasmo por la palabra de fuego del humilde religioso, que supo hablar á sus almas el lenguaje de los grandes sentimientos, los tres hermanos, poseídos de la emoción más dulce y consoladora, juraron espontánea y solemnemente no abandonar la bandera hasta dejarla ondeando en el alto minarete de la mezquita africana, ó morir en la empresa.

Momentos antes de aparecer la luz del nuevo día, se puso sobre las armas el ejército de España, formando en los puestos que de antemano tenían designados, para oír con devoto recogimiento el Santo Sacrificio de la Misa. Las tropas hincaron rodilla en tierra, se abatieron las banderas y estandartes hasta besar humildemente el polvo en que se convierten todas las grandezas humanas y rindieron espadas, picas y arcabuces, para recibir la bendición de Dios por mano del sacerdote celebrante, implorando el auxilio y protección del Cielo para llevar á feliz término la conquista; y breves instantes después, organizadas en las trincheras más próximas al muro tres columnas con sus correspondientes reservas, y otra general para acudir á donde fuere necesario, la señal de cajas y clarines repetida por todo el ámbito de los reales y en las galeras de la armada, indicaba que había llegado el momento del asalto. Previo un violentísimo fuego de las baterías, cuanto era posible entonces en la infancia de la Artillería, para barrer las brechas, lanzáronse las tropas cristianas al ataque, sin vacilar; treparon por los ennegre-

cidos escombros de la muralla, y arremetieron contra los defensores, que guarecidos tras de los reparos con que habían obstruido las brechas, y en las torres inmediatas, rechazaron fácilmente á los soldados españoles, causando en ellos grande estrago con el fuego de sus cañones y espingardas, y las piedras, flechas y otras armas arrojadizas que les disparaban de todas partes. Más afortunados los nuestros en una segunda acometida, lograron enseñorearse del muro; pero detenidos de nuevo ante un contrafoso ó trinchera interior, en cuyo fondo habían colocado los moros clavos, estacas puntiagudas, cadenas y otros obstáculos defensivos, costóles mucho trabajo y no pocas pérdidas pasar al otro lado, consiguiéndolo al fin, gracias al descuido del enemigo, que en la confusión del combate, dejó atravesado sobre el foso un ancho madero por donde se comunicaban los sitiados con la muralla y relevaban sus centinelas. Ya dentro de la plaza infiel, fué todavía más sangrienta la lucha, pues los musulmanes, decididos todos á morir, con el fanatismo oriental que les caracteriza, se defendían heroicamente en las estrechas y tortuosas calles de la Ciudad y en las mismas casas, avanzando los asaltantes sólo paso á paso, á costa de mucha sangre y de reiterados esfuerzos. Allí cayeron mortalmente heridos capitanes valerosos y de tanta fama como Fernando Lobo y Alonso Pimentel; no lejos de ellos procuraba ganar un fuerte edificio D. Fernando de Silva, que había penetrado con su compañía por uno de los portillos abiertos en la muralla del mar, teniendo que asaltar un pequeño parapeto hecho con piedras, de las cuales se valió como proyectiles para hacer retroceder á los turcos, á quienes persiguió hasta un callejón, donde adelantándose imprudentemente á los suyos, llevado de

su extraordinario arrojo, fué derribado en el suelo, muy mal herido de dos balazos y dos lanzadas. El valiente capitán vizcaino Zumárraga quiso avanzar también más de lo que debía, y perdido en una encrucijada, pereció á manos del terrible Hesarraez con muchos de sus soldados, salvándose, los que sobrevivieron, en una casa, donde siguieron defendiéndose heroicamente hasta ser socorridos. En diferentes puntos de la Ciudad se prodigaban actos increíbles de valor, peleándose desesperadamente por una y otra parte, y alcanzando gloriosa muerte por su Dios y por su Patria, los capitanes D. Fernando de Toledo y Tristán de Urrea; el caballero Garci-López de Ulloa, que recibió diez y seis lanzadas; los alféreces Alonso de Vega y Juan Sedeño; los caballeros de San Juan D. Fernando Ramírez de Vargas, D. Juan Montalbo, D. Antonio Ozores y D. Luis de Atienza, y otros muchos oficiales y soldados no menos valerosos. Cuando más encarnizada era la resistencia, sin que se viese el término de ella, cesó de repente en todas partes como por encanto, dejándose coger prisioneros los valientes musulmanes, ó corriendo á arrojarse en el mar con sus hijos en brazos, para no caer en manos de sus enemigos. Atónitos los cristianos, sólo se explicaron aquel inesperado cambio al dirigir la vista al interior de la Ciudad y distinguir en lo más alto de la mezquita la gloriosa bandera de España, dando al viento la roja cruz de Borgoña.

Los tres hermanos Moreruela habían cumplido su promesa. Derribado en el asalto, herido de muerte, el alférez, se hizo cargo de la bandera el sargento, y penetró con ella en la plaza al frente de su compañía hasta que murió en una de las calles como valeroso soldado. Al verle caer el capitán, no quiso ya confiar á na-

die más la preciada insignia, teñida en sangre de sus dos hermanos, y apretándola fuertemente con la mano izquierda sobre su corazón para que le infundiese aliento, siguió avanzando, esgrimiendo el acero con la diestra mano; arrolló á los enemigos que se le pusieron delante, dejando por el camino muertos ó heridos á la mayor parte de sus soldados; derribó á sus pies al esforzado Caid-Alí y cayó al fin cubierto de heridas, envuelto noblemente en los pliegues de la bandera por la que había jurado vencer ó morir. De allí la recogieron sus compañeros, y arrollando en un último y supremo esfuerzo á los moros que se les oponían, alzaron al fin aquella gloriosa enseña en lo alto de la mezquita, cumpliendo de este modo la promesa de los tres hermanos Morenuela, y asegurando la victoria de las armas cristianas. El animoso capitán pudo verla todavía ondear en dicho sitio con alegría inefable, y expiró tranquilo y satisfecho pocos días después, con el nombre de Dios en los labios y la esperanza de una mejor vida en el corazón.

NOTA. El episodio principal de esta relación histórica lo consigna el señor capitán de navío D. Cesáreo Fernandez Duro, de la Real Academia de la Historia, en sus *Tradiciones infundadas*, página 208.







# SAN JUAN DE LA CRUZ

CONSIDERADO COMO POETA LÍRICO.



**Autor**—DON ALVARO J. NÚÑEZ, RESIDENTE EN ASTUDILLO (PALENCIA).

**Premio**—DEL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE SEGOVIA.

**E** siglo de oro ha sido calificado, por lo que se refiere á España, el siglo decimosexto. Y en verdad que si con semejante calificación se ha pretendido recordar el brillo esplendoroso de la raza ibérica, lo mismo en las excelsas regiones del espíritu que en los sangrientos campos de batalla, bien merece el siglo de Cisneros y de Gonzalo de Córdoba, de Ignacio de Loyola y de Carlos V, de Francisco Pizarro y Hernán Cortés, de Felipe II y de la Univer-

sidad salmanticense, el áureo título con que nuestros historiadores justamente le engalanaron. Porque recorriendo las páginas de nuestra Historia, desde los nebulosos orígenes vascos hasta los míseros tiempos actuales, no se encuentra un siglo tan genuinamente español, tan heroicamente grande, con ideales tan definidos, con hombres tan insignes, con empresas tan prósperas, como aquel que, recogiendo la herencia secular de los reyes de Castilla y León, que lucharon contra los árabes por reconstituir la nacionalidad, llevó á ésta al pináculo de la gloria, desde donde, por la ley natural de las cosas, habría de descender y abatirse hasta el polvo, acaso para no volver á subir jamás á aquella envidiable excelsitud.

El gran siglo español lleva como fuerza propulsora que le mueve con movimiento acelerado, el fervor religioso: por éste se humilló para siempre el poder musulmán; por la idea religiosa llevó España su civilización al Nuevo Mundo, conquistando para Cristo el Imperio de Motezuma y el dorado paraíso de los Incas; por la idea religiosa brillaron nuestros sabios en los Gimnasios y en los Concilios, cantaron nuestros grandes poetas y especularon nuestros insignes filósofos, y los tercios españoles, como los soldados de los Macabeos, lucharon con los enemigos de la Fe y de la Patria, en los campos de Alemania y de Flandes, y en las aguas de Lepanto y de Corfú.

Pues en aquel siglo XVI, en esta bendita tierra española y alumbrado con la luz de la Religión, vivió vida mortal el encendido Serafín del Carmelo, llamado Juan de Yepes en el mundo y Juan de la Cruz en el claustro. Fué monje carmelita, reformador de su orden, discípulo y cooperador de Santa Teresa: su vida,

contemplada con los ojos de la carne, fué la vida de un fraile pobre, oscuro y miserable; sin embargo, Dios le concedió favores angélicos, con que premió la caridad ardiente del siervo humilde; y aquellos favores que la pródiga diestra del Señor derramó en el corazón y en el entendimiento del Asceta, fueron el origen de la celestial doctrina que San Juan de la Cruz legó á la posteridad, y que le valió el nombre de *Doctor estático* que universalmente se le ha concedido.

Analizar las visiones del Monje, sería torpe audacia y grave profanación: dejemos al alma gozar pacíficamente los amores celestiales. Pero poner en luz meridiana, para que todos los vean y á todos sirvan de admiración y provecho, los méritos literarios de Juan de la Cruz, es empresa concedida al escritor cristiano y español y al devoto del bienaventurado Poeta. Estas cualidades justifican el atrevimiento de nuestra pluma, que se encomienda á la benevolencia del piadoso lector.

---

Genio de artista, y de artista excelso, descubrimos en San Juan de la Cruz. La sensibilidad exquisita de su alma, aquella sensibilidad infantil, sostenida y avivada por el rigor de la continua penitencia; la inspiración altísima que presta calor, movimiento y vida á las espirituales canciones, ya cuando el poeta la recibe subjetivamente de lo interior de su espíritu, ilustrado con lumbre sobrenatural, ya cuando viene de fuera de aquél, es decir, de Dios—porque para el místico no existen más seres que *el amigo* y *el Amado*—; aquella imaginación exuberante y lozana, cuya riqueza se parece á la de la que ideó el epitalamio de la *Su-*

*lamita*; aquella copiosa doctrina adquirida por el *Doctor extático* en las aulas y en la meditación; aquel espíritu, en fin, en donde juntó Dios, para complacencia suya, todos los méritos que pueden avalorar á las almas escogidas, y en donde derramó el Espíritu Santo la luz increada del amor divino, reunía en sí por modo eminente, cuantas condiciones pueden formar un poeta que sea la admiración del mundo entero. Poeta fué, pues, San Juan, y poeta de tan levantado vuelo, que su poesía, según frase de un eminente crítico contemporáneo, no parece de este mundo, por lo angélica, celestial y divina.

Estudiemos los caracteres generales de la poesía de San Juan, para después descender al análisis particular de cada una de sus obras.

El objeto de los escritos poéticos de San Juan de la Cruz es cantar el amor de Dios, considerado desde las más encumbradas alturas de la contemplación extática. No hay autor que le iguale en lo arrebatado del vuelo místico y en lo profundo de la concepción teológica (1). Da el Santo á conocer el camino que sigue el alma hu-

---

(1) *Mística* es aquel sistema de contemplación que, por medio de la abstracción de las cosas terrenas, del ejercicio de las virtudes y principalmente, por la exaltación del amor divino, aspira á unir al alma con Dios.—La mística española, iniciada por Raimundo Lulio y llevada á su punto más alto por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se distingue por su originalidad, por cierto sabor científico ó psicológico y por ser eminentemente activa ó práctica, huyendo escrupulosamente del quietismo, del panteísmo y del *nirvana* oriental. Además, es digno de notarse que el místico español jamás pierde la personalidad ni aun en la unión íntima con Dios en el mismo fondo del alma, donde ésta conserva su conciencia personal y su propio libre albedrío. ¡Admirable misticismo, que llega á la unión con Dios en esencial actualidad, sin aniquilar la personalidad propia, dejando á salvo las verdades científicas que se oponen al panteísmo y al nihilismo!

mana para llegar á la unión con Dios por amor, que es la vida perfecta en que verdaderamente vive y descansa el alma. Pasa ésta primeramente por la obscura noche de la fe, obscura para el entendimiento que no puede comprender las cosas celestiales, ni contener en sus estrechos limites la infinitud de la divina esencia. Desligada de toda tendencia mundanal, libertada de la tiranía de la carne por medio de la penitencia más rígida; con las facultades sensibles anuladas y ejercitando solamente la inteligencia para conocer á Dios y la voluntad para amarle, abstraída de todo lo que no sea *el Amado*, el alma recibe luz del Cielo que la ilumina y la transfigura, uniéndola finalmente con Dios en el fondo de ella misma, con unión de perfecto amor. Esta interna comunicación con Dios, que no es completa, sino sólo un anuncio ó una anticipación de los deleites inefables de la vida beatífica, magnifica las potencias espirituales, haciéndolas como divinas, y depurando sus movimientos de tal modo que el alma, sin perder su personalidad, ni su propia conciencia, ni su libre albedrío, aplica su actividad al objeto de la actividad divina, conociendo y amando lo que Dios conoce y ama. Llegada á aquel altísimo punto, es impulsada por la gratitud á ponderar en amorosas efusiones los tiernos y vivos afectos en ella engendrados por la posesión del Bien Sumo, que le hace "tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa, acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma."

Esta filosofía sublime, esta admirable Teología mística, semejante sólo á la que se encierra en las áureas páginas de las *Moradas*, expónela San Juan de la Cruz en corto número de canciones, comentadas latamente

en sus profundos tratados en prosa (1). La filosofía de San Juan forma un verdadero sistema místico, para cuya exposición no acudió el Fraile carmelita á la forma narrativa, científica y ordenada de un tratado de contemplación, ni empleó la directa del poeta didáctico ó ascético; sino que se valió de la metáfora erótica oriental, siguiendo la alegoría del *Cantar de los Cantares*. Y en verdad que no podía hacer otra cosa el arrebatado Doctor, porque aquella misteriosa doctrina que atañe directamente á la misma Divinidad en contacto con el alma de su siervo, no cabe en las menguadas fórmulas de la ciencia terrena, ni los afectos divinos pueden derechamente expresarse con la tosquedad del lenguaje humano.

Pues si desde esta altura, donde se cierne con vuelo de águila el pensamiento del místico, pasamos á la contemplación de las condiciones estéticas que forman la poesía de nuestro autor, veremos que el entusiasmo —ejecutoria de un poeta lírico, y más si se trata de asuntos tan sublimes como son los referentes á mística— el entusiasmo que no es delirio de mente loca, ni extravagancia de fantasía desordenada, sino movimiento impetuoso, pero regular, del artista hacia la belleza increada, para informarla sensiblemente, brilla por

---

(1) San Juan de la Cruz escribió las siguientes obras en prosa:

SUBIDA AL MONTE CARMELO.

NOCHE OSCURA DEL ALMA.

DECLARACIÓN DEL CÁNTICO ESPIRITUAL *entre el alma y Cristo su esposo.*

LLAMA DE AMOR VIVA.

INSTRUCCIÓN Y CAUTELAS *que ha menester traer siempre delante de sí el que quisiere ser verdadero religioso y llegar en breve á mucha perfección.*

AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES.

CARTAS ESPIRITUALES.

modo altísimo en las canciones de San Juan de la Cruz: vivificado y animado el poeta por la llama del amor deífico, sus documentos rebosan aquél generoso entusiasmo que no solamente se difunde como sangre caliente por las palabras y por las ideas, sino que con virtud admirable se comunica á los demás hombres, produciendo en ellos honda impresión estética—Admiranse, además, en las poesías del Fraile de Fontiveros, otras mil varias condiciones que dan á aquéllas valor de subidísimos quilates: la grandeza y elevación del pensamiento, la idealidad de la concepción fantástica, la exactitud en el retrato de los diversos estados anímicos del poeta, la delicadeza del sentimiento, la riqueza de imágenes y epítetos que forman la expresión gráfica y colorista, el ingenioso empleo de la alegoría y de los tropos, hacen de las canciones espirituales de San Juan de la Cruz un dechado de poética hermosura.

La misma excelsitud de los asuntos de que trata, es causa de que el estilo de este poeta tenga algo de misterioso y obscuro, que, lejos de ser en este caso un defecto artístico, es una belleza más, entre las innumerables que magnifican á las odas del Cisne carmelitano: porque aquella misma obscuridad imprime á las obras un tono de majestuosa energía, que recuerda los escritos arcanos de la sagrada literatura hebraica. Es San Juan poeta de naturalidad candorosa, magnífico á veces, á veces árido y seco, y siempre elegante, severo y noble. El constante uso de la metáfora erótica, hace de su poesía una poesía asiática, florida, vehemente, fogosa, rica de color y de movimiento. Su lenguaje es desigual y en él suele haber incorrecciones y descuidos; pero es tan sencillo, tan nuevo, tan enérgico, tan propio y tan deli-

cado, que se lee con singular complacencia. No era San Juan de la Cruz de aquellos escritores que, como Fray Luis de León y Fray Pedro Malón de Chaide, limaban y pulían sus escritos con minucioso esmero; sino que, al igual de la *Doctora carmelita* y de Fray Hernando de Zárate, dejaba correr libremente la pluma, obedeciendo al espontáneo impulso de su inteligencia creadora.

Este mismo desaliño se nota á veces en su versificación: deslúcense varios versos con faltas eufónicas, hiatos, repeticiones y durezas; pero, en general, son sonoros, fluidos y corrientes, notándose en ellos esa *difícil facilidad* que es el sello de los buenos poetas y que, entre otros méritos, presenta el de hacer corresponder la naturaleza prosódica del verso con la idea que el artista quiso expresar. Empleó San Juan la estrofa inventada por Garcilaso, immortalizada por Fray Luis y usada por todos nuestros grandes poetas sagrados, en atención á que, por su ritmo severo y grave, se presta como ninguna para dar forma plástica á los pensamientos santos. También escribió romancillos, cuartetos y glosas.

Enumeradas, en general, las virtudes eminentes de San Juan de la Cruz, considerado como poeta lírico, entremos en el *huerto ameno* de sus poesías, aspirando particularmente el delicioso aroma de cada una.

Compuso nuestro lírico CANCIONES y GLOSAS místicas y ROMANCES sagrados. Sus canciones son de lo más elevado que ha concebido humana inteligencia. El amor divino, *substratum* de las obras de San Juan, sugirió al angélico Poeta la más generosa y arrobada poesía que se ha cantado desde Salomón hasta Fray Luis. La alegoría de los místicos amores hace sencillo y candoroso lo que, de otra manera, sería grandio-

samente sublime. El alma suspira por ver á Dios en la *Noche oscura* de la fe, y exclama:

«En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada,  
estando ya mi casa cosegada».

Encontrado el *Esposo*, y después de estar la  
«amada en el Amado transformada»,  
dice:

«En mi pecho florido  
que entero para él solo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
yo le regalaba  
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena  
cuando ya sus cabellos esparcía,  
con su mano serena  
en mi cuello hería  
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre mi Amado,  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.»

Esta dulcísima canción, esta serenata angélica, por la hermosura de las ideas, por la ternura del sentimiento, por la naturalidad de la expresión, por la brillantez del colorido y por la limpia fluidez con que se deslizan los versos, no tiene semejante en el Parnaso español, como no sea en aquella otra del mismo autor titulada *Canción entre el alma y Cristo su Esposo*.

La cual canción es el monumento más grande de la

poesía mística castellana, monumento sólo comparable al epitalamio salomónico en cuyas riquísimas linfas bebió San Juan la miel y la leche que hacen de esta canción una maravilla poética. Siguiendo la alegoría del *Cantar ie los Cantares*, la *esposa* que pena por la ausencia de su *Amado*, le apostrofa de este modo:

“¿Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando, y ya eras ido.”

Dirígesese después á los pastores y á los bosques, preguntando por su *Amado*, y las criaturas responden:

“Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura;  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.”

La *esposa* gime todavía, llamando al *Esposo* con estas melíficas estancias:

“Apaga mis enojos,  
pues que ninguno basta á deshacellos,  
y véante mis ojos,  
pues eres lumbre de ellos  
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia  
y máteme tu vista y hermosura:  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente!  
Si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente

los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados!....”

Recibe dulce consuelo cuando encuentra al *Esposo*,  
y prorrumpe en las siguientes exclamaciones, que son  
verdadera música angélica:

“Mi amado, las montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las ínsulas extrañas,  
los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos;  
la noche sosegada  
en par de los levantes de la aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora.

.....

¡Oh ninfas de Judea!

En tanto que en las flores y rosales  
el ambar perfumea,  
mora en los arrabales  
y no queráis tocar nuestros umbrales.”

Y anunciando los místicos desposorios, contesta el  
*Esposo*:

“Entrádose ha la esposa  
en el ameno huerto deseado,  
y á su sabor reposa,  
el cuello reclinado  
sobre los dulces brazos del Amado.”

Gózase, finalmente, el alma con la amorosa unión,  
y dícense *Esposo* y *Esposa* divinos requiebros, en nada  
comparables á los requiebros de los más enamorados  
trovadores, de los que distan tanto como dista el Cielo  
de la Tierra.—Sería preciso copiar íntegra la canción

para citar todas las supremas bellezas que San Juan de la Cruz destiló de su amoroso corazón en estos versos admirables. ¡Qué suavidad en los afectos, qué dulcedumbre en la expresión, qué majestad en las ideas!, y al propio tiempo, ¡qué sencillez virginal, qué candor de niño enamorado! ¡qué versificación tan límpida, qué melodía de ruiseñor, qué música tan regalada!

La oda que comienza con la exclamación

“¡Oh llama de amor viva!”,

es también de gran valor literario. En ella, el alma puesta en estado de alta contemplación, después de la noche oscura, cuando sólo la separa de su *Amado* una levisísima tela, pide á Dios que desgarre aquel velo para consumar la unión, hasta que satisfecho su deseo, dice:

“¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras!  
Y en tu aspirar sabroso,  
de bien y gloria lleno,  
¡cuán delicadamente me enamoras!.....”

Las GLOSAS escritas por el beato Poeta son tal vez lo mejor que en su género hay en la literatura española. Generalmente las glosas de nuestros poetas clásicos— más aún las de los poetas sagrados— pecan de amaneramiento y artificio, y están empedradas de sutilezas, equívocos, retruécanos y discreteos no siempre de buen gusto. No son así las del lírico del Carmelo. Ricas en doctrina—y doctrina de alto vuelo, pues que pueden considerarse como los comentarios científico-poéticos de sus cánticos amorosos—, graves, solemnes, á la vez que sencillas y naturales, se distinguen estas glosas por la energía y novedad del pensamiento, la elegancia y corrección del lenguaje y la fluidez y sonoridad de los

versos: son una magnífica joya de la corona del lírico carmelitano. Conocidísima y universalmente elogiada es la que empieza de este modo:

“Vivo sin vivir en mí,  
y de tal manera espero,  
que muero porque no muero”,

algo modificada y añadida por Santa Teresa. Y ¿qué diremos de aquellas coplas *Sobre un éxtasis de alta contemplación*, donde San Juan de la Cruz vuelve á su admirable alegoría de la *Noche oscura del alma*, que sube en raudo vuelo á las más altas regiones de la visión mística?

“Entréme donde no supe,  
y quedéme, no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe donde entraba,  
porque cuando allí me vi,  
sin saber dónde me estaba,  
grandes cosas entendí.  
No diré lo que sentí,  
que me quedé, no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.

.....  
Y es de tan alta excelencia  
aqueste sumo saber,  
que no hay facultad ni ciencia  
que le puedan emprender:  
quien se supiere vencer  
con un no saber, sabiendo,  
irá siempre trascendiendo.

Y si lo queréis oír,  
consiste ésta suma ciencia

en un subido sentir  
de la divinal Esencia.»

Esta hermosísima glosa, tan profundamente pensada como elegantemente escrita, de sabroso fondo y de forma encantadora, será siempre el deleite de los espíritus sanos y creyentes, y su fama durará tanto como dure la lengua en que se escribió—Otras glosas tiene San Juan, verdaderamente místicas, como aquella *á lo divino*:

«Sin arrimo y con arrimo,  
sin luz y *ascuras* viviendo,  
todo me voy consumiendo»—,  
y en la cual se leen estos gallardísimos versos:

«Y aunque tinieblas padezco  
en esta vida mortal,  
no es tan crecido mi mal:  
porque si de luz carezco,  
tengo vida celestial.

.....

Y así en su llama sabrosa,  
la cual en mí estoy sintiendo,  
aprieta, sin quedar cosa,  
todo me voy consumiendo.»

Digna de loa es también la otra que contiene estos versos de melífica dulzura:

«Por toda la hermosura  
nunca yo me perderé,  
sino por un no sé qué  
que se alcanza por ventura.

Sabor de bien, que es finito,  
lo más que puede llegar  
es cansar el apetito  
y estragar el paladar;

y así por toda dulzura  
nunca yo me perderé,  
sino por un no sé qué  
que se halla por ventura.

.....

Que estando la voluntad  
de divinidad tocada,  
no puede quedar pagada  
sino con divinidad.

.....

Por lo que por el sentido  
puede acá comprenderse,  
y todo lo que entenderse,  
aunque sea muy subido,  
ni por gracia y hermosura  
yo nunca me perderé,  
sino por un no sé qué  
que se halla por ventura.»

Coplas referentes á un alto arrobamiento y en las  
que el poeta maneja con acierto singular la alegoría,  
son aquellas que tienen este estribillo:

«Tras un amoroso lance,  
y no de esperanza falto,  
subí tan alto, tan alto,  
que le di á la caza alcance»—,

y en las que se encierran pensamientos tan bellos como  
éste:

Por una extraña manera  
mil vuelos pasé de un vuelo,  
porque esperanza del Cielo  
tanto alcanza cuanto espera.»

Dignos de superior encomio son los ROMANCES que  
escribió San Juan de la Cruz sobre distintos asuntos

sagrados, no místicos. Estos escritos, que ostentan la venerable forma arcaica de los grandes romances del siglo XV, se distinguen por la naturalidad y sencillez de los pensamientos, por el movimiento y la energía del estilo y por la pureza del lenguaje y el ritmo de la versificación. Prueban estas obras que los romances sirven para expresar los más elevados conceptos, las más nobles ideas (1). Grandes y sublimes sobre toda ponderación, porque se refieren á cosas del Cielo, son los conceptos que el gran Místico vistió con el candoroso ropaje del romancillo octosilábico; tan grandes y sublimes, que ocupan eminente lugar en la ciencia teológica: los misterios de la generación eterna del Verbo, de la Trinidad, del plan divino de la Creación, de la Redención del género humano..... hallan en los romances del Fraile de Fontiveros exposición digna, sencilla y encantadora. En el primero, escrito *Sobre el principio del Evangelio de San Juan*, se leen estos versos:

«Y así la gloria del Hijo  
es la que en el Padre había,  
y toda su gloria el Padre  
en el Hijo poseía.

Como amado en el amante,  
uno en otro residía,

---

(1) Sabido es que el doctísimo Hermosilla consideraba á los romances octosilabos indignos de cantar asuntos elevados. Rabiosamente tronó el descontentadizo humanista contra el romance, en el tomo II de su *Arte de hablar en prosa y verso*, en donde llama á aquél *bajo, familiar y tabernario*. Estas exageraciones clásicas del erudito retórico, están, sin embargo, contradichas por nuestro glorioso *Romancero* y por nuestro admirable *Teatro*, donde abundan magníficos romances de tono elevado, que en nada se parecen á las coplas de ciego y de tirana, á que Hermosilla asemeja todos los romances.

y aquesse amor que les une  
en lo mismo convenia.

Con el uno y con el otro,  
en igualdad y valía,  
tres personas y un amado  
entre todos tres había.

Y un amor en todas ellas  
un amante los hacía;  
y el amante es el amado  
en que cada cual vivía.

Que el sér que los tres poseen,  
cada cual le poseía,  
y cada cual de ellos ama  
á la que este sér tenia.

Este sér es cada una,  
y éste sólo las unía  
en un inefable modo  
que decirse no sabía.

Por lo cual era infinito  
el amor que los unía,  
porque un solo amor tres tiene,  
que su esencia se decía:  
que el amor cuanto más une  
tanto más amor hacía.»

También merece particular mención el *Del Nacimiento*, que dice así:

“Ya que era llegado el tiempo  
en que de nacer había,  
así como desposado  
de su tálamo salía,  
abrazado con su esposa  
que en los brazos la traía,

al cual la graciosa Madre  
en un pesebre ponía,  
entre unos animales  
que á la sazón allí habia:  
los hombres decian cantares;  
los ángeles, melodía,  
festejando al desposorio  
que entre tales dos había;  
pero Dios en el pesebre  
allí lloraba y gemía.

Que eran joyas que la esposa  
al desposorio traía;  
y la Madre estaba en pasmo  
de que tal trueque veía:  
el llanto del hombre, en Dios,  
y en el hombre, el alegría,  
lo cual del uno y del otro  
tan ajeno ser solía.»

Bellísimo es, de igual modo, el que parafrasea el salmo *Super flumina Babilonis*, y que comienza con los versos siguientes:

“Encima de la corriente  
que en Babilonia hallaba,  
allí me senté llorando,  
allí la tierra regaba,  
acordándome de ti  
¡oh Sión! á quien amaba.  
Era dulce tu memoria  
y con ella más lloraba.”

Algunas otras composiciones tiene San Juan de la Cruz, pero son de inferior importancia y no añaden ni quitan un quilate al valor de su corona poética.

---

Bueno será ahora comparar á San Juan de la Cruz con otros dos místicos que son también gloria de nuestra ciencia y de nuestra literatura. No es necesario compararle con el venerable Juan de Avila, sencillo y elocuente, henchido de piedad y de unción religiosa; ni con Fr. Luis de Granada, majestuoso, amplio, sonoro y robusto; ni con Hernando de Zárate, castizo en el lenguaje, aunque vulgar y hasta chabacano en el estilo; ni tampoco con Malón de Chaide, afectado y retórico á menudo, siempre pomposo y difuso; ni con el P. Pedro de Rivadeneyra, elegante, correcto y ático; ni con otros autores místicos y ascéticos, que son honra de las letras patrias: sólo cumple á nuestro objeto de hacer resaltar la figura de San Juan de la Cruz, ponerla enfrente de otras dos soberanamente grandes: la de Santa Teresa y la del maestro León.

Visibles semejanzas se encuentran entre San Juan y Santa Teresa. Su misticismo es muy parecido en lo sublime de la concepción teológica y en lo arrebatado del amoroso sentimiento. Acaso esta semejanza entre ambos místicos proceda de aquéllas santas conversaciones en que discurrían sobre cosas del Cielo, extáticos, transfigurados, como dos abrasados serafines, causando la admiración en las personas que los veían. Pero Santa Teresa, más científica que San Juan, procede por grados, escribiendo en las *Moradas* un profundo tratado de Teología mística, ordenado, metódico y progresivo, en donde con luz esplendorosa, brilla el talento verdaderamente gigante de la Doctora carmelita: el *psicologismo* de las obras de Santa Teresa pone hoy mismo singular asombro en el ánimo de los filósofos más enemigos de la Mística. San Juan de la Cruz, aunque también lleva al alma á la séptima morada, lo

hace súbitamente con raudo vuelo, impelido por la vehemencia de su amor extraordinario. A pesar de esto, ambos místicos coinciden en el fondo de la doctrina; que por algo es San Juan discípulo de la seráfica Madre, y más aún que en el fondo, convienen en la forma de expresar sus pensamientos, forma sencilla, ingenua, sin adornos retóricos ni palabras ajenas, procurando exteriorizar su vida anímica por medio de comparaciones y metáforas, como el niño que trata de explicar sus sueños maravillosos valiéndose de las más comunes ideas y palabras. Por la frescura y la lozanía, por lo encendido del color y lo suave del aroma, parecen Santa Teresa y San Juan dos flores de una misma planta, sostenidas por el mismo tallo y alimentadas por los mismos jugos.

También tiene San Juan puntos de contacto con Fr. Luis de León, á quien, sin embargo, aventaja si se consideran ambos como poetas místicos. Altísimo sobre toda ponderación es el tono empleado por el Cisne de Belmonte en sus poesías de carácter místico, notables por la fe que las alienta, la espiritualidad que las inspira y la forma plástica que las exterioriza; pero Fr. Luis era un poeta clásico, discípulo de los grandes escritores de la antigüedad, de quienes tomó la manera serena y encantadora que lleva al espíritu singular complacencia: era un literato, un poeta eruditísimo, un artista, en la más concreta acepción de esta palabra: inflamado su corazón en el amor divino, escribía sus versos procurando dotarles de las externas condiciones que mejor retratasen el estado del alma enamorada de Dios, y hasta llamaba en su auxilio á aquella profunda sabiduría granjeada en los libros de los filósofos y de los poetas. No era así San Juan de la Cruz: sus canciones

rebotan el sentimiento del alma que las dictó para dar salida al torrente de amor que la inundaba; no se encuentran en ellas ni citas sabias, ni nombres propios, ni conceptos científicos; pues para esto escribió los comentarios en prosa: los versos de San Juan son, como hemos visto, ardientes, arrebatados, espirituales como el amor que los sugirió; son ideales, y huyen de la forma, de la que no tienen más que lo necesario para vivir. Y este carácter es más propio de la poesía mística que aquella serenidad, aquel ritmo, aquella apacibilidad del maestro León, el cual, si como poeta místico es superado por San Juan de la Cruz, en cambio, gana á éste en lo de prosista elegante y correcto, cincelado inimitable de aquellos diálogos titulados *Nombres de Cristo*, que han sido la admiración de la posteridad.

---

Hemos apuntado brevemente—que no otra cosa permiten nuestra poquedad y las condiciones del concurso para el que se escribe esta disertación— los méritos de poeta lírico que realzan la ingente figura del *Doctor Estático*, del regalado asceta, del enérgico reformador de la orden carmelitana, del profundo maestro de edificadora doctrina. Hemos visto que San Juan de la Cruz es el gran poeta místico, honra grande de esta tierra castellana, fecunda siempre en artistas y en poetas: sus canciones de ángel serán siempre la delectación de los espíritus escogidos, por la sublimidad del pensamiento, el candor del ropaje y la dulzura de la versificación.—En estos tiempos de prosaísmo y de indiferencia religiosa, y á aquellos entendimientos amantados en el cenagoso torrente del arte grosero y

material, parecerá acaso pueril y anacrónico el sereno y pacífico movimiento del arroyo, cuyas purísimas aguas buscan el seno de la Divinidad, discurriendo por los floridos campos del amor; pero no importa: aún quedan almas cristianas y sensibles que gozan con el santo placer de la emoción estética, para quienes las obras de los místicos son algo así como anticipación de las dulzuras celestiales y como calor suave que mantiene encendido el sacro fuego de la esperanza.





## AL GRAN POETA LÍRICO SAN JUAN DE LA CRUZ.



**Autor**—DON JOSÉ RODAO, DE SEGOVIA.

**Premio**—DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DEL ARCO.

**LEMA**—*Cual nadie supo cantar  
lo que llegó á concebir,  
¡Qué bien se sabe expresar  
lo que se sabe sentir!*

### I.

**N**o su fe divina  
cantar ahora quiero,  
que á empresa tan alta  
no llega mi empeño.....  
Quédese para aquellos poetas  
de más rico ingenio,  
que en sus obras predicán virtudes  
y en giros hermosos envuelven sus versos.

II.

Su ideal sublime  
á expresar no acierto,  
porque, al admirarle,  
le bendigo y creo;  
y cantara sus grandes virtudes,  
con dulce embeleso,  
si, cual él, en mi frente sintiera  
fulgeres divinos, gloriosos destellos.

III.

Yo canto al poeta  
que, con suave acento,  
en tiernas estrofas,  
se elevó hasta el Cielo,  
siendo tal la pureza del numen  
que inspiró á su genio,  
que entre nimbos de luz escribía,  
pintando del alma preciosos afectos.

IV.

Las más frescas flores  
su esencia le dieron;  
Dios prestó sus dones  
á su pensamiento,  
y parece que quiso elegirle  
para que sus versos,  
estuvieran los ángeles todos,  
con dicha infinita, cantando al Eterno.

V.

Alejado siempre  
del mundo, viviendo  
entre el dulce aroma  
de sus sentimientos;  
como nadie, pintó las delicias,  
el júbilo inmenso  
que las almas disfrutan, logrando  
salir de esta cárcel y llegar al Cielo.

VI.

No son sus escritos  
el caudal soberbio,  
que sus turbias aguas  
arrastra ligero;  
son el limpio caudal trasparente,  
hermoso y sereno,  
que refresca las plantas que besa  
y en su suave marcha, fertiliza el suelo.

VII.

No son sus escritos  
el rayo de fuego,  
cuya luz deslumbra  
y consume á un tiempo;  
son el rayo de Sol de la tarde  
que, al ir descendiendo,  
hace al pecho sentir dulce encanto  
y alumbrá á la Tierra con tenues reflejos.

VIII.

No son sus escritos  
el soplo del viento  
que troncha, arrebatada  
y aniquila fiero;  
son la brisa apacible y tranquila,  
son el suave aliento  
que consuela y envuelve en perfumes  
y á la vez transporta con placer inmenso.

IX.

El Santo Poeta,  
grande en sus conceptos,  
sublime en la forma  
de sus pensamientos,  
conseguía llegar hasta el fondo  
del alma con ellos,  
y dejaban sus tiernas palabras  
esencias divinas y santos recuerdos.

X.

¡San Juan! Tú cantaste  
la fe de aquel tiempo,  
de las almas puras  
los vivos anhelos,  
y supiste en divinos coloquios  
elevarte al Cielo,  
inspirándote dulces canciones  
lo grande y sublime, lo santo, lo eterno.

XI.

¡A quién no conmueve  
el divino acento  
de tu *Noche oscura*,  
que inspira el deseo  
de dejar los mentidos halagos  
de un mundo pequeño,  
por llegar á la cima gloriosa,  
de un mundo de dichas, de amor, de consuelo!

XII.

Allá, desde el fondo  
del sombrío encierro,  
á eternas mansiones  
fué tu pensamiento;  
que, aun estando á la férrea cadena  
del mundo sujetos,  
cuando alumbra la fe nuestra vida  
se eleva el espíritu y llega hasta el Cielo.

XIII.

Si en la lucha humana  
á explicar no acierto  
del amor divino  
los puros afectos,  
¡cuántas veces tan grandes placeres  
absorto comprendo  
y se borran errores y dudas,  
cogiendo tus obras, leyendo tus versos!

XIV.

¡Benditos mil veces!  
Cuando en mi deseo  
de alcanzar tu gloria,  
me pongo á leerlos,  
á esa eterna mansión en que vives  
va mi pensamiento,  
y vislumbro más luz allá arriba,  
bendigo tu nombre, me arrodillo y rezo.





## Demostración

de que en San Juan de la Cruz se encuentran todos los requisitos necesarios para ser declarado Doctor de la Iglesia.

---

**Autor**—R. P. FR. EULOGIO DE SAN JOSÉ, CARMELITA DESCALZO DEL CONVENTO DE SEGOVIA Y DEFINIDOR DE LA ORDEN.

**Premio**—DEL R. P. PROVINCIAL DE CARMELITAS DESCALZOS.

LEMA—*Doctor Místico.*

**C**ON motivo del tercer Centenario de la subida á los Alcázares celestiales del esclarecido *Reformador del Carmelo*, y por el ansia y anhelo que muchas personas tienen de ver al *extático Anacoreta* de Duruelo declarado *Doctor de la Iglesia*, hemos oído una y muchas veces de labios autorizados y de personas nada vulgares, estas ó parecidas

preguntas: ¿Podría San Juan de la Cruz ser declarado *Doctor de la Iglesia*? ¿Se encuentran en este santo varón todos aquellos requisitos que la Iglesia católica exige en un doctor verdadero?

A estas preguntas ha satisfecho cumplidamente el R. P. Provincial de los Carmelitas Descalzos con el hermoso tema que ha presentado al *Certamen literario* que, con el único objeto de ensalzar al Santo glorioso, abrió la Subcomisión literaria de la Junta organizadora de las fiestas del Centenario, y se expresa en estos términos: «*En San Juan de la Cruz se encuentran todos los requisitos necesarios para ser declarado Doctor de la Iglesia.*» Y nosotros, siguiendo el espíritu de este escogido tema, diremos que estas cualidades y estos requisitos se encuentran en grado eminente en el sabio Carmelita; que hay razones de mérito, de conveniencia y oportunidad para que la Iglesia le conceda el honroso título de doctor; que, si se incoa esta causa en Roma, no se hará esperar el voto favorable del Episcopado y la adhesión de la Santa Sede con la consiguiente declaración; y, finalmente, que no encontramos mejor oportunidad para su declaración que la que nos presenta el tercer Centenario de su glorioso tránsito á la Patria de los justos. Procuraremos probar la verdad de estas nuestras aseveraciones con argumentos intrínsecos y extrínsecos; examinaremos su admirable santidad y eminente sabiduría, pasando una ligera pero exacta revista á los hermosos escritos que legó á la posteridad, confesando, sin embargo, desde un principio que sus escritos no se pueden medir con criterios literarios, porque son angelicales y divinos, como cosa propia del Espíritu Santo, que regía y gobernaba la pluma del Reformador del Carmelo.

Antes de entrar de lleno en la cuestión, no será fuera de propósito determinar la diferencia que hay entre *Doctor en la Iglesia* (*Doctor in Ecclesia*), *Doctor de la Iglesia* (*Doctor Ecclesiae*), y *Santo Padre*.

Para que uno pueda gozar del título de *Doctor en la Iglesia*, basta que sea del gremio de la Iglesia católica y haya recibido el grado de doctor de alguna Universidad católica y legítimamente establecida. Mas, para gozar del título de *Doctor de la Iglesia* se hace necesaria una insigne santidad, eminente doctrina y la declaración de la Iglesia, como en seguida se dirá más latamente, y para llegar á ser *Padre de la Iglesia*, es indispensable que, además de gozar del título de Doctor de la Iglesia, se tenga la competente antigüedad—Con estos preliminares, podremos entrar en la cuestión.

Para que alguien sea declarado Doctor de la Iglesia se requieren, según dice Benedicto XIV, tres cosas, á saber: *eminente doctrina*, *insigne santidad* y que el Soberano Pontífice ó *un concilio general*, legítimamente congregado, apruebe y reconozca este título. (L. 4, p. 2, c. II, h. 13). Se requiere eminente doctrina, porque, como dijo Cristo nuestro Señor, los Doctores de la Iglesia son la sal de la Tierra y la luz del mundo (*“Vos estis sal terræ..... Vos estis lux mundi.”*) (1). Mas no podrá iluminar al mundo con la luz de su doctrina, ni condimentar los pueblos con la sal de su sabiduría, ni sacar á los demás de sus errores, si él no resplandece con la luz de la eminente doctrina; por lo cual precisa no escasa sabiduría para ser declarado Doctor de la Iglesia. Se requiere también insigne santidad, porque nadie puede condimentar bien con la sal de su sabiduría, ni

---

(1) Math., c. 5, v. 13.



sacar á los que yerran de sus malos pasos, si él no resplandece con la luz del buen ejemplo. Por último, es necesaria la declaración de la Iglesia; pues, así como nadie puede gloriarse con el título de doctor, por grande que sea su sabiduría, si no le confiere este título alguna Universidad ó centro de enseñanza autorizado para ello, ni tampoco podemos venerar á nadie como santo con culto público, por asombrosa que parezca su santidad, si la Iglesia no lo declara santo; de la misma manera, nadie, por eminente que sea su doctrina y sabiduría y por insigne que sea su santidad, puede honrarse con el honorífico título de Doctor de la Iglesia, si la Iglesia no le declara digno de tal título.

Serán objeto de este breve estudio solamente las dos primeras cualidades, anotadas por el sabio Lambertini como requisitos indispensables para merecer el título de Doctor legítimo de la Iglesia y gozar en hecho de verdad de este honroso privilegio. Haremos caso omiso de la tercera cualidad, porque el reconocimiento del Soberano Pontífice ó del concilio ecuménico se enlaza con la última y formal declaración de la Iglesia y en cierta manera se identifica; y así, nos limitaremos á presentar testimonios fehacientes de la insigne santidad de San Juan de la Cruz y de su sobrehumana sabiduría.

Santidad y sabiduría: he aquí las dos hermosas cualidades que se encuentran en superlativo grado en el héroe de Duruelo, en el humilde discípulo de la Cruz, el primer Carmelita Descalzo que, en los días de su vida mortal, asombró al mundo con la pasmosa santidad de su vida, con sus heroicas virtudes, inimitable humildad y extremado amor á la mortificación interior y exterior. Llamó la atención de los sabios y fué la

admiración de sus contemporáneos por las esclarecidas dotes científicas que le adornaban, subiendo de grado esta admiración cuanto más leídas han sido sus obras, ya de prosa, ya de verso. Dotado de privilegiado talento, abrió las fuentes de la ciencia, llegando á formar un caudaloso río de sabiduría, cuyas benéficas aguas han regado y riegan la Iglesia entera, siendo apoyo de sus sagrados dogmas y lámpara radiante que ilumina y esclarece las verdades más encumbradas y ocultas de nuestra sagrada Religión. Sus explicaciones sobre los puntos más difíciles y oscuros de la Sagrada Escritura sobrepujan toda sabiduría humana, y los vuelos de su elevada poesía no los alcanza ni alcanzará ningún ingenio humano, pues no llegan á tan subida esfera los criterios retóricos y mezquinos de la mundana sabiduría, porque *trascienden* toda ciencia adquirida. Esto, unido á su ejemplar vida, á los grandes y estupendos milagros que Dios obró por su mediación, y á los nunca bastantemente ponderados libros que dejó para el bien de tantas almas, como antídoto y remedio de toda clase de males espirituales, hace de nuestro ángel de la Cruz uno de los Santos más insignes y renombrados, uno de los sabios de primera magnitud y de la más alta escala y digno á todas luces del honorífico título de Doctor de la Iglesia.

¡Ah! por entre las líneas de sus escritos ha pasado el espíritu de Dios y los ha vestido de grandeza y santidad, según aquello del mismo Santo:

“Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura;  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura”.

Pero la grandeza de esta materia tiene muy ancho campo, cuyas fronteras se hallan á muy larga distancia, para poder examinar tan á carga cerrada, y, así, será necesario que nos extendamos un poco más para poder apreciar debidamente el valor de tales perlas.

## II.

Dejamos ya establecido, siguiendo la doctrina del renombrado y sabio Benedicto XIV, que la insigne santidad es la primera nota, indispensablemente necesaria, para que uno pueda ser declarado Doctor de la Iglesia. Fácilmente terminaríamos nuestra tarea con respecto á las pruebas que versan sobre el socio de Santa Teresa, citando las propias palabras de la Bula de beatificación, publicada por el Papa Clemente X, y principalmente, transcribiendo la célebre Bula de canonización de Benedicto XIII, donde, después de alabar las egregias dotes de la virtuosa alma del celestial varón de Fontiveros, después de engrandecer su admirable inocencia, su asidua contemplación de las cosas divinas, su áspero modo de vivir y macerar el cuerpo, sus sobresalientes virtudes y su inimitable paciencia, añade: «Habiendo obrado Dios por sus méritos nuevos milagros después de la solemne beatificación, y viendo que eran muy verdaderos y se hallaban conformes á la antigua disciplina y constituciones de los Padres, según aparecía por las diligencias hechas por orden del Papa Inocencio XI, y delante de Nos mismo, por nuestros venerables hermanos..... después de invocar los auxilios del Espíritu Santo, y cantadas las sagradas oraciones; en honor de la Santa é individua Trinidad, exaltación de la fe católica é incremento del nombre cristiano, con la autoridad del Omnipotente Dios,

Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de la nuestra, con unánime consentimiento de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes con Nos en la Basilica Vaticana, definimos que es Santo el Beato Juan de la Cruz, español, de la Orden de los Hermanos Descalzos de la bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, cuya santidad, sinceridad de su fe y excelencia de las demás virtudes y milagros constaban y constan plenamente; ordenamos que se le ponga en el catálogo de los santos confesores, como lo hacemos por el tenor de las presentes letras, y mandamos que sea honrado por todos los fieles cristianos como verdaderamente Santo, ordenando que en toda la Iglesia se edifiquen en su honor capillas y altares y se celebre el incruento sacrificio de la Misa, etc.»

Con esto, decimos que estaba terminada y resuelta esta primera prueba; pero no basta para apreciar debidamente los subidos quilates del encendido amor de Dios, ni las heroicas virtudes teologales y morales que Dios infundió en tan bien dispuesta alma y que hacen del reformador del Carmelo un coloso de santidad. Y para que se pueda formar una idea, aunque pálida, del alto puesto que le corresponde entre los mismos santos por sus grandes y especiales virtudes, apuntaremos brevemente y en globo algunas de ellas, porque sería cosa de nunca acabar, si tuviésemos que hacer relación de cada virtud.

Es una verdad incontrovertible que no podemos determinar con compás y regla el grado de elevación á que se hallan en un alma las virtudes teologales y todas las llamadas infusas, por cuyo medio, como por

unos manantiales de la divina omnipotencia, se une el alma con Dios y se introduce en ella la verdadera santidad; porque sólo el que las infundió puede conocer hasta qué grado ha sido sublimada el alma que las posee. Todos los adelantos de las ciencias modernas no bastan para darnos una idea cierta con que poder llegar á este conocimiento: ni los encómidos focos de la luz eléctrica han podido aclarar en lo más mínimo el oscuro conocimiento del estado de santidad en que se encuentra una persona. Con todo eso, como por los efectos llegamos muchas veces al conocimiento de las causas productoras, por los resplandores que al exterior despedía el inclito San Juan de la Cruz, se podría colegir, sin miedo de equivocarse, que su alma estaba íntimamente unida con Dios.

Su fe era tan viva que nunca apetecía experiencias, por ser cosas innecesarias; y por eso, se consolaba más con las sequedades interiores que con los dulces sentimientos, por ir más arrimado á la fe pura que á otros arrimos sensibles y apetitosos. En sus mayores trabajos y apreturas, le tenía esta fe tan consolado y firme en la confianza en Dios, que con su apoyo navegaba por entre las olas, con seguridad de llegar al deseado puerto. Cuando la nueva planta de la Descalcez Carmelitana, combatida desde su nacimiento con persecuciones y batallas más terribles que los cañones rayados, andaba como nave en la tormenta, embestida de tan altas olas, que parecía irse á fondo; la fe del humilde discípulo de la Cruz estaba inmóvil, como firme roca, entre las demás cabezas de la Religión, como la demuestran las cartas que escribió en aquel tiempo.

Si grande fué la fe del Reformador del Carmelo, no fué de menores quilates su virtud de la esperanza, que

no la medía con la pequeñez del corazón humano, sino con la omnipotencia de Dios, en quien ponía su confianza. Para todas las cosas referentes al servicio y gloria de Dios, lo hallaba todo muy posible, y era tan grande su esperanza, que hablaba de ellas como si las viera realizadas. De aquí provenía que en los conventos donde era Superior, nunca pasó angustias por falta del sustento y de las cosas necesarias para su comunidad, ni permitía que se hicieran especiales diligencias para buscar uno y otras fuera de casa; y cuando el Procurador del convento ó algún otro religioso le exponía la carencia de aquellas indispensables cosas y la precisión de hacer diligencias para buscar qué comer, solía contestar el virtuoso Padre: *«Tiempo tiene Dios para proveernos de lo necesario, sin que tan presto le acusemos de rebeldía.»*

Pero entre todas las virtudes teologales, en la que principalmente sobresalió el humilde compañero de Santa Teresa, fué en la caridad; porque abrasado todo en amor divino, estando con el cuerpo en la Tierra, parecía que ya con el espíritu habitaba en el Cielo. No es, pues, de maravillar que muchas veces, después de celebrar la santa Misa, quedase su rostro, al impetu de la caridad y amor divino, tan resplandeciente—cual el de otro Moisés—que con trabajo podían poner los circunstantes la vista en él; y admirados de cosa tan rara, decían que aquello era una divinidad participada de la presencia de Dios que en el alma residía. De manera que, como es propio del fuego no sólo encender, sino también alumbrar, el fuego de la caridad que ardía en su alma levantaba estas grandes llamaradas, de las cuales resultaba el resplandor de su rostro.

No sólo en las virtudes teologales resplandeció

nuestro extático Padre; que también poseyó en superlativo grado las infusas y adquiridas. Su amor á los trabajos fué proverbial, y la recompensa que pedía por ellos era *padecer y ser despreciado, por imitar á Cristo nuestro Señor*. Su don de profecía y la superioridad sobre los demonios llegaron á ser cosa notoria; en castidad y pureza fué un ángel; en la obediencia, ciego; en la pobreza, extremado, y en todo un dechado de perfección. Era tal la eficacia de su palabra para prender en las almas el amor de Dios, que con sus conversaciones pegaba á los circunstantes fuego de amor divino y desprecio del mundo, hasta el extremo de que Santa Teresa de Jesús llegó á decir, *«que no se podía hablar con el Padre Fray Juan de la Cruz de cosas espirituales, porque se arrobaba y hacía arrobar á los demás»*. Esto fué San Juan de la Cruz, con otras muchas cosas que omitimos por amor á la brevedad. Estas son las pruebas que demuestran la alta santidad de este varón de virtudes, y que comprueban sus indiscutibles méritos para ser declarado Doctor de la Iglesia. Y cuidado que no hemos hecho más que tocar por la superficie sus escogidas prendas de santidad; que no hemos hecho ni siquiera mención de sus especiales cualidades para la dirección de las almas, de las conversiones obradas por medio de su predicación y de las muchas personas que volvieron á mejor vida, merced á los celestiales ejemplos que veían en él, ni de otras grandilocuentes hazañas de santidad; porque sería tarea de nunca acabar y tenemos que ocuparnos latamente de sus escritos místicos, de esas obras por donde ha pasado el soplo divino y que han sido escritas con la pluma misma del Espíritu Santo, lo que nos suministrará materia para el resto del desenvolvimiento del tema.

### III.

Examinados ya los inconmensurables quilates de santidad que alcanzó San Juan de la Cruz en esta vida mortal, quédanos probar ahora que su eminente ciencia estuvo á la altura de su santidad, y que de consuno publican ambas cualidades que el Santo que las poseyó es muy digno del grandioso título de Doctor de la Iglesia. Y, afortunadamente, abundan para esto argumentos demostrativos, tanto intrínsecos como extrínsecos.

De los armamentarios ó arsenales suelen los hombres sacar sus armas ó argumentos intrínsecos para probar la eminente doctrina de algún personaje; y nosotros también, siguiendo esta misma marcha, defenderemos y probaremos la asombrosa sabiduría de nuestro clásico poeta y esclarecido escritor, examinando primeramente en sí misma su celestial doctrina, y después, mediante los escritos que legó á la posteridad, dando fin á esta tarea con el testimonio de los hombres más grandes que han loado los escritos de San Juan de la Cruz.

El ilustre Fundador de Duruelo alcanzó el grado superlativo y sigue parejas con Santa Teresa y los Santos más grandes de la Iglesia, por lo que hace á sus virtudes, milagros, profecías, y don de aclarar con sus escritos los misterios de la Teología mística. Es más, el hijo predilecto de Santa Teresa, en lo referente á Teología mística sobrepuja él solo á todos los Padres y Doctores de la Iglesia, y descuella por cima de todos ellos en esta parte sublime de las ciencias sagradas. San Dionisio Areopagita, San Gregorio el Grande, San

Bernardo, San Buenaventura, Dionisio el Cartujo y otros muchos han tratado de la contemplación de las cosas divinas y han escrito admirables páginas sobre las operaciones de Dios en las almas, sobre sus transformaciones y matrimonio místico; pero su doctrina está envuelta en una misteriosa oscuridad, inaccesible á la mayor parte de los hombres. Hay otros que presentan las flores de la Teología mística, llenas en verdad de suave perfume y, en lo que cabe, bien escritas; pero son sus composiciones aisladas y no forman obra completa ni una enseñanza metódica y armoniosa que se pueda honrar con el título de ciencia teológico-mística. Además, ninguno posee el admirable arte de aplicar las más abstractas teorías místicas á la dirección práctica de las almas, carácter propio de las obras de San Juan de la Cruz. Sus escritos forman verdaderamente un cuerpo de ciencia mística, teórica y práctica, de absoluta perfección y único en su género. Por los medios naturales y ordinarios, no se puede llegar á tanta altura: se requiere luz celestial que ilumine los oscuros senderos.

Estamos seguros de que el Promotor de la Fe no podrá objetar contra esta doctrina lo que opuso á la del doctorado de San Ligorio, cuando dijo que la doctrina de San Ligorio no era eminentemente sublime y extraordinaria; porque con razón se le respondería lo que ya entonces respondió Pio VII: «Las personas doctas reconocerán fácilmente el auxilio extraordinario que les prestarán los escritos de San Alfonso María» (Nosotros diríamos los escritos de San Juan de la Cruz).

Su autoridad en la Teología mística es ya el *non plus ultra*, y en esta ciencia sagrada, todos los Santos y Doctores, incluso el renombrado San Alfonso María de

Ligorio, han recurrido á las obras del austero Carmelita Descalzo, y toda su ciencia la han sacado de esta inagotable fuente. Sin temor de ser rechazados, afirmaremos que tanta autoridad tiene San Juan de la Cruz en la Teología mística, cuanta goza Santo Tomás de Aquino en la dogmática; y, como después veremos, esta comparación la han hecho antes de ahora grandes sabios.

El talento extraordinario y la vasta capacidad de nuestro extático Anacoreta llamaban la atención de todos, cuando estudiaba en la Universidad de Salamanca; y hasta sus mismos maestros quedaban admirados de dotes tan especiales. Estudiaba con grande asiduidad y bien ordenado método, sin desperdiciar minuto alguno, distribuyendo todo el tiempo entre la oración y el estudio de las letras. La soberbia, iracundia é impureza, que suelen obscurecer el entendimiento humano é impedir, ó á lo menos retardar, el progreso y adelanto en las ciencias, no tuvieron la menor cabida en la virtuosa alma de San Juan de la Cruz; y, así, llegó á alcanzar esa grandiosa ciencia que asombra á las lumbres más grandes de los tiempos posteriores, y cuanto más encanecidos están en la ciencia, tanto más pasmo les causan los escritos angelicales, celestiales y divinos del arrobado Serafin del Carmelo.

No es, pues, mucho que la Iglesia en el oficio de este inclito reformador, diga que para explicar los arcanos divinos, fué ilustrado con luz celestial, y, que á juicio de la Apostólica Sede, escribió libros de mística Teología, llenos de sabiduría celestial; y la inspirada Santa Teresa de Jesús, idónea apreciadora de la ciencia de los Santos, solia repetir muchas veces «que el Padre Fray Juan de la Cruz era una de las almas más puras

que Dios tenía en la Iglesia, y que le había infundido Nuestro Señor grandes tesoros de luz y sabiduría del Cielo». En la carta que escribió á la venerable Ana de Jesús, afirmaba la prudente Avilesa que San Juan de la Cruz era celestial y divino y que Dios le había infundido especiales gracias para la difícil tarea de la dirección de las almas. No insertamos aquí otras autoridades de santos y sabios que han hecho elocuentes elogios de la angelical ciencia del mejor de los Yepes, porque se citarán en su correspondiente capítulo; mas no podemos menos de poner el grave testimonio del más sabio de los Prelados franceses, porque ya hemos apuntado antes la grandilocuente comparación que hace del Príncipe de los místicos con otros astros de primera magnitud. Dice, pues, el clarísimo *Bossuet*, que San Juan de la Cruz tiene tanta autoridad en la Teología mística, cuanto la tiene Santo Tomás de Aquino en la dogmática, y los Santos Padres, en lo referente á las buenas costumbres. No puede presentarse testimonio más espléndido para medir la grandeza de la celestial sabiduría del predilecto hijo de Teresa de Jesús.

No debe maravillarnos que todos los santos y sabios tributen á porfía merecidos encomios á la divina doctrina de San Juan de la Cruz, y que todo el mundo científico sea testigo fiel y admirador de la misma; porque, como todos sabemos y las historias lo enseñan, este maestro sapientísimo nunca miraba un libro para escribir sus admirables tratados, que son la quinta esencia del espíritu; no acostumbraba espigar en campo ajeno, ni hacer, como suele decirse, *ex libris libros*. Para conocer su gran fondo científico, bastaba interrogarle sobre cualquier dificultad de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres ó de alguna duda espi-

ritual; porque daba en el acto unas respuestas tan atinadas, unas soluciones tan claras y precisas, que bien se echaba de ver el Espíritu que le iluminaba, dejando á los que le oían maravillados de tanta sabiduría y tan acertadas soluciones.

Advierte San Isidoro de Sevilla que un Doctor de la Iglesia debe poseer la ciencia de las Sagradas Escrituras "*Cui etiam scientiam scripturarum necessaria est.*" Pues bien, el alimento cotidiano de nuestro Santo era la lección de esta divina ciencia. Sus obras son simplemente un comentario sublime y celestial de la Sagrada Escritura, cuya síntesis admirable forma un cuerpo de Teología mística; pues sabido es que en sus obras no se citan los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, sino solamente los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero pasemos á exponer en particular los místicos escritos del reformador del Carmelo.

#### IV.

Infunde religioso temor el tener que hablar con lengua mortal de estos celestiales y divinos escritos, debidos más bien al soplo del Espíritu Santo que á los cortos alcances del misero hombre. Parece profanación é irreverencia pecadora el tocar con plumas que no sean de ángeles tan elegantes y divinos partos del genio inmortal del Serafin del Carmelo, maestro del habla castellana y dechado de perfección en todo género de verso y prosa, por su originalidad y peregrina gracia en expresar sus ideas. Esto, sin embargo, no nos dispensa de hablar algo, aunque rudamente, de sus celestiales escritos, dignos de estar impresos con letras de oro.

El desierto del Calvario, las alegres vistas de la Alhambra de Granada y hasta la misma obscuridad del estrecho calabozo de Toledo, fueron para el Matatías de la nueva ley un claro y anchuroso Parnaso de divinas musas. En el desierto del Calvario dió principio á sus tareas literarias el austero Anacoreta, y el principal escrito que comenzó en este lugar de altos y sanos pensamientos, fué el libro titulado *Subida del Monte Carmelo*, que después, con los demás, prosiguió y concluyó en Granada. Y si hemos de juzgar y cotejar este libro por la alteza de su doctrina y superior estilo, sacaremos la lógica consecuencia de que fué escrito á la luz de más que humana inteligencia. Su objeto es circuncidar los sentidos y potencias del varón espiritual, dirigiéndole á la perfecta desnudez interior. Y como esto no se puede lograr, si no se tienen purificados el sentido, la inteligencia y el afecto, nuestro gran Maestro reparte su escrito en tres libros: en el primero enseña á desasirse de todo objeto sensible; en el segundo, á desnudarse de toda inútil aprensión, y en el tercero, á vaciarse de todo gozo vano, desembarazando y limpiando los senos del entendimiento, memoria y voluntad, para recibir á raudales la influencia divina por medio de la fe, esperanza y caridad, que constituyen los próximos medios para la divina unión. La *Subida del Monte Carmelo* es un maravilloso *Apocalipsis*, que nuestro divino Juan escribió en su retirado *Patmos* del desierto del Calvario, tan lleno de misterios, que al tratar de él no podemos hacer otra cosa más que tartamudear, como otro Jeremías, á la vista de semejante portento, y adorar en silencio los altos juicios de Dios, que tan subida ciencia comunica á los hombres; porque escribir más sobre cosa tan celestial, sería imperdonable profanación.

El segundo escrito del Reformador del Carmelo se titula *Noche oscura del alma*, y nuestro Príncipe de la Mística declara en él la terrible obscuridad de aprietos y congojas interiores con que Dios suele purgar las almas que ha escogido para elevarlas hasta la cumbre de la perfección. Este tratado se divide en dos libros: en el primero explica el Santo la noche ó purgación espiritual del sentido; en el segundo, la purgación del espíritu, enlazándose en alguna manera con lo que trata en la *Subida del Monte Carmelo*, pues ambos se ocupan de la purificación del sentido y espíritu. En la *Subida del Monte Carmelo* se enseña lo activo; y en la *Noche oscura*, lo pasivo. Allí, cómo se ha de negar y purgar uno á sí mismo; y aquí, cómo le purga y purifica Dios.

A este tratado sigue el *Cántico espiritual* ó *Canciones* en que se declaran varios y tiernos afectos del alma, nacidos de la interior comunicación y correspondencia con su celestial esposo, Cristo Jesús. Es una de las obras más acabadas y perfectas de todos los escritos del santo Padre. En íntimos coloquios con su divino Esposo, canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar de la noche oscura de la fe á la perfecta unión de amor con Dios, y se deshacen ambos en amorosa correspondencia. Este misterioso tratado se compone de una égloga amatoria, formada de cuarenta canciones, con un hermoso comentario en prosa, cuyo ornato, comparaciones, estilo y metáforas son tan gallardas y decentes que, además de guardar el debido decoro á las personas que en ellas se introducen, que son Cristo—*el Esposo*—*la esposa*—que es el alma—y *las criaturas*—sus compañeras—encierran y declaran maravillosos secretos interiores, con asombrosa propiedad.

El cuarto libro de nuestro insigne varón se intitula

«*Llama de amor viva*», y es una declaración de cuatro canciones que comienzan con las mismas palabras del título que lleva el libro, y tratan de la más íntima y levantada unión con Dios, que el espíritu del varón contemplativo puede alcanzar en esta vida por medio de una ardentísima llama de caridad. Este tratado se divide en cuatro partes, que son las declaraciones de cada una de las canciones, en que se explican las admirables condiciones y efectos de la divina unión.

Estos cuatro libros son la quinta esencia de la Teología mística, y lo principal que escribió el Maestro de los maestros místicos. Su objeto es guiar á un alma espiritual desde el principio de su carrera hasta el fin de su mayor aprovechamiento, dirigiéndose especialmente no para los que proceden por medio de meditación en el difícil camino de la perfección, sino para aquéllos que, habiendo pasado al ejercicio de la divina contemplación, procuran aventajarse en ella y disponerse para llegar por este medio á la unión con Dios; por más que no deja de dar maravillosos avisos y excelente doctrina para los que caminan por vía de meditación. La doctrina de los dos primeros libros sirve para los que comienzan el camino espiritual y se hallan en la vía *purgativa*. La del tercero, para los que van aprovechando, y se hallan en la vía *iluminativa*. Y la del cuarto, para los consumados y perfectos, que se hallan en la vía *unitiva*.

Además de estos portentosos partos del genio científico del mejor de los Yepes, debemos también á su bien cortada pluma esas inimitables poesías que son el asombro de los sabios, no sólo por el sentido literal de los versos y por la belleza de la forma, sino también, y mucho más, por el profundísimo sentido místico

y elevada doctrina que encierran. Suyas son asimismo esas admirables epístolas, que respiran espiritual dulzura y son el mentor más seguro para alcanzar la verdadera perfección. De su pluma brotaron esas instrucciones y cautelas que con tanta precisión y verdad nos enseñan el verdadero camino y nos iluminan con radiante luz para no tropezar en los ocultos y oscuros senderos del alma; y en sus pocas páginas nos presenta la verdadera triaca que nos ha de preservar de toda clase de tósigos. Y finalmente, le somos deudores de esas trescientas sesenta y cinco magníficas sentencias espirituales, que son como un denominador común á que es necesario se ajusten todas las personas devotas antes de emprender cuenta ú operación alguna espiritual. Cada una de estas preciosas sentencias vale por un libro, y puede dar materia bastante para servir de meditación por largos días.

En La Peñuela escribió, además, un tratado sobre las milagrosas imágenes de Guadalcázar, declarando como los milagros pueden ser verdaderos y falsos, y asimismo los espíritus, dando reglas para conocer unos y otros; y según testimonio de religiosos antiguos que lo leyeron, era una preciosa joya; pero el descuido é incuria del tiempo nos ha robado esta perla.

Tales son los tesoros que nos legó el santo Padre Fray Juan de la Cruz, no sólo suficientes, sino también superabundantes en eminente grado para poder ser declarado Doctor de la Iglesia.

## V.

Hemos llegado á los argumentos extrínsecos ó pruebas de autoridad que sirven no poco para esclarecer los

quilates que encierra un escrito; porque un particular podrá errar en el juicio que ha formado sobre aquel escrito, pero los fallos dados de consuno por todo el mundo científico, sin distinción de escuelas y partidos, llevan consigo el sello del acierto.

Parecerá superfluo el que presentemos más testimonios de santos y doctores, después de todo lo que se ha dicho en las anteriores secciones; pero son tan graves y de tanto peso los argumentos de autoridad que militan en pro de los escritos místicos de San Juan de la Cruz, que no podemos omitir todos, por más que lleguemos á ser pesados en esta materia.

Los Eminentísimos Cardenales Torres y Deti dicen en las letras remisoriales, concedidas en orden á la canonización del santo Padre: «Escribió libros de Teología mística llenos de celestial sabiduría, los cuales andan divulgados en diversos reinos, con tan sublime y admirable estilo, que juzgan todos no ser ciencia adquirida con ingenio humano, sino revelada é infundida del Cielo». El doctísimo Padre Fr. Luis de León, gloria y admiración de su siglo y honor perpetuo de la Orden agustiniana, celebró con grandes ponderaciones la profundidad y superior espíritu del santo Reformador, que aún vivía, y dijo que jamás había leído doctrina tan alta y admirable. En esta misma veneración tuvieron también los escritos de San Juan de la Cruz, los esclarecidos catedráticos de la Universidad de Salamanca, el Ilmo. Fray Agustín Antolínez, Arzobispo de Santiago, y el P. Maestro Fr. Basilio Ponce de León, que no acababan de hacer particulares elogios en pro de escritos tan notables, como se puede ver en los testimonios de las lumbreras de la Iglesia que van impresos al principio de las obras del Santo.

Nos haríamos interminables si tuviéramos que insertar aquí las grandes aprobaciones, elegantes elogios y hermosas calificaciones con que han sido encomiados y celebrados los profundos cuanto valiosos escritos del Reformador del Carmelo. Mas, por otra parte, no podemos hacer caso omiso de autoridades tan respetables, cuando cualquiera de sus palabras equivalen á un argumento apodíctico en favor de estos celebrados escritos. Siguiendo, pues, el justo medio, citaremos los nombres de los principales luceros del saber científico que son verdaderos ojos con que ve el mundo.

Fr. Luis de León, el Ilmo. Fr. Agustín Antolínez, Arzobispo de Santiago, y el Revmo. Fr. Diego del Campo, todos tres de la Orden de San Agustín, hacen de estos escritos grandísimos elogios, como ya hemos dicho antes de los dos primeros. El Ilmo. Fr. Pedro de Herrera, Obispo de Tarazona, el sabio catedrático de la Universidad de Alcalá, Fr. Juan González; el no menos docto catedrático de Salamanca, Fr. Francisco Araujo; los Padres Maestros Fr. Lorenzo Gutiérrez, catedrático también de Alcalá y Fr. Tomás Daoiz, Lector de Teología de Santo Tomás de Madrid y Calificador de la Inquisición general, con el célebre predicador de S. M. y también Calificador del Santo Oficio, Fr. Cristóbal de Torres, todos ellos ilustres miembros de la sagrada Orden de Predicadores, hacen honradísimas calificaciones de esta admirable doctrina. De la esclarecida y religiosísima Compañía de Jesús sólo mencionaremos dos, por no sernos posible ni aun citar la pléyade de autoridades en la materia que alaban los escritos del santo Padre. Las dos á que aludimos son los PP. Cristóbal Caro y Juan de Vicuña, quienes afirmaban que jamás habian encontrado doctrina de espíritu ni más elevada,

ni más sólida, y que su Autor había tenido especial luz del Cielo para escribirla. De la religión de los Menores, escribió eruditamente, entre otros, en loa de estos escritos el ya citado Fr. Juan Ponce. No mentamos á ninguno que pertenezca á la Orden de Carmelitas Descalzos, por ser muy conocidos: se puede ver, sin embargo, la hermosa apología que hace de estos libros el Reverendo Padre Fr. Juan Evangelista, compañero del mismo Santo, y que se encuentra al principio de sus obras.

No solamente en las Ordenes mendicantes han sido conocidos y estimados los preciosos escritos de nuestro experimentado Maestro, sino también, y con más particularidad, por las Ordenes monacales, que como más dadas al retiro y á la soledad, mejor que otro ninguno entienden el lenguaje con que habla Dios en ella á sus amigos. De entre los religiosos jerónimos, es muy grandilocuente la aprobación del Ilmo. Obispo de Tarragona, Fr. Diego de Yepes, confesor del rey Felipe II y de Santa Teresa de Jesús, en cuya *Vida*, entre otras muchas alabanzas, dice de San Juan de la Cruz lo siguiente: «Tuvo altísimo espíritu, profunda inteligencia y penetración de las cosas de oración y contemplación, de las cuales escribió libros de admirable y subida doctrina». De la Orden del insigne Patriarca San Benito, escribió cosas admirables sobre los escritos de este singular Santo, el Ilmo. Fr. Antonio Pérez, Arzobispo de Tarragona y antes Superior general de su religión. De la gran familia del meliflúo Doctor San Bernardo, tenemos el grave testimonio del Ilmo. Sr. Fr. Pedro de Oviedo, Arzobispo de la ciudad de Santo Domingo, en la India occidental, quien trabajó mucho para que la Universidad de Alcalá diese la solemne aprobación que

insertaremos después. Finalmente, el Rdo. P. Fr. Diego de Funes, hombre de ingenio y talento extraordinarios, nos muestra en sus elogios á San Juan de la Cruz, que la religión de la Cartuja tiene sus escritos en grande estima.

Y haciendo caso omiso de otros infinitos testimonios de hombres eminentes de diversas Ordenes religiosas, citaremos algunos nombres de personas insignes en todo género de ciencia y erudición; entre los cuales figuran en primera línea los Emmos. Cardenales Torres y Deti, D. Tomás Tamayo y Vargas, cronista de S. M. y uno de los ingenios más fecundos de España; el Dr. D. Francisco Miravete, Oidor y Decano de la real Audiencia de Zaragoza; el Dr. D. Juan de Salinas, Canónigo de la S. I. C. de Segovia, etc. etcétera. La mayor parte de los grandes hombres que hemos citado escribieron sus admirables elogios en pro de los escritos del encarcelado de Toledo, antes que se diese el decreto de su solemne canonización. Mas si de éstos pasáramos á tejer el catálogo de los hombres ilustres que han hecho elogios de tan celestial doctrina y se han embebido en su lectura, duplicaríamos nuestra ya cansada serie de nombres, porque no se encuentra sabio ni santo de talla que no haya tributado un obsequio de admiración á estas divinas páginas. San Francisco de Sales, San Ligorio, los ya nombrados Bossuet y Fenelón, nuestro Balmes, Maillard, Bertier, Butler, Godescard, Bonoso de San Marcos, Dositeo de San Alejo, Alberto de San Cayetano, Collet, Albán, Stolz, Enrique María Fondón, el Emmo. Cardenal Wisemán, Aureliano F. Guerra, Orti y Lara, Menéndez Pelayo y otros innumerables que no citamos, hicieron brillantes elogios del Maestro místico y de su celestial doctri-

na. Solamente en la obra titulada *Collectio Scriptorum Ordinis Carmelitarum Excalceatorum*, publicada en Savona el año 1884, se encuentran treinta y nueve Carmelitas Descalzos que han escrito la vida de San Juan de la Cruz, sin contar las varias traducciones que se han hecho de algunas de estas vidas. Se encuentran, además, veintidos autores, también Carmelitas Descalzos, que han traducido ó comentado las obras de este celestial Maestro. Y con objeto del Centenario, han aparecido ya cuatro vidas de este inclito Doctor: dos en francés y las otras en italiano y húngaro, debidas todas á los hermanos de la misma religión. Hasta los mismos racionalistas, llevados por la fuerza de la verdad, han hecho grandísimos elogios de tan maravillosos escritos.

Para concluir esta parte del nuestro, citaremos en favor del Doctorado de San Juan de la Cruz dos autoridades, á cual mejores, de las célebres Universidades de Alcalá y Baeza. La de Alcalá dió la siguiente honrosa calificación de los escritos del humilde Carmelita: «Estos libros del muy venerable Padre Fray Juan de la Cruz, primer Descalzo Carmelita, que á petición del Revmo. Padre General de la Orden de los Carmelitas Descalzos, el Sr. Rector y Claustro de esta insigne Universidad de Alcalá nos cometió, habemos visto y leído con gran diligencia y cuidado. Y no sólo no habemos hallado cosa alguna contraria á nuestra santa fe católica, ni á las buenas costumbres, ni á la doctrina de los Santos Padres; antes todo lo que en ellos se contiene nos parece muy útil y provechoso para el gobierno de las almas espirituales y para el desengaño de ellas en materia de ilusiones que padecen, haciendo demasiado caudal de algunas visiones ó reve-

laciones, con que á sí mismas y á otras suelen hacer daño; para lo cual nos parece muy grande antídoto la doctrina que en estos libros se contiene. Y verdaderamente, cualquiera que con atención los leyere, echará de ver que el Autor lo hizo con particular espíritu de Dios y singular favor suyo, para declarar tan delgadamente la materia que trata y explicar á propósito de ella, las autoridades de la Sagrada Escritura. Y así por todas las dichas causas y, particularmente, por ser la doctrina tan segura y tan á propósito para los Padres que hacen oficios de maestros de almas espirituales, nos parece que se deben tener continuamente delante de los ojos.»

En el archivo de los PP. Carmelitas Descalzos de Segovia está anotado un acto grandioso llevado á cabo por la Universidad de Baeza en favor del Doctorado de San Juan de la Cruz y que, por ser de suma autoridad, vamos á insertar aquí con palabras textuales: «Universidad de Baeza—Esta Universidad determinó en Claustro pleno graduar por doctor de su Claustro al glorioso Padre San Juan de la Cruz con toda la solemnidad debida á punto tan serio. Comunicó su acuerdo con su Ilmo. Prelado (de Jaén) D. Rodrigo Marín Rubio, quien le aprobó y aplaudió, y asimismo encargó no hubiese omisión en los medios que pudiesen conducir á este grado, y que para esto, se sacase Bula de Roma, pidiendo primero el beneplácito de la religión. Así lo practicó el Claustro, haciendo á los Prelados relación de todo, en carta firmada de todos sus Doctores y Secretario, que conserva la religión en su archivo, y es su data del 3 de Enero de 1730»—Dicen en ella, entre otras cosas: «De los escritos profundísimos de San Juan de la Cruz, ya se sabe lo que todos dicen, aunque ninguno ha dicho lo que basta de ellos.»

Y bastan ya y sobran autoridades y argumentos extrínsecos; sólo diremos breves palabras sobre la conveniencia y oportunidad de la deseada declaración de Doctor de la Iglesia.

## VI.

Para concluir estos mal delineados párrafos, presentaremos aquí los argumentos de conveniencia y oportunidad que militan en pro del Doctorado del sabio Anacoreta de la cueva de Segovia. Sirviéndonos de un razonamiento que el docto P. Henrique Ramiere usó para probar la conveniencia del Doctorado de San Francisco de Sales, diremos: Tenemos en Santo Tomás de Aquino el Doctor de la Teología dogmática; en San Alfonso María de Liguorio, el Doctor de la Teología moral; en San Francisco de Sales, el Doctor de la Piedad y del Ascetismo; pero carecemos de un Doctor, de un representante de la Teología mística, y nadie puede representar mejor que San Juan de la Cruz tan importante ciencia, porque las admirables páginas que el santo Carmelita escribió sobre la materia, tienen bien merecido tal honor.

Declarado Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz, se completaría el sabio triunvirato de la Teología moral, ascética y mística, estas sublimes ciencias que tanta gloria han dado á la Religión católica y han servido de tanto provecho á los fieles cristianos. Unidos al Doctor angélico, los representantes de esta Teología formarían ese misterioso número cuatro que por una secreta disposición de la Sabiduría divina, se encuentra en los cuatro Profetas mayores, los cuatro Evangelistas, los cuatro primeros Concilios generales que, según

San Gregorio el Grande, merecen el mismo respeto que los cuatro Evangelios: los cuatro Padres de la Iglesia griega y otros tantos de latina. Declarado Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz, estos Doctores de la sagrada Teología representarían gloriosamente las tres grandes naciones latinas, Italia, Francia y España: Italia, sede del sucesor de San Pedro y guardián de la fe y de la moralidad cristiana, estaría representada por su Doctor del Dogma (Santo Tomás) y su Doctor de la Moral (San Alfonso); Francia, donde nació la tristemente célebre escuela del hipócrita Jansenio, que, so color de piedad, conducía á las almas á la incredulidad y desesperación, estaría representada por su Doctor de la Piedad (San Francisco de Sales), y España, cuna de tantos falsos místicos, dignos hijos del impío Molinos, estaría también dignamente representada por su Doctor de la Teología mística (San Juan de la Cruz).

En cuanto á la oportunidad para la proclamación de este Doctorado, no puede excogitarse tiempo alguno más oportuno que éste. Como aún carecemos de un representante oficial de la Teología mística, esta declaración pondría digna corona al Doctorado católico para la dirección práctica de las almas. Coincidiría felizmente con el tercer Centenario de la gloriosa muerte de nuestro Santo y, sobre todo, esta declaración sería la condenación solemne de las lamentales aberraciones de nuestra época, en que los hombres tienen pegado su corazón á las cosas de la Tierra, y proclamando el materialismo y positivismo, no quieren dar crédito más que á los dictámenes de su débil razón, ni elevar su mente más allá de las nubes. Esta declaración daría á conocer el nombre de San Juan de la Cruz, y se esparcirían más sus escritos y, por

ende, su sana y divina doctrina, sería dique formidable contra el grosero materialismo de nuestros días.

Hemos llegado ya á la meta ó término de nuestro escrito, satisfechos de haber compendiado brevemente las razones que á nuestro juicio militan más directamente en favor del Doctorado del hijo de Gonzalo, San Juan de la Cruz. Nos daríamos por muy recompensados con que el R. P. Provincial de los Carmelitas Descalzos ó los Superiores mayores de Roma de la dicha sagrada religión, de acuerdo con el Episcopado español y con todo el mundo cristiano, promovieran ante la Santa Sede la causa de la declaración del Doctorado de esta lumbrera de la Iglesia, valiéndose en primer término de los Señores Obispos, que, con motivo del tercer Centenario, acudan á Segovia á venerar el incorrupto cuerpo del Reformador del Carmelo. Con gozo de nuestro corazón, hemos barruntado que se espera hacer algo en este sentido y que para esto se están imprimiendo escritos latinos, para repartir entre los Señores Obispos, en defensa del Doctorado del Místico escritor. No nos cabe la menor duda sobre que los Señores Obispos y todos los que profundicen esta cuestión verán con toda claridad que *“En San Juan de la Cruz se encuentran todos los requisitos necesarios para ser declarado Doctor de la Iglesia.”*





## EXAMEN CRÍTICO

de las obras de San Juan de la Cruz, bajo el  
concepto literario.

---

**Autor**—UN SOLITARIO DE BENICASIN (DESIERTO DE LAS  
PALMAS, CASTELLÓN).

**Premio**—DEL EXCMO. SR. CONDE DE ALPUENTE.

**LEMA**—*De los escritos de San Juan de  
la Cruz..... ninguno ha dicho lo  
que basta de ellos.*

(La Universidad de Baeza.)

**E**MPRESA difícil, por no llamarla imposible, es la  
del examen de las obras de San Juan de la Cruz  
bajo el frío escabelo de los criterios literarios.  
No es nuestro ánimo ajustar á las reglas del arte  
literario el espíritu que anima las obras del  
*Doctor extático*, pues quien tal pretendiese, habría de  
estrellarse en sus mismos propósitos y renunciar una  
tarea que pudiera ser fructuosa tratándose de otro  
clásico del *Siglo de oro* de nuestra literatura, si excep-

tuamos las obras de Santa Teresa. Por otra parte, era San Juan de la Cruz tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, como dice el Sr. Menéndez Pelayo, que nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su arrobado pensamiento. Y el pensamiento de San Juan de la Cruz bien podemos decir que se hallaba pendiente y como unido á la Belleza Suprema, de donde es cierto que dimanaban aquella riqueza y variedad en el fondo y en la forma, á la vez que la energía, solidez y alta significación que entrañan.

Para que no resulte infructuoso este atrevido trabajo, procuraremos recoger, cual abeja laboriosa, algo de lo mucho y bueno que de las obras de San Juan de la Cruz se ha escrito.

El Santo cultivó la prosa y rayó sobremanera en el cultivo de la poesía. En la primera y á pesar de ser la materia que trata tan obscura y mística, «hizo época en aquélla tan gloriosa para España, que oía hablar en dos mundos y en la Europa, sobre todo, admirada de su poder, el sinigual idioma de Cervantes (1)». Y si tan admirables fueron sus cantos en prosa, aun dice el señor Menéndez Pelayo que «cantó, en versos más admirables que su prosa y de fijo superiores á todos los que hay en castellano, las delicias de la unión extática (2)».

## I.

Justo es que hablemos algo de la manera como San Juan de la Cruz cultivó la prosa castellana, para entrar

---

(1) D. Casimiro de Erro en unos *Apuntes* sobre los escritores de la Iglesia en España.

(2) *Heterodoxos españoles*, tomo II, pág. 583.

de lleno donde tan admirablemente se distinguió al cultivar el afecto más sublime de su alma, en la lengua de aquella graciosa hija del Cielo y “en todo extremo hermosa á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar..... todas las..... ciencias” según siente de la poesía nuestro inmortal Cervantes.

La *Subida del Monte Carmelo*, la *Noche oscura*, la *Llama de Amor viva*, la *Declaración del Cántico espiritual entre el alma y Cristo su Esposo*, *Las Sentencias y Avisos*, las *Cautelas* y las *Cartas*, son las obras en prosa escritas por San Juan de la Cruz para honra de la Iglesia católica, provecho de las almas contemplativas y utilidad de la literatura clásica española. Los dos primeros fines procuró alcanzarlos y los alcanzó; el tercero lo consiguió sin pretensiones de literato, ni de pensador, como hoy se dice.

Tengamos en cuenta el objeto ó materia tratada por San Juan de la Cruz y el fin altamente espiritual que se propone, para contestar á los que pregunten si las obras de San Juan de la Cruz repugnan ó contradicen á las reglas de la estética literaria.

El fin principal á que debe aspirar el escritor, es hacerse entender, y mal lo hubiera conseguido San Juan de la Cruz, si en vez de emplear el estilo y lenguaje que emplea, hubiera seguido los que ostentan Cervantes y Solís, para aparecer armoniosos en la frase.

No cabe duda que siendo la belleza el objeto de la estética y con haberse hablado de ésta tanto como desde Platón se viene hablando, aún deja mucho que desear la aceptación universal que de la palabra *belleza* se ha alcanzado. Si nos fijamos en la esencia de la belleza, apenas encontramos conformidad de parecer, una vez

que dejamos la escuela católica, puesto que fuera de ella y acompañando diversas circunstancias, se la juzga según las ideas religiosas ó políticas que el escritor profesa y hasta los intereses que en el juicio se empeñan.

El materialista, el racionalista ó el incrédulo escriben ó leen una obra y después de juzgarla conforme ó disconforme á sus reglas críticas, el tal juicio es desechado por un idealista ó creyente. Esta divergencia y diversidad de pareceres no consiste en la esencia de la obra juzgada, puesto que siempre permanece la misma, sino en la manera de apreciar la verdad de la belleza; y esta manera será siempre conforme con la educación religiosa, política y literaria recibida por el que forma el juicio. Un crítico para quien la fuente de inspiración y belleza es el Verbo Divino, no juzgará las obras de San Juan de la Cruz ó de Fr. Luis de León del mismo modo que las de Carducci, Zola, Pérez Galdós ó López Bago. De ahí tanta diversidad de escuelas, ya naturalista, realista ó purista, ya idealista, ya otras muchas, amparadas por cada uno de los partidos políticos ó sectas religiosas. Notad que cada una de ellas persigue, más ó menos directamente, la belleza y cree que sus obras son las únicas de la misma capaces; pero claro está que si todas han de encontrarse en un punto, sería desgraciadamente en el extremo, lugar desamparado por la verdadera belleza. Probar que el realismo y naturalismo literarios, tales como Zola los predica, no pueden conseguir la belleza para sus obras es fácil tarea, teniendo á la vista tantos ejemplos que diariamente lo demuestran.

¿Qué viene á ser el realismo literario, sino indicio cierto de espantosa decadencia, traducción fiel de las

costumbres contemporáneas y, por ende, prueba irrefragable del fin perverso que inspira á tal escuela?

Así se comprende el desvío hecho por la literatura moderna, de aquellos sublimes ideales que inspiraron tales composiciones á los genios de *los Luises del Siglo de oro*, á Santa Teresa de Jesús, Lope de Vega, Calderón de la Barca y tantos otros que no se desdeñaron de vestir un tosco sayal religioso y que nos recuerdan lo que fué la España cuando se cobijó al amparo de la Religión, que hoy desprecia y persigue; sólo esos ideales, que el moderno realismo rechaza, fueron, son y serán siempre los que inspiren aquella «prosa admirable y aquellos versos más admirables que la prosa y de fijo superiores á todos los que hay en castellano», y en los que se ven fielmente retratadas la nobleza y la elevación de espíritu, á la par que el afecto por el idioma patrio, de aquel Serafín del Carmelo, conocido en los anales de la Iglesia, Literatura ó Historia, con el nombre de San Juan de la Cruz. Esto no puede ser oído por los que ignoran el concepto genuino de la belleza y guían *al arte por el arte*, separándolo de la moral católica, cuando no le motejan de *platonismo*, intentando así descubrir los secretos que el arte entraña, pero servilmente ayudando al realismo en su satánica empresa.

Así nos expresábamos en otra ocasión, y añadíamos que el sensualismo, bajo formas más ó menos encubiertas, es el ídolo adorado por el realismo literario y bajo su férula militan, no sólo gran parte de los que cultivan las Bellas Artes, sino también las Bellas Letras. Ejemplo de ello nos ofrecen, por desgracia, muchos escritores modernos que parece se proponen envilecer al hombre, no sólo haciéndole creer que más allá de la tumba está el vacío, como lo intentan Zola y muchos que le imitan,

sino que el sér único que merece la estima y adoración del hombre, es el oro. ¡Infeliz creencia! Quien tenga noticia de *Tierra y La Plata* (1), sabe que no exageramos.

La escuela realista se ha apropiado los tesoros de nuestra clásica literatura, llegando á decir que Santa Teresa de Jesús es *realista*. ¡Dichoso realismo! Si Zola y Pérez Galdós le imitaran, es seguro que no hubiera sido menospreciada nuestra moderna literatura.

Nadie ignora que la escuela del materialismo es el realismo, y claro está que podemos afirmar con un escritor ilustre (2), «que en el materialismo no puede encontrarse la inspiración poética ni la belleza». «El arte de decir no es más que el arte de pensar y el arte de sentir». Hablamos ordinariamente como pensamos y sentimos: si nuestros pensamientos y sentimientos son grandes y sublimes, podremos remontarnos hasta donde la *Doctora de Avila* se remontó, hasta donde el gran *Extático* llegó. A quien nos objetare con la existencia de grandes escritores y grandes poetas que son materialistas, le contestaríamos rotundamente, con el señor Coll Vehi, que no hay tal. Muchos se jactan de materialistas; pero, en el fondo, no lo son. Hay en esos hombres dos naturalezas: una ingénita y otra adquirida; la ingénita, hija de Dios, es la que hace al escritor grande, poeta, si se quiere, inmortal; mas la segunda es ficticia. Si pruebas de ello se apetecen, examínense la *Visión de Fray Martín* y *Maruja*; léase al *Cantor de la duda*, y se le verá maldecir de Voltaire y mofarse de Darwin; dirijase la atención á la oda que *A Cristo crucificado* compuso aquel que se jactaba de haber echado

---

(1) Novelas escritas por Emilio Zola.

(2) Coll y Vehi—*Diálogos literarios*, 2.<sup>a</sup> edic., 1882, Barcelona.

en cara al Autor de *Los Mártires* de «saber lo que no creía y no creer lo que sabía»; medítese un momento, desechando la inmodestia del escritor, lo notable de su composición, saboréese la y, á poco, se caerá de las manos, al ver la frialdad y languidez que siente, como efecto y patrimonio de la indiferencia que domina su corazón; se verán expresiones y conceptos que, animados de otro espíritu, hubieran arrebatado, como sucede con los de San Juan de la Cruz. Bien dijo el Autor de los *Heterodoxos*, que si Marchena se propuso demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los asuntos sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento calcar frases de los libros santos y frases de León ó de Herrera y zurcirlas en una oda, que no será mejor ni peor que todas las de su escuela; pero de esto al brotar espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! (1). Sin salir de la prosa, léanse *Los Mártires* y *El Genio del Cristianismo* y léase después el tomo en que el Autor de *Mujeres célebres* habla de la Virgen de Nazaret y se verá que Chateaubriand dice lo que siente y Castelar no es cuando habla de la Virgen, el mismo que se reconoce cuando atiende á su corazón cristiano. El Autor de *El Evangelio en Triunfo* no es el mismo cuando activa su propaganda irreligiosa en la Corte y en las colonias de Sierra Morena, que cuando toma la pluma para expresar lo que su corazón siente.

Bien dijo el Sr. Coll y Vehi, al afirmar que el arte de decir no es más que el arte de pensar y el arte de sentir: y lo mismo en las artes que en las ciencias, las regiones del genio están cerca del trono de Dios.

---

(1) *Heterodoxos españoles*, tom. 3.º, pág. 395.

He ahí el fin de nuestra insistencia: los que entran en las filas del realismo, por no cuidarse de Dios en sus obras, no hallarán la belleza, y de aquí, los juicios enteramente distintos del que, llamándose idealista, realista ó como quiera, siente las aspiraciones de un alma inmortal que le hace desear las regiones de lo bueno, de lo bello, de lo sublime, de Dios.

Al tocar este punto, debemos recordar que pocos escritores han llegado en el particular hasta el extremo que San Juan de la Cruz y que, por tanto, sus obras se hallan inspiradas junto al trono de la misma Deidad, junto al trono de la Suprema Belleza.

¿Quién no reconoce la conformidad de los escritos en prosa de San Juan de la Cruz con la estética literaria?

Es verdad que para ser grande escritor, no basta el ser católico ferviente ó místico aventajado, sino que se necesita conocimiento de las reglas; pero, si arrebatado aquel seráfico espíritu, no cuidaba de las reglas tanto como de hacerse inteligible, no por eso deja de ser digno de mérito el estilo, el lenguaje que emplea en objeto tan sutil y delicado.

«En los escritos de San Juan de la Cruz se ven voces y locuciones apartadas de la significación común y aplicadas á la expresión de afectos los más tiernos ó encendidos, y de pensamientos los más santos y elevados; imágenes risueñas, graciosas y vivas, llenas todas de esa divina fragancia con que el Señor se digna revestir á veces las reliquias de los justos, como si el olor sabrosísimo de santidad en que vivió y murió el extático Carmelita se hubiese derramado en las obras con que quería edificar á las generaciones futuras.»

«No hallando San Juan de la Cruz en la lengua

castellana voces á propósito para expresar el objeto de sus obras, que no es otro que la purificación de las potencias sensitivas ó intelectuales, y los medios que ha de emplear el alma para llegar á la perfecta contemplación y alto estado de unión sobrenatural y amorosa con Dios, da á los vocablos comunes una acepción distinta de la que les es propia, amontona sin tasa ni orden todos los que cree necesarios para declarar cosas que indudablemente no están al alcance de nuestros pobres y bajos idiomas, sin detenerse ante la consideración, demasiado mundana para el que intenta expresar conceptos y sentimientos tan divinos, de que su locución pecase ó no por redundante ó difusa y saliese desabrida ó armoniosa; por manera que estos defectos, si tal nombre merecen, son tan inherentes á los asuntos tratados por el Santo, que los tenemos, si no por imposible, por muy difícil de evitar; y aun algunos de ellos, tales como esa obscuridad moderada y la incoherencia que dejamos apuntada en la significación de los vocablos, engendran cierta belleza acomodada á esa elocuencia espiritual, comunicándole aquel sabor poético que nos atrae y seduce.»

Termina estas consideraciones el Sr. Rubio y Ors, observando con el juicioso Capmany que, si hacemos uso de los criterios literarios para aquilatar el mérito de estos escritos, llenos de jugo espiritual y vacíos de todo adorno y afeite vano, «veremos brillar en ellos de cuando en cuando, expresiones animadas de vivísimas figuras y hermosas imágenes que compensan la negligencia y languidez de estilo, que es, sin embargo, siempre fluido, castizo y fácil. Algunas veces es vehemente y sublime, aunque nunca arrebatado ni impetuoso. Abunda en muchos lugares en bellezas originales de la

lengua castellana, ya en la suavidad de las dicciones, ya en lo magnífico y elevado de las ideas, donde hay más misterios que palabras, y, por último, su expresión es grande en la pintura de las cosas celestiales, y en los afectos amorosos, delicadísima.»

¿Se quiere un ejemplo que exceda toda ponderación? Véase: trata de la amorosa mano del Señor, y dice: «¡Oh mano, que siendo tú tan generosa, cuanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! ¡Oh mano blanda, tanto más blanda para esta alma, apretándola blandamente, cuanto si la asentaras algo pesada, hundiera todo el mundo; pues de sólo tu mirar, la Tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan! ¡Oh, pues, otra vez, blanda mano, que así como fuiste dura y rigurosa para Job, porque le tocaste ásperamente, asentándola tú sobre mi alma, muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto más blanda, y suave, que fuiste para él dura; cuanto más de asiento me tocas con amor dulce, que á él le tocaste con rigor! Porque tú matas y das vida, y no hay quien rehuya de tu mano. Mas, tú, ¡oh divina Vida!, nunca matas sido para dar vida; así como nunca llagas, si no es para sanar.»

¿Place fijarse en cómo San Juan de la Cruz describe la llaga que abrió en su corazón el amor divino? Pues admirense rasgos de lenguaje angélico: «¡Oh regalada llaga, y tanto más regalada, cuanto ella es hecha por más alto y subido fuego de amor! Porque habiéndola hecho el Espíritu Santo, á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar sea grande, grande será la llaga, porque grandemente sea regalada el alma que la reciba. ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa y muy dichosa llaga,

pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma! Grande es la llaga, porque grande es el que la hizo, y grande es su regalo, porque el fuego de amor es infinito. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el centro intimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se puede abrasar, para regalar todo lo que se puede regalar!» (1)

En estas delicadísimas descripciones, tanto más delicadas cuanto apenas discrepan un ápice en la armoniosa cadencia de frases y períodos, abunda el Santo en los sublimes comentarios á la *Llama de Amor viva*, y en la *Declaración al Cántico espiritual entre el alma y Cristo su Esposo*.

En la *Subida del Monte Carmelo* y en la *Noche oscura*, aparece el estilo de San Juan de la Cruz más obscuro y misterioso para aquéllos que no están iniciados en los sabrosos misterios de la Teología mística.

Esta objeción contra la claridad, debida á un clásico, la resuelve el mismo Santo, sin pretensión de literato: «Y por cuanto esta doctrina es de la *Noche oscura*—dice en el prólogo á la *Subida del Monte Carmelo*—por donde el alma ha de ir á Dios, no se maraville el lector, si le pareciere algo oscura. Lo cual entiendo yo que será al principio que la comenzare á leer; mas, como pase adelante, irá entendiendo mejor lo primero; porque con lo uno se va declarando lo otro. Y si lo leyere la segunda vez, entiendo le parecerá más claro, y la doctrina más segura. Y si algunas personas con esta lectura no se hallaren bien, hacerlo ha mi poco saber, y bajo estilo; porque la materia de suyo buena es

---

(1) *Llama de amor viva*.—Declaración de la Can. II, v. II.

y harto necesaria. Pero paréceme que aunque se escribiera más acabada y perfectamente de lo que aquí irá, no fuera apetecida de muchos; porque aquí no se escribirán cosas muy morales y sabrosas para los espirituales que gustan de ir por las que son dulces, á Dios; sino doctrina sustancial y sólida, así para los unos como para los otros, si quisieren pasar á la desnudez de espíritu que aquí se escribe. Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra sagrada religión, de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido, á quien Dios hace merced de meter en la senda de este Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales del siglo, entenderán mejor esta doctrina de la desnudez de espíritu.»

He ahí resuelta la dificultad que Villeneuve y los críticos franceses que le han seguido, oponían á la claridad que debe reinar en todo escrito, para ser clásico. El Sr. Menéndez Pelayo, D. Juan Valera, Muñoz Garnica, Coll y Vehi y tantos otros como han hablado de estos escritos, han reconocido la claridad en el estilo y la comprensión del lenguaje, dada la materia que se trata.

«Mal podrá censurarse—diremos con un Académico—lo que sólo merece admiración y elogio, verbigracia, que San Juan de la Cruz con su inimitable locución, á pesar de la nebulosidad de la filosofía mística, nos arranque de la cárcel del mundo fenomenal y sensible, para anegarnos en los piélagos de luz de lo absoluto y de lo infinito, en que se resuelve su *Noche oscura*.» (1) Y

---

(1) D. Pedro de Madrazo, en su *Discurso* de recepción en la R. Academia, el 10 de Abril de 1881—Con perdón del Sr. Madrazo,

puesto que tanto se ha hablado de las nebulosidades de la Mística y del estilo obscuro y misterioso en que escribió San Juan de la Cruz la mayor parte de sus obras, séanos licito recordar las palabras de un crítico: «Las obras místicas de San Juan de la Cruz, escritas en el siglo XVI, participan á la vez de la riqueza del lenguaje y del fuego que ardía en el corazón del siervo de Dios. Es verdad que su estilo es difuso; pero estúdiense del modo que se debe, y se hallará en todas ellas un gran tesoro de amor y caridad, una inteligencia superior en las cosas santas y un deseo vivo y animado hacia el bien y la gloria celestial; y, en efecto, no es fácil que las comprendan aquellos que no han seguido la vía de San Juan de la Cruz; mas, á lo menos, deberán confesar en lo poco que comprendan, que todo lo de este Santo es admirable.» (1)

No insistiremos en la claridad de las obras del Santo, toda vez que cada ciencia y arte tienen terminología propia. Si el estilo que Cervantes emplea en su famoso *Hidalgo*, lo hubiera empleado San Juan de la Cruz en sus obras, habrían éstas resultado una monstruosidad religiosa y literaria.

En todos los escritos en prosa del Santo, presiden una concisión y unidad que á primera vista causan admiración. El argumento de estas obras no es variado; todo se reduce á purgación (2) ó purificación de potencias y

---

hemos de decir que el Santo no empleó ninguna filosofía mística; pues la esencia de la Mística es eminentemente teológica, y los que la toman en sentido filosófico son los racionalistas.

(1) *Biograf. eclca. comp.*, tom. IV, pág. 386.

(2) He aquí la delicada comparación con que la explica el Santo: «Esta purgativa y amorosa noticia ó luz divina, de la misma manera se ha en el alma purgándola y disponiéndola para unirla consigo perfectamente, como el fuego en el madero para transformarlo en sí. Porque el faego material, en aplicándose al made-

sentidos. En sus *Declaraciones al Cántico espiritual y Llama de Amor viva*, expone toda la Teología mística con una precisión en la frase y una concisión de estilo, que le hacen digno de figurar donde la Historia de la Literatura clásica española le ha colocado.

Ya hemos manifestado que tampoco falta armonía en los escritos en prosa del Santo, ni riqueza de lenguaje; pues, como dice el Sr. Rubio y Ors, es el creador de ese lenguaje que retocó el V. Granada con la elocuencia arrebatadora y la naturalidad y sencillez que en sus obras se ven.

Esto no obsta para que, como todo lo clásico, y toda obra humana, tenga los defectos que hemos señalado; pero de ahí á rechazar los escritos del Santo, como han hecho algunos críticos, hay una distancia inmensa.

Examínense las obras de San Juan de la Cruz; méditense hasta comprenderlas, y, después, dígase si es exageración disculpar al insigne Lebrija aquellas memorables cuanto atrevidas palabras estampadas en la dedicatoria que de su *Gramática* hizo á Isabel I. «Está ya

---

ro, lo primero que hace es comenzarle á desecar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo y léndole secando poco á poco, le va sacando á luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y, finalmente, comenzándole á inflamar por de fuera y calentarle, viene á transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el qual término, ya de parte de el madero ninguna acción, ni pasión ai propia de madero, salvo la cantidad y gravedad, menos sutil que la de el fuego, teniendo en sí las propiedades y acciones de el fuego; porque está seco; y seco, está caliente; y caliente, calienta; está claro, y esclarece; está ligero mucho más que antes: obrando el fuego en él estas propiedades y efectos. A este modo, pues, avemos de filosofar acerca de este Divino fuego de amor de contemplación que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios, —*Noche oscura*, lib. II, cap. X, pág. 238, ed. Sevilla.— Hemos procurado trasladar fielmente el texto.

nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento que esperar la subida.»

Será esto exageración; pero el estado de la literatura española del siglo XV, enriquecida con la mística del siglo XVI, cuyo creador es San Juan de la Cruz, llegó á una altura que hoy, después de tres siglos, aún nos parece digna de admiración é imitación.

El juicio del V. Fr. Luis de León sobre las obras de Santa Teresa de Jesús, podemos hacerlo extensivo á las de San Juan de la Cruz, no porque el estilo sea el mismo, como dicen Berault-Bercastel y Henrión, sino porque la materia de la *Vida* de la Santa, del *Camino de Perfección*, de las *Moradas* y *Exclamaciones*, es la misma que la *Declaración del Cántico espiritual*, de la *Llama de Amor viva* y hasta de la *Subida del Monte Carmelo* y la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz: «en la forma del decir, en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, no hay en nuestra lengua escritora que se le iguale.» No cabe duda que el estilo de otros escritos de la Santa, como el del libro de las *Fundaciones*, es más familiar y sencillo que el de San Juan de la Cruz en su *Noche oscura*; pero léanse de éste sus *Sentencias* y *Avisos* y se dirá de ellos lo que un escritor, que no quiere pase Santa Teresa plaza de escritora clásica: «Los *Avisos* y *Sentencias* de San Juan de la Cruz—dice—son dignos de figurar en el sagrado libro de *Eclesiastes*, por su estilo claro y sencillo.» (1).

---

(1) Al errado juicio del Sr. Madrazo sobre los escritos de Santa Teresa, contestó el Excmo. Sr. Marqués de Molins lo que sigue: «Lo confieso, señores, ingenuamente: yo no alcanzo á comprender ni desear más profundidad en el pensamiento, más claridad

Tenemos de algún modo probado que en las obras de San Juan de la Cruz no todo es misterios y enigmas, sino que en ellas y cuando la materia lo requiere, su estilo es claro, sencillo, abundante y castizo; su lenguaje es riquísimo y de bellezas originales; las más de sus cláusulas, inimitables: el conjunto es todo celestial y divino.

No terminaremos la primera parte de este sencillo examen, sin recordar la manera delicada con que el Santo trata los *toques* de amor divino:

«¡Verbo, hijo de Dios, que por la delicadeza de tu sér divino, penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola Tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídas en la Tierra de Canaán, ni vistas en Temán! ¡Oh pues, mucho y en gran manera delicado toque del Verbo, para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Horeb con la sombra de tu poder y fuerza, que iba delante, te diste á sentir al Profeta en silbo de aire delgado y delicado! ¡Oh aire delgado! Di, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo Tú tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa y muy dichosa el alma á quien tocases delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo, alma..... Mas no lo digas; porque no sabe de aire delgado, y no sentirá, porque no puede recibir estas altezas!» (1).

Reproducir aquí las bellísimas descripciones del Santo en cada uno de los estados del alma desde que entra en la *Noche oscura* del sentido, hasta que llega á

---

en el lenguaje, mayor sencillez y concisión en el estilo.,--*Discurso* de contestación al Sr. Madrazo, en la recepción de éste en la Real Academia.

(1) *Llama de Amor viva*, Declaración de la Can. II, ver. III.

la posesión de Dios en unión de amor que tan delicadamente describe en la declaración á las últimas *Canciones del Cántico espiritual* y á las de la *Llama de Amor viva*, es tarea ajena á la índole y brevedad de este trabajo. Sólo nos permitiremos recordar la exclamación de un genio extraviado, después que leyó los escritos de San Juan de la Cruz: “!Qué bella y animada no es su expresión en la pintura de cosas celestiales! ¡Qué delicado en esos rasgos de amor con que retrata su incesante aspiración al Cielo!”

Si alguno presentare la objeción de ser el Santo, en el retrato de escenas amorosas entre el alma y Cristo su Esposo, algún tanto realista, como hoy se dice, no temeríamos en añadir argumentos á la objeción; pero contestaríamos con un autor nada sospechoso, hablando de Bossuet: “¿Quién pudiera escandalizarse—dice—de semejante lenguaje? Bossuet es tan casto como sublime cuando habla del amor y de todo lo que le pertenece; solamente Milton se le asemeja. ¿No es una cosa muy bella y muy noble el haberse valido de la fuerza del misticismo para hacernos olvidar el sentido material de las palabras y que no pensemos sino en el valor y significación que tienen? Nuestros romanceros y novelistas hacen justamente todo lo contrario: bajo palabras honradas y decentes, su intento es hacernos pensar en cosas que no lo son” (1).

Terminemos ya esta parte con un trozo escogido del Santo, donde expresa la índole de su corazón y de su carácter, como santo y como escritor místico. Si el estilo no es el hombre, contra el parecer de Pascal,

---

(1) “*De la Justice dans la Révolution y dans l’Église*,” por Proudhon, citado por Muñcz Garnica en la “*Biografía de San Juan de la Cruz*,”.

convengamos en la posibilidad de conocer el estilo, una vez que conocemos al hombre.

“Señor Dios, amado mío,—dice el Santo—si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia, y serás conocido en ellos. Y si es que esperas á mis obras para, por este medio, concederme mi ruego, dámelas Tú y óbramelas, y las penas que Tú quisieres aceptar, y hágase. Y si á las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío? ¿Por qué te tardas? Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu hijo te pido, toma mi cornadillo, pues le quieres; y dame este bien, pues que Tú también lo quieres. ¡Oh poderoso Señor, secándose ha mi espíritu; porque se olvida de apacentarse en ti! No te conozco yo, Señor mío, porque todavía quería saber y gustar cosas.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos, si no le levantas Tú á ti en pureza de amor, Dios mío? Tú, Señor, vuelves con alegría y amor á levantar al que te ofende; y yo no vuelvo á levantar y honrar al que me enoja á mí. ¿Cómo se levantará á ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas Tú, Señor, con la mano que le hiciste? ¡Oh poderoso Señor, si una centella del imperio de tu justicia tanto hace en el príncipe mortal, que gobierna y mueve las gentes, ¿qué hará tu omnipotente justicia sobre el justo y el pecador?

Señor, Dios mío, no eres Tú extraño, á quien no se extraña contigo: ¿cómo dicen que te ausentas Tú? Señor, Dios mío, ¿quién te buscará con amor puro y sencillo, que te deje de hallar muy á su gusto y voluntad? Pues

que Tú te muestras primero y sales al encuentro á los que te desean. No me quitarás, Dios mio, lo que una vez me diste en tu unigénito Hijo Jesuchristo, en que me diste todo lo que quiero: por eso me holgaré, que no te tardarás, si yo te espero ¡Con qué dilaciones esperas, oh alma mia! Pues desde luego puedes amar á Dios en tu corazón.

Míos son los Cielos y mía es la Tierra; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí; porque Christo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mia? Tuyo es todo esto y todo para ti: no te pongas en menos ni repares en miajas, que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria; escóndete en ella y goza y alcanzarás las peticiones de tu corazón.

¡Oh dulcísimo amor de Dios, mal conocido! El que halló sus venas, descansó. Múdese todo muy en hora buena, Señor, Dios mio; por que hagamos asiento en ti: Yéndome yo, Dios mío, por doquiera contigo, por doquiera me irá como yo quiero para ti: Amado mío, todo para ti y nada para mí. Todo lo áspero y trabajoso quiero para mí y nada para ti ¡Oh Dios mío, cuán dulce será á mí la presencia tuya, que eres sumo bien! Allegarme he yo con silencio á ti y descubrirte he los pies; porque tengas por bien de juntarme contigo tomando á mi alma por Esposa: y no me holgaré hasta que me goze en tus brazos. Y ahora te ruego, Señor, que no me dejes en ningún tiempo, porque soy despreciador de mi alma (1)».

(1) *Oración del alma enamorada, Obras de San Juan de la Cruz, edic. de Sevilla, pág. 487.*

Renunciamos á citar alguna de sus trescientas sesenta y cinco *Sentencias* y *Avisos*, ya que han sido ensalzadas por los escritores que de ello se han ocupado; y entraremos en la segunda parte:

## II.

San Juan de la Cruz es un perfecto poeta y sus versos sobre la más elevada unión del alma con Cristo son «de fijo, superiores á todos los que hay en castellano.»

Examinar las poesías de San Juan de la Cruz con los ojos de la carne, es empresa inútil para alcanzar algún resultado; pues el Santo no cernió sus alas ni elevó su inspiración junto á las musas que acompañan al dios de la Música y de la Poesía.

Una inspiración cuyo origen estaba de continuo en el centro de su alma, era la que movía la pluma de nuestro clásico poeta; y por esa razón, no es, para él, la poesía el arte de eugalanar las fábulas de los antiguos griegos, ni de encerrar en líneas de cierto número de sílabas pensamientos más ó menos nuevos, sino la expresión del alma levantada y como encendida de un sublime afecto traducido en la *posesión de Dios por unión de amor*. Este género de poesía cultivase raras veces y la literatura le conoce con el nombre de poesía mística. Se distingue perfectamente de todos los géneros de poesía, sin exceptuar la poesía ascética.

Sólo en medio del catolicismo tiene vida propia, pareciendo nos está indicando la escuela que posee derecho á alcanzar la verdadera belleza. Aquí se ajusta perfectamente la observación de Manzoni, al afirmar que «la fe es elemento del juicio» y donde aquélla falta, rara vez ó nunca puede resultar en el análisis de la be-

lleza el fin verdadero á que debe aspirar todo juicio. Donde falte la fe, podrá haber comparación de ideas; pero no dará el resultado apetecido cuando la belleza es el objeto de la comparación; puesto que la fe es elemento psicológico del juicio, y sin fe, no se puede percibir la belleza en la poesía mística.

Fuera del terreno católico no hay poesía mística, y si algo tiene pretensiones de serlo ó parecerlo, solamente son remedos que más ó menos directamente caen bajo la esfera del pseudo-misticismo. Algunos creyeron que la poesía—y aun la literatura místico-española—procedía de la alemana y hasta de la rabinica ó arábigo-española; pero justo nos será exclamar con el ilustre Autor de las *Ideas estéticas*: “Y ¿habrá quién pretenda..... que la misma *Corona real* de Gabirol, con ser resplandeciente de luz y de poesía, ha influido de un modo directo en la literatura mística de los cristianos?” San Juan de la Cruz consideraba la poesía no sólo como “la expresión artística de la belleza, por medio de la palabra sujeta á la medida y cadencia, de que resulta el verso (1)” sino que iba más allá, y posando junto al espíritu divino que tan dulcemente pulsaba la lira, sólo tenía libertad para oír, cantar y extasiarse en la contemplación de aquellas dulzuras inefables. He ahí la razón que imposibilita el examen crítico-literario aplicado á las poesías del *Doctor extático*; pues sólo las *Canciones* no pueden sufrir comparación con las composiciones que el arte, por perfecto que sea, ha implorado á la misma naturaleza, revestida y adornada de los atractivos que, si bien se admiran, difícilmente se imitan.

---

(1) *Diccionario* de la R. Academia.

Las poesías de San Juan de la Cruz no son de hombre, porque nunca los hombres de sí tal pudieron, sino de ángel; poesía sublime que, apenas entendida, nos hace recordar los cantares melódicos de la Patria donde la Suma Belleza hinche hasta los últimos confines y en donde nuestro Poeta repite hoy, no sus amorosas quejas, pues satisfechos son sus deseos, sino aquellos encendidos y sublimes loores á Aquél de quien había dicho el Padre:

Al que á ti te amare, Hijo,  
á mí mismo le daría,  
y el amor que yo te tengo,  
ese mismo en él pondría,  
en razón de haber amado  
á quien yo tanto quería (1).

Antes de entrar en el examen particular, debemos insistir en que las poesías que nos ocupan no sufren comparación con las de ninguno de nuestros clásicos, si exceptuamos á Santa Teresa, pues ni siquiera puede ponerse á su lado aquel que "nadie le aventajó en infundir el espíritu moderno en las formas clásicas" y que con inimitable dulzura cantó las delicias de aquella

"¡..... descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!"

Una prueba de ello es el *religioso terror* que de nuestros críticos se apodera al intentar juzgarlas aun por cima de todo humano criterio. Nosotros no osaremos someter las poesías de San Juan de la Cruz al golpe

---

(1) *Romance II* de San Juan de la Cruz.

frío de la crítica, que cae sobre el escarpelo más frío aún de las reglas; pues sabemos que “juzgar tales arroba-mientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación.”

Antes de recordar lo que de tales poesías se ha dicho, veamos si en ellas ha seguido San Juan de la Cruz los vestigios de otros autores.

Si nos fijamos en los poetas místicos, sobre todo, de los siglos XVI y XVII, apenas encontramos uno que, aunque dulce, elegante y recomendable como modelo de la lengua, no lleve impresa consigo señal alguna de su contacto con las páginas de otro libro. (1). Fijemos nuestra vista en las palabras de Fr. Luis de Granada (2) en sus *Adiciones al Memorial*, y leamos estas expresiones: “Casi todo esto que aquí habemos dicho acerca de la divina hermosura, dice maravillosamente Platón en persona de Sócrates, en el diálogo que llama del *Convite*”; el mismo Fr. Juan de los Angeles—de quien afirma el Sr. Menéndez Pelayo, que no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre—declara al explicar la idea del amor, que no hizo sino “seguir la doctrina de Platón en su *Convite de amor*”; y Malón de Chaide (3), que en la materia del amor “seguirá en lo que dijere á los que mejor hablaron de esta materia,

---

(1) Debemos exceptuar á Santa Teresa de Jesús, pues no cultivó la poesía como arte, y prueba de ello es que sus composiciones poéticas son chispas del fuego divino que abrasaba su corazón seráfico.

(2) Fr. Luis de Granada es contado en el mundo de los poetas.

(3) *Conversión de la Magdalena*, edi. de la *Verdadera ciencia es. pañola*, parte IV, cap. I, pág. 145.

que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platón y Plotino, y al gran Dionisio Areopagita, y á algunos de los antiquísimos filósofos.... (1)».—Sólo San Juan de la Cruz, con estar hablando continuamente de tan delicada materia al declarar sus *Canciones*, rehusa seguir hasta en la prosa, la doctrina y el estilo de los profanos; algunas veces, rarísimas, cita á San Dionisio para confirmar varias de sus afirmaciones, pero en la poesía á nadie imita; sólo se cuida de seguir la inspiración divina, sin imitar al mismo Judas Abarbanel (León Hebreo), como lo hacen algunos místicos del siglo XVI, tales como Fr. Luis de León, «inspirado por la teoría pitagórica de los números y de las esferas celestes, enseñada por León Hebreo en su bellísima oda (2)».

No condenamos por lo dicho la imitación con arte, puesto que si un poeta sabe sentir lo ajeno y hacerlo propio, no hay duda que es grande el mérito, porque «el sentido del arte crece y se nutre con el estilo y reproducción de las formas perfectas»: nuestra insistencia estriba en que, siendo tan acabadas las poesías de San Juan de la Cruz y siendo el objeto de ellas el mismo que Malón de Chaide, Fr. Luis de León y otros escritores tratan, esto es, el del más puro y acendrado amor místico, no ostentan reminiscencias del *Convivio* del *Simpósio*, aun cuando los que tal escribieron «lleven con justo título la palma, por ser los que mejor hablaron de esta materia».

(1) Es muy digna de leerse la poesía mística de Malón de Chaide, que empieza:

Al cordero que mueve  
con el cándido pie el dorado asiento!!;  
pues pudiera pasar por propiedad de San Juan de la Cruz.

¡Tal es el sabor místico en que está escrita!

(2) Así lo afirma Menéndez Pelayo en sus *Ideas estéticas*, tomo II, pág. 26.

No es nuestro ánimo recabar para San Juan de la Cruz el noble título de Príncipe de la literatura mística española, pues la Historia le ha coronado ya con él las sienas; sino recordar con un escritor, que el *Doctor extático*, con sus poesías, «colocó un laurel más sobre el soberbio arco de triunfo construído para su patria por los cantores cristianos que le habían precedido; y del propio modo que Francisco de Asís, Buenaventura y el Aretino, fueron los precursores de Dante y de Petrarca, Juan de la Cruz brilló en el horizonte español como la aurora de los felicísimos, inolvidables días de Garcilaso y de Herrera, de Lope, de Calderón, de Jáuregui, de Rioja y de Argensola» (1).

Si se lee á Fr. Luis de León, poeta lírico de prendas muy singulares, no se dejará de observar en algunas poesías, que imita no sólo á León Hebreo, sino que se deja arrastrar por la estética platónica, y si refleja los sentimientos de Platón en *Fedro* y el *Convite*, y hasta á Plotino y Boecio, tampoco rehusa el parecido con Horacio. Ejemplo de lo primero lo tenemos en la oda *A la música* del ciego Salinas, que es, en sentir del señor Milá y Fontanals, una bella paráfrasis cristiana de la estética de Platón: ejemplo de lo segundo nos lo ofrece la oda tan conocida, que empieza

«¡Qué descansada vida»,

y que es un remedo inimitable de la que Horacio comienza

«Beatus ille qui procul negotiis.»

A pesar de ejercer el platonismo una influencia tan poderosa sobre los místicos del siglo XVI, no podemos pasar por alto, como un timbre que enaltece las obras

(1) D. Casimiro de Erro en unos *Apuntes* sobre los SS. PP. y Escritores de la Iglesia en España.

de San Juan de la Cruz, que nada influyó acerca de las poesías que brotaron de su angélica inspiración: tendrá su prosa, según algunos, cierto sabor aristotélico y hasta platónico, porque propio era de los místicos de aquella época; pero sus poesías son celestiales y divinas, sin sombra de algo humano.

No cabe dudar que San Juan de la Cruz cubre con tan misteriosa obscuridad sus poesías, merced á los velos de la alegoría, reclamados por el asunto, que no atreviéndose á retocarlas, por no privarlas del sello impreso en ellas por el Espíritu Santo, vióse obligado á declararlas, recelando no sólo de aquella tan augusta como misteriosa obscuridad, sino del efecto producido por esta misma causa, y á que podría dar interpretación equivocada el espíritu profano y no iniciado en materias místicas.

Bien poco habrá de fijarse quien no descubra en las poesías del Santo una grande imaginación, un corazón nobilísimo y una exquisita sensibilidad, acompañada de ternura (1) que conquista para el *Doctor extático* el, por muchos, codiciado título, no sólo de poeta, sino de grande y perfecto poeta.

Las poesías que nos ocupan son el compendio más substancioso de cuantas dulzuras encierra la Teología mística y es dado alcanzar á los mortales; los versos de que se componen son chispas de amor divino y en lo tocante á la forma, “son bellísimos hasta por su sencillez y los mejores, á modo de idilio ó égloga donde el *Esposo* y la *esposa*, enamorados ambos, entienden y

(1) Una exquisita sensibilidad, sin estar acompañada de ternura, recuerdo haber leído en el ilustre P. Faber, que sería origen de la crueldad más refinada, y por eso atribuyo á San Juan de la Cruz la compañía de la ternura, porque de ella resulta la dulzura más delicada que en sus poesías admiramos.

hablan dulcemente de sus amores (1)». Nosotros apenas podemos apreciar el mérito de tales poesías, si no hemos experimentado la desnudez de la *Noche oscura* ó aquella que canta y explica el Santo, donde dice:

“.....que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado transformada. (2)»

No podemos con ojos carnales examinar aquel canto de la *esposa*, donde dice:

“Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre mi Amado,  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado»—;

y mucho menos cuando después de saber ella que

“Aminadab tampoco parecía,  
y el cerco sosegaba,  
y la caballería  
á vista de las aguas descendía»—,

logra sus deseos, no ya de tocar la *cima del Monte Carmelo*, sino de internarse en lo más secreto del *Corazón* adorable de su *Amado*, y desde allí cantar dulcemente

“¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras!  
Y en tu aspirar sabroso,  
de bien y gloria lleno,  
¡cuán delicadamente me enamoras! (3)

Nuestra alma pecadora no puede, por ahora, alcan-

---

(1) D. Juan Valera en el *Discurso* de contestación al leído por el Sr. Menéndez Pelayo en la recepción en la Real Academia.

(2) Can. V de la *Noche oscura*.

(3) *Llama de Amor viva*, Can. IV.

zar la noticia de tan inefables bondades: séanos, por lo mismo, permitido usar de nuestro lenguaje, y si alguna vez nos olvidamos de hablar de la forma en que están escritas y no nos ceñimos al estrecho círculo de las bellezas artísticas, permítase la excusa y exclamación: «¿Quién será el que, teniendo el pomo en la mano, no aspira el aroma embriagador que guarda y que el fuego del amor divino ha destilado de lozanas flores del Cielo?» No nos atreveremos á registrar el cáliz que custodia néctar tan precioso; pero, ¿será lícito procurar verter una pequeña gota sobre el corazón, para que, *endulzado* con tanta riqueza, se olvide del mundo y haga recordar al alma que más allá del sepulcro hay una Patria en donde se gozan por una eternidad las delicias que San Juan de la Cruz indica —y solo él pudo comprender— en sus poesías? Si tal fuera dado, es seguro podríamos con justicia examinar con crítica imparcial el mérito de estas poesías; pero ya que no nos adorne tanta ciencia, zuremos algunos trozos que puedan siquiera figurar en el certamen para que escribimos.

Por otra parte, es claro que el asunto de la Teología mística es en extremo delgado y casi inefable, si se pretende explicar en recto sentido, y esto ha dado margen á la confesión de algunos mal llamados filósofos racionalistas, declarando que tal asunto empleado en la poesía, es preciso que por su propia terminología haga incurrir al poeta en el estilo prosaico, si no recurre al alegórico de muchos libros bíblicos y particularmente, al divino *Cantar de los Cantares*. A San Juan de la Cruz le veremos en sus *Canciones* recurrir á este medio; pero con tanta propiedad y galanura, que bien pudiéramos decir que en cada uno de sus versos y palabras se encierran mil prodigios y no pocos regalados misterios.

Las *Canciones* que declara el Santo, ya en la *Subida del Monte Carmelo*, ya en la *Noche oscura* (1), son la substancia de toda la Teología mística. En ellas nos refiere ó mejor dicho, nos canta San Juan de la Cruz, en versos inimitables, llenos de sonoridad y armonía, la dicha del alma que llega á la unión de Dios, después de pasar por la noche oscura de la fe y purgar el apetito, no sólo de las cosas sensibles, sino hasta de las especies que los filósofos llaman inteligibles.

¡Con qué alegría nos refiere el alma sus sentimientos por haber logrado *salir sin ser notada* de la esclavitud del apetito, que no sólo la *privaba del Espíritu de Dios*, sino que la *cansaba, atormentaba, escurecía, ensuciaba y enflaquecía!* Una vez que se libra de los apetitos y entra en la noche oscura de la fe, dirígese hacia la *cumbre* apetecida del *Monte Carmelo*,

“A oscuras y segura,

por la secreta escala, disfrazada.”—

con los atavíos que su *Esposo* la regala; en pura fe camina *segura*, hasta llegar al estado semejante á una vidriera que recibe el rayo del Sol. He aquí cómo explica el mismo Santo esta comparación: “si la vidriera tiene algunos velos de manchas ó niebla, no la podrá (el Sol) esclarecer con su luz, ni transformarla totalmente, como si estuviera sencilla y limpia de todas aquellas manchas; antes, tanto menos la esclarece, cuanto ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas, y no quedará por el rayo, sino por ella: tanto, que si ella estuviere pura y limpia del todo, de tal manera la esclarecerá y transformará el rayo, que parezca al mis-

---

(1) El Santo declara las tres primeras, guardando la declaración de las restantes para el *Cántico espiritual* y la *Llama de Amor viva*.

mó rayo y dará la misma luz.» No quiere con esto decir el Santo que Dios y el alma sean una misma cosa, por naturaleza, sino que añade: «aunque, á la verdad, todavía la vidriera, aunque se parezca al mismo rayo, tiene su naturaleza, distinta del mismo rayo; y podemos decir que aquella vidriera es rayo ó luz por participación» (1). Ese estado del alma es el que nos comienza á cantar de la manera más sublime San Juan de la Cruz en las *Canciones* que preceden á la *Subida del Monte Carmelo* y en donde nos habla del *Esposo* y de

«El aire del almena  
cuando ya sus cabellos esparcía,  
con su mano serena  
en mi cuello hería  
y todos mis sentidos suspendía.»

En estas *Canciones* es donde dice la *esposa*:

«En mi pecho florido,  
que entero para Él solo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
yo le regalaba  
y el ventalle de cedros aire daba.»

Aplicábase á estas canciones el escarpelo de la crítica y se escapan las bellezas singulares de que están revestidas; se notará después de leerlas que el entendimiento se halla envuelto, como dice Coll Vehi, en una hermosa nube de oro..., sin que sepamos explicarnos la causa.

Alguna luz pudiera darnos, la divisa del alma enamorada al entrar en *la noche oscura de la fe*, que no es otra sino el «no querer tener gusto en nada, ni saber ni poseer, ni ser algo en nada, para gustar, saber, poseer

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. V.

y serlo todo.» El camino espinoso y obscuro de las diez *nadas* es el que conduce al alma á regiones que nosotros desconocemos.

Si alguna vez pareciere que los sonidos y expresiones empleados por el Santo no tienen relación con los afectos sublimes que canta, débese lograr comprender el sentido de tales expresiones, para que no cese después la justificada admiración. (1)

En las poesías de San Juan de la Cruz se nota que el Autor escribía dominado por el natural impulso de sus sentimientos y no para alcanzar fama de poeta: siempre vemos en él al severo carmelita, al rígido penitente, al hombre desengañado, al ángel extasiado; pero donde parece se desbordan sus místicos sentimientos es en el *Cántico espiritual entre el alma y Cristo su Esposo*.

Apenas hay secreto alguno en las augustas regiones de la Teología mística que no se haga patente á San Juan de la Cruz, entre los tormentos y aflicciones de espíritu padecidos en la cárcel de Toledo; aquel Seraffin prorrumplía naturalmente en el lenguaje propio de tan elevados sentimientos; la poesía era el ropaje más adecuado para expresar aquella ciencia admirable, y fácil es notar la grandeza de su canto—no sé si diga en coplas amorosas ó en versos centelleantes del más puro y divino amor—donde se queja de sus penas al *Amado*:

“¿A dónde te escondiste,

Amado, y me dejaste con gemido?”

La dulzura y la sencillez de esta tierna y amorosa queja es inexplicable; vese el alma ausente de su *Esposo*

---

(1) El Santo se vale de expresiones *muy materiales* y que en su místico lenguaje aparecen totalmente espiritualizadas. Por eso, no debe cesar la admiración.

y prorrumpe en amoroso quejido; se siente herida por el amor al *Esposo*; sale tras *Él* clamando, pero..... ya era ido. Esta soledad y ausencia aumenta el amor y no piensa sino en su *Amado*; por todas partes le busca; no le encuentra, sus ansias crecen y nuevamente prorrumpe en más amargo quejido:

«Pastores, los que fuéredes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura viéredes  
Aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.»

¿Qué importa á la *esposa* que los pastores nada sepan, ni conozcan siquiera á su *Amado*? Su ausencia la trae fuera de sí, y por eso dice:

«Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas:  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras  
y pasaré los fuertes y fronteras.»

Hállase el alma tan embebida en el amor del *Esposo*, que si necesario fuera, no ya dejar de *coger las flores* (1) ni *temer las fieras* (2), atravesando *fuertes y fronteras* (3), sino.....; pero ¡qué decir! ¡qué no hará un alma para quien su *Amado* es su *centro*, su vida, su todo!

¡Qué bien conoce San Juan de la Cruz y qué *realista* es—permitase la frase—en la descripción de un alma enamorada! Su ternura es inimitable y su castiza frase es incomparable. Sabe traducir en verso la situación de un alma en los más apurados lances de amor: ni Fr. Luis

---

(1) Esto es, los *gustos y deleites* que se le pueden ofrecer en esta vida.

(2) Esto es, el *mundo*.

(3) Por *fuertes y fronteras* entiende el *demonio* y la *carne*.

de León, ni Malón de Chaide, ni la misma Santa Teresa describen con tanta precisión los estados del alma contemplativa, desde que empieza á amar al *Esposo* hasta que se llega á Él, en desposorio y en dulce matrimonio espiritual.

Léase con atención esta regalada pregunta que pone San Juan de la Cruz en boca del alma:

«¡Oh bosques y espesuras  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras,  
de flores esmaltado!  
Decid si por vosotros ha pasado.»

Las criaturas la contestan con igual dulzura, diciendo:

«Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura;  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.»

El alma, entreviendo el próximo encuentro, siente avivársele la herida del amor, y exclama:

«¡Ay! ¡quién podrá sanarme!»

Su intranquilidad aumenta, nada del mundo la satisface y, por eso, se dirige al *Esposo* ausente, y le dice:

«Acaba de entregarte ya de vero:  
No quieras enviarme  
de hoy más, ya mensajero;  
que no saben decirme lo que quiero.»

¡Cómo han de saber decirle lo que quiere, si no le ofrecen al mismo *Esposo*!: «Mi Amado para mí y yo sola soy para mi Amado»—Si la hablan del *Esposo*, en vez

de causarle alegría, más *la llagan*, hasta dejarla *muriendo*,

“Un *no sé qué*, que quedan balbuciendo.”

¡Cómo podremos apreciar el sentido y el mérito de estos versos, cuando el mismo San Juan de la Cruz apenas nos da conocimiento de ese regalado y dulce *no sé qué!* (1). No nos cabe duda que el Santo tuvo de ello experiencia; pero tales mercedes son inefables y muchas de ellas, si se sienten, no pueden explicarse, sin un don especialísimo del mismo Dios, según parecer de Santa Teresa de Jesús. ¡Cómo intentar nosotros desflorar el ramo precioso labrado por San Juan de la Cruz para dar á conocer las excelencias del *Amado!* El proseguir en esta tarea sería interminable, y no lograríamos sino repetir y admirarnos en cada canción hasta llegar á los *desposorios espirituales*, donde no es permitido al profano hablar de tan delicada materia, y en ninguna escritura se explica la pasión del amor, como dice fray Luis de León, con más pureza y sentido que en el *Cantar de los Cantares*, de cuyo libro es la paráfrasis más bella y eminentemente mística, el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. Bástenos saber que en este *Cántico* se dicen las cosas “con el mayor primor de palabras, blandura de requiebros, extrañeza de bellísimas comparaciones, que jamás se escribió ni oyó (2)”. La única fuente en que bebe el Doctor extático, es la Biblia. ¡Cuántas bellezas no se descubren en estas celestiales

(1) Al comentar el Santo este *no sé qué*, entre otras cosas dice: “Y así, una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á un alma por vía de paso, es darle claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que *no se puede entender ni sentir del todo*.”

(2) Fr. Luis de León en el *Prólogo* á su *Explicación del Cantar de los Cantares*.

*Canciones!* La estética con sus reglas, enmudece y no se atreve á poner la mano allí donde San Juan de la Cruz escribió; todo en estas *Canciones* respira la más dulce y simpática poesía.

San Juan de la Cruz fué aún más allá en este obscurísimo camino, y después de haber cantado en cuarenta sublimes *Canciones*, animadas por la unidad de pensamiento y la unidad de sentimiento, el más perfecto grado de perfección á que un alma puede llegar en esta vida, nos canta en su *Llama de Amor viva* el estado de unión extática cuando el amor es más *calificado* y *perfeccionado*; “porque, aunque es verdad que lo que éstas y aquéllas (*Canciones*) dicen es todo un estado de transformación y no se puede pasar de allí en cuanto tal, puede con el tiempo y ejercicio calificarse y substanciarse mucho más en el amor. Bien así como, aunque habiendo entrado el fuego en el madero, le tenga transformado en sí, y esté ya unido con él, todavía afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente é inflamado hasta centellear fuego de sí y llamear.”

Tal es la materia sublime que trata San Juan de la Cruz en aquellas *Canciones* que intitula *Llama de Amor viva* y que empiezan:

“¡Oh llama de amor viva  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquivia,  
acaba ya, si quieres;  
rompe la tela de este dulce encuentro.”

Hablar y comentar estas *Canciones* sólo pudo San Juan de la Cruz: nosotros, en silencio, admiremos tanta grandeza y sentimiento tanto. La crítica literaria es

incapaz de penetrar estos augustos misterios y se contenta con los dulces sonidos que tanta armonía producen y con el encantador *bello desorden* de Boileau: tan bien encuentra en ellas expresado “el fondo del pensamiento del poeta y los movimientos de su vida íntima”, condición necesaria en estas poesías, sobre todo.

Si se leen con atención el *Cántico espiritual* y la *Llama de Amor viva*, observaráse que raya el poeta, cual ninguno de nuestros clásicos, en *espiritualizar* el mundo físico, á la vez que *materializa*, con gracia y propiedad sin igual, las ideas y sentimientos incomprendibles á gran número de sus lectores. Siempre estrictan en la verdad más pura estas poesías y hasta pudiéramos decir que el Autor copia é imita la realidad, pero realidad que sólo ve el Santo en momentos de *celestial locura* y cuando rompiendo los límites del mundo fenomenal, remonta su vuelo hasta las esferas del más perfecto de los ideales en donde mora con toda su Majestad suprema la misma Divinidad y suprema Belleza.

Estas sublimes poesías, como creación del genio é hijas de la inspiración religiosa, no excluyen la *universalidad*, aunque honran sobremanera al Parnaso español y son como la piedra angular de la literatura místico-española (1).

Insisto tanto en el plan y materia de estas poesías, porque son las condiciones que, acompañadas de la elocución, constituyen la forma interna, que caracteriza el mérito del poeta; pues sabido es de los críticos que el lenguaje es un *simple medio de transmisión*.

---

(1) Si la índole del trabajo lo permitiese, demostraríamos que este género de literatura tiene origen, caracteres é historia particulares.

No por ello intento cubrir defectos de versificación, pues estoy seguro que, á no existir esta condición en las poesías de San Juan de la Cruz, no hubieran reparado en ellas los que desprecian los asuntos que el Santo nos canta con tanta ternura y sencillez, y no nos las hubieran juzgado como lo han hecho muchos enemigos de los ideales que profesó durante su vida y que hoy ve satisfechos en la Patria de la verdadera paz y justicia.

Además de las poesías mencionadas, tiene otras San Juan de la Cruz. Sus *Coplas del alma que pena por ver á Dios* son una glosa delicada de aquel famoso terceto

“Vivo sin vivir en mí,  
y de tal manera espero, (1)  
que muero porque no muero.”

Nada hemos de añadir á lo que de sí mismas dicen ésta y las restantes poesías del Santo; bástenos leer en los versos finales un retrato acabado de aquella seráfica esposa:

“¡Oh mi Dios! ¡Cuándo será  
cuando yo diga de vero:  
Vivo ya, porque no muero!”

Otras *Coplas* escribió *Sobre un éxtasis de alta contemplación*, del que podemos asegurar que es verdadero retrato de su alma en aquel estado,

“Entréme donde no supe,  
y quedéme, no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.”

En esta poesía intenta el Santo explicarnos aquel divino *no se qué*, referido en su *Cántico espiritual*, diciéndonos que consiste

---

(1) Santa Teresa de Jesús glosó:  
“y tan alta vida espero.”

“en un subido sentir  
de la divina Esencia;”  
y añade que  
“es obra de su clemencia  
hacer quedar, no entendiendo,  
toda ciencia trascendiendo.”

Escribió otras celestiales *Coplas*, glosando estos versos:

“Tras un amoroso lance,  
y no de esperanza falto,  
subí tan alto, tan alto,  
que le di á la caza alcance.”

Otras *glosas* tiene *A lo Divino*, tan preciosas como todas las que nacieron de aquel corazón seráfico, todo henchido de los dones del Espíritu Santo.

Síguelas un *Cantar del alma que se goza de conocer á Dios por fe*, donde parece resumir las excelencias de la doctrina que encierra su *Noche oscura*, y nos presenta al alma sabedora ya de aquellos oscuros caminos de la *pura fe*.

Empieza:

“¡Qué bien sé yo la fuente  
que mana y corre,  
aunque es de noche!”—;

y termina:

“Aquesta viva fuente, que deseo,  
en este pan de vida yo la veo,  
aunque es de noche.”

No podemos dejar de hacer mención de una poesía que intitula el Santo *Canción de Christo y el alma*, no sólo por el mérito intrínseco de la misma, sino porque ha sido inspiración sublime y fecunda para el primer vate que hoy existe en Cataluña. Recuérdese el *Somni de Sant*

*Joan* y vendrá á la memoria la ternura de San Juan de la Cruz en esta *Canción*, en que se duele viéndose llagado por el amor del Corazón divino: «¡Cuán apacible y soberanamente místico—exclama mi amigo querido, el dulce P. Solá—aparece San Juan de la Cruz, contemplando al *Pastor* del Cielo asido de un árbol, á donde se encumbró por ver si vería á su *pastora*! ¿Qué hay de original y propio en la paráfrasis de Verdagner? El sentimiento. Sólo un poeta puede seguir el vuelo de otro poeta, vivir su vida, henchirse de su divina inspiración y derramarla después en los propios cauces de su lengua y de su estilo. Por esta razón, solamente los poetas pueden traducir dignamente á los poetas.....»

Ningún testimonio mejor pudiéramos aducir, en nuestro juicio, á favor de esta *Canción*, que el aprecio hecho por el insigne poeta catalán, mosén Jacinto Verdagner; y si no perdemos de vista la alta significación mística que encierran todas las poesías de San Juan de la Cruz, no podremos menos de alabar la forma elegante y castizo lenguaje en que están escritas estas composiciones amatorias.

Conservamos de San Juan de la Cruz diez composiciones poéticas con el título de *Romances* (1), de los cuales, el primero es una traducción de las bellezas que se contienen en el Evangelio de San Juan «*In principio erat Verbum*»; el segundo trata con admirable maestría sobre la *Comunicación de las tres Personas*, misterio que de continuo le traía suspenso, y en treinta versos resume el tratado teológico de la Santísima Trinidad. En el tercero canta el hecho más poético y digno de los cánticos de San Juan de la Cruz, y no se contenta con refe-

---

(1) Este nombre les da la edición de Sevilla.

rinos las grandezas de la *Creación* de los Cielos, en cuyo

“..... alto colocaba  
la angélica jerarquía;  
pero la natura humana  
en el bajo la ponía,  
por ser en su sér compuesta  
algo de menor valía.”

Toda la *Creación* es un obsequio del *Esposo* á la *esposa*,

“Palacio para la esposa  
hecho en gran sabiduría”—,  
donde ha de descansar, después que abandone este  
mundo visible, pues ya le prometió que

“donde del mismo deleite  
que Dios goza, gozaría;  
que como el Padre y el Hijo,  
y El que de ellos procedía,  
el uno vive en el otro,  
así la esposa sería;  
que dentro de Dios absorta,  
vida de Dios viviría.”

Continúa el Santo cantando en versos delicadísimos  
los vivos deseos de los Santos Padres que esperaban al  
*Esposo*, al que

“.....  
con suspiros y agonía,  
con lágrimas y gemidos  
le rogaban noche y día  
que ya se determinase  
á les dar su compañía”—;

hasta que alcanzan del Espíritu Santo que

“.....  
al buen viejo respondía

que le daba su palabra  
que la muerte no vería  
    hasta que la *vida* viese  
que de arriba descendía,  
y que él en sus mismas manos  
al mismo Dios tomaría,  
    y lo tendría en sus brazos  
y consigo abrazaría»—;

y hasta que

“..... el tiempo era llegado  
en que hacerse convenía  
el rescate de la *esposa*  
que en duro yugo servía.»

Con estas palabras comienza el Santo su *Romance De la Encarnación* y prosigue otros hasta llegar al *Del Nacimiento*. Todos ellos están presididos por una rigurosa unidad de plan, acompañada de esa dulce variedad en la materia que constituye la más admirable armonía.

El décimo *Romance* es una bellísima traducción del salmo que empieza *Super flumina Babilonis*. Júzguese del mérito de esta composición, teniendo en cuenta que el Santo se hallaba entonces, según uno de sus biógrafos, sepultado en una carcelilla triste y miserable, sufriendo tormentos indecibles, *envidiados* por Santa Teresa (1). ¿Quién á no ser el hoy San Juan de la Cruz merecería el brillo de la divina inspiración en aquellos momentos tan propicios, no decimos para declinar en la desesperación, pero sí en la más terrible melancolía? Y, sin embargo, canta su aflictivo estado, y sus lágrimas y sus quejas conviértense en perlas preciosas, que reco-

---

(1) Así lo manifiesta la Santa en uno de los fragmentos de sus *Cartas* al P. Gracián.

ge con cuidado el *Esposo*, para adornar la corona que habría de ceñirle en su Patria.

Léanse, si place, las composiciones escritas con lágrimas de arrepentimiento y con sudores de desesperado, allá en el fondo de una mazmorra ó de una cárcel obscura y hedionda; y, á poder fijarse en ellas, se sentirá al frío de la muerte y un terror indescriptible se apoderará del lector, creyendo ver la sombra de la desgracia que por doquiera enseña su triste figura: á lo sumo y si aquél es varón aprovechado en la virtud, verá frases y conceptos que, si alcanzan las esferas de lo sublime, debido es á un corazón noble y elevado que tiene sus afectos, hijos de un temor reverencial, puestos en el santo temor del Criador.

No obstante, tanta bondad y belleza rayana en lo sublime, no se escapan, como hemos dicho, algunas frases de sabor materialista ó, por lo menos, platónico ó estoico, que disculpamos, dada la situación triste en que se halla envuelta la suerte del Autor, pero detestando los escritos formados ó emborronados con la hiel más venenosa que ordinariamente destila el tal desgraciado.

Hemos leído composiciones de este género y creíamos vernos al borde del abismo; hemos saboreado *Mis Prisiones*, de Silvio Pellico y, de trecho en trecho, no podíamos menos de alabar la misericordia de Dios, que tanto regala á quien le adora, y desde que leímos, en ocasión memorable para nosotros, las dos quintillas escritas por el paciente Fr. Luis de León en la cárcel de Valladolid y víctima de la emulación, despreciamos todo lo mundano y sólo ciframos nuestra felicidad en vivir separados del mundo, *comparados con solo Dios, ni envidiados ni envidiosos*; pero leyendo después á San Juan de la Cruz en la bellísima poesía de que hablamos,

el corazón sólo suspira por la *dulce Sión á quien amaba*,  
y el alma exclama:

En mí por ti moría,  
y por ti resucitaba;  
que la memoria de ti  
daba vida y la quitaba.

Léase á Jáuregui, Argensola, Malón de Chaide, con ser tan místico, y á Fr. Luis de León, con ser tan dulce, y se verá como las traducciones que hicieron de este mismo salmo, no sufren comparación con la de San Juan de la Cruz. No pretendemos rebajar el mérito de tales poetas; sólo sí que se reconozca que el sentimiento místico supera en San Juan de la Cruz al de Malón de Chaide y al de Fr. Luis de León, y que con justicia merece aquí el noble título de *Príncipe de la poesía mística*. En aquella época en que la *Ascética* era tan universalmente conocida, no cabe duda que los conocimientos místicos rayaron á una altura que aún no se ha podido superar.

No creemos tener el ánimo apasionado al colocar á San Juan de la Cruz sobre el prominente sitio que merece y ocupa Fr. Luis de León y en prueba de ello, permítase trasladar las siguientes palabras de un crítico competente: «El lenguaje de Fr. Luis de León es como el de *la Cruz* (San Juan de), místico, alegórico, decididamente bíblico; sus imágenes y sus figuras están como las de *la Cruz*, embellecidas con el hábito de un sentimiento inalterable. Es, á no dudarlo, León uno de los poetas en cuyas obras más vivamente está encendido el fuego del amor divino; mas es también para nosotros indudable que media entre él y Juan de la Cruz una distancia inmensa, León, cuando toma la pluma, vive aún en el mundo de que anhela separarse; Juan de la

Cruz, como llevamos insinuado, no toma la pluma sino cuando está ya fuera del mundo fenomenal, cuando está emancipado ya de la materia. Para León, la unión con el centro universal de que ha sido desgajada su alma, es aún una aspiración, un deseo; para *la Cruz* es ya la realidad, es ya un hecho consumado: León está sumergido sólo en la creencia; Juan de la Cruz lo está en el más profundo misticismo. En León vemos aún al hombre; en Juan de la Cruz no vemos ya más que una parte del hombre, el alma.

«No hacemos en este paralelo sino repetir y dar vueltas á una sola idea, es decir, que Juan de la Cruz entre todos los ingenios de su siglo, Granada, León, Arias, Estella, Zárate, Chaide, Esquilache..., fué ya desde luego una verdadera individualidad, un autor verdaderamente original, un tipo; y así como imprimió en todas sus obras el sello de su carácter especial y, sin quererlo ni sentirlo, se separó de la senda que aun sus más allegados le trillaban, así también se separa de Fr. Luis de León, que tan dulcemente sabe apartarnos de la agitación del mundo y llevarnos al conocimiento de Dios desde las floridas praderas, bañadas por los arroyos, y las obscuras y silenciosas galerías de los claustros..... Léase con detenimiento á León, y se atribuirán todas sus odas, tanto á una necesidad de expansión como á un deseo de rendir culto al arte; léase á *la Cruz*, y se atribuirán sus poesías al simple y natural desborde de sus sentimientos. León no se ha desdeñado de bajar hasta el amor profano (1) y dedicarle cantos originales

---

(1) Fr. Luis de León empleó su musa en agradables ocios, sobrado inocentes; á cantar el amor profano, por otra parte casto, y de ello nos ha dejado muestra en cinco sonetos, sobre todo el que empieza: "*Agora con la aurora se levanta,*„

y cantos traducidos; *la Cruz* no componía jamás una estrofa en que no hiciera reflejar el mundo puramente intelectual, el mundo del espíritu. No pretendemos rebajar á León, ni vamos ahora á decidir del relativo mérito de entrambos; pero si pretendemos hacer ver que, por semejantes que parezcan en su marcha y sus tendencias, pertenecen los dos á muy distinto género (1)».

Pálido fuera cuanto dijéramos del mérito de las poesías místicas de San Juan de la Cruz: sólo nos resta añadir que si en las poesías de Fr. Luis de León hay más arte y más filosofía, en las del *Doctor extático* parece que el alma humana se abisma en un piélago insondable de bellezas, cuando olvidándose del barro que la oprime, divisa en cada palabra y en cada verso las huellas de un espíritu sobrenatural y divino. Si en la forma le aventajan otros poetas del *Siglo de oro*, nadie le aventaja en el fondo, pues el Santo no cultivó la poesía como un arte que se termina de una manera próxima en el deleite causado por la más alta expresión oral de la belleza, sino «como una forma rítmica en que encerraba mucho sentido doctrinal: todavía hay en sus versos un estilo tan delicado, unos conceptos tan profundos y sublimes y tal expresión de amor divino, que bien se declara en ellos el peregrino ingenio que así supo encerrar en pocos números toda la sustancia de sus obras, asemejándose muy mucho al inspirado Autor del *Cantar de los Cantares*, del cual hizo una hermosísima explicación, después de haberlo traducido en excelente verso castellano (2)».

---

(1) *Biografía ecclca. comp.*, tom. XII, pág. 43.

(2) D. J. M. Orti Lara en su *Prólogo á las Obras de San Juan de la Cruz*, pág. 4, edic. Madrid—1872.

Nada hemos de añadir á lo dicho: la premura con que el tiempo nos embarga es obstáculo para extendernos más en consideraciones agradables y que realzasen más el concepto literario de las obras de San Juan de la Cruz, y particularmente, sobre la fuente de inspiración que las produjo. Pero sería injusticia, si no terminásemos este trabajo con el juicio breve formulado por la antigua Universidad de Baeza: “De los escritos profundísimos—dice—del Señor San Juan de la Cruz, ya se sabe lo que todos dicen, aunque ninguno ha dicho lo que basta dellos (1)”.

---

(1) Copiado del archivo de Carmelitas Descalzos de Segovia.





# SOCORRO DEL CIELO.



LEYENDA EN ELOGIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.



**Autor**—D. BERNARDO MAESO, DE SEGOVIA.

**Premio**—DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE QUINTANAR.

LEMA—*«Pro patria et religione mea.»*

## I.

A orillas de una laguna,  
cuyas aguas verdinegras  
fondo de cieno denuncian,  
cuya superficie tersa  
riza el aura con su soplo  
y con el Sol centellea,  
siendo espejo de los cielos  
para ocultar su impureza,

como se oculta el delito  
con virtuosas apariencias,  
un grupo de alegres niños  
con gozo envidiable juega;  
con risas, con algazara  
á su recreo se entregan,  
y aplauden con entusiasmo  
sus infantiles proezas.

Tiran al agua varitas  
y con ansiedad esperan  
que las perezosas ondas  
á las orillas las vuelvan,  
y de vencedor el premio  
logra el primero en cogerlas.

Sólo en esa tierna edad  
de tan hermosa inocencia,  
una cosa tan sencilla  
de tal modo se celebra.

Mas como nunca en el mundo  
existe dicha completa,  
uno de ellos, Juan de Yepes,  
cuya rizada melena,  
cuya mirada tranquila  
y cuyas formas esbeltas,  
más que un hijo de los hombres  
un serafín asemejan,  
inclinase hacia la vara  
con tan fatal ligereza,  
que falto de todo apoyo,  
cae en las ondas revueltas  
y desaparece al punto  
como sorbido por ellas.

## II.

Cual bando ligero de tiernas palomas  
que asusta el disparo de algún cazador,  
cual triste rebaño que vaga en las lomas  
y allí le sorprende del lobo el furor;  
así aquella turba de alegres chicuelos,  
con alas que el susto sujeta á sus pies,  
con tristes lamentos clamando á los Cielos,  
emprende la fuga del campo á través.

Rendidos, jadeantes, ahogados de pena,  
llegando á la ansiada cercana Ciudad,  
dan cuenta del caso, y en torno resuena  
un grito sublime: «¡Favor! ¡Caridad!»

Que todos aprecian la tierna inocencia  
del niño Juanito, su hermoso candor,  
sus dulces afectos, su ciega obediencia  
al Código eterno que impuso el *Señor*.

Cual bola de nieve que crece rodando,  
así los rumores crecieron también:  
las nuevas de males se extienden volando;  
con pies van de plomo las nuevas del bien.

Al fin sabe entera la atroz desventura  
la viuda infelice, la madre de Juan;  
inunda su pecho cruel amargura  
y corre hacia el lago, creciendo su afán.

Van muchos con ella á darla su ayuda,  
que llega ya tarde, bien claro lo ve;  
mas pide al *Eterno* clemente la acuda,  
pues guarda su pecho tesoros de fe.

Corriendo van todos, sin paz, sin consuelos,  
que acaso no puedan su vida salvar;

mas ¡ah! ¡qué prodigio reservan los Cielos!  
¡Qué pluma pudiera su asombro pintar!

Allí, hacia la orilla, postrado de hinojos,  
se encuentra el objeto de su tierno amor  
fijando en el Cielo los limpidos ojos,  
cruzadas las manos con santo fervor.

Allá va la madre, amantes se abrazan,  
á dulces caricias se entregan los dos,  
la eterna clemencia sus labios ensalzan  
y juntos, rendidos, dan gracias á Dios.

Ya vuelven, llevando su prenda querida;  
rodéanle todos, albricias le dan;  
el raro portento con voz conmovida  
y acento inspirado, así cuenta Juan:

### III.

“Cuando en el lago caí  
y en su fondo me encontré,  
ayuda al Cielo pedí  
y su favor invoqué.

Envuelto en inmundo cieno  
que tenaz me sujetaba,  
con el ánimo sereno  
luchando con él, rezaba.

A pesar de mi valor,  
más en el fango me hundía;  
recé con doble fervor,  
cual se reza en la agonía.

Al Faro de salvación,  
la Virgen elemento y pura,  
elevé mi corazón,  
cifré en ella mi ventura;

y cuando ya tal tormento  
iba mi vida á acabar,  
sentí impulso violento,  
aire hallé que respirar.

Aunque lejos de la orilla,  
sobre el agua me encontré  
por estraña maravilla,  
que más acrece mi fe.

Cercada de resplandor  
que la blanca aurora imita,  
mirándome con amor,  
vi allí á la Virgen bendita.

De sus ojos emanaba  
tal encanto, tal ventura,  
que mi peligro olvidaba  
extasiado en su hermosura.

Divina y segura planta  
fija en el piélago insano,  
y sobre el agua adelanta  
tendiendo hacia mí la mano.

Aún el cieno á mi adherido,  
¿cómo aceptar tal ventura?  
¿cómo manchar atrevido  
aquella mano tan pura?

De pronto—¡Favor precioso  
que nunca esperar osara!—  
surgió á mi lado el *Esposo*,  
alargándome su vara.

Al báculo milagroso  
me así, á la margen me llevan  
y entre cántico armonioso,  
hacia los Cielos se elevan.

Absortoen su adoración

me encontrasteis en la orilla.»

—Tal fué de Juan la sencilla  
y piadosa relación.—

#### IV.

Absortos se quedan los que oyen la historia,  
mirando á Juanito con santo temor,  
que adorna su frente un nimbo de gloria  
y acude María á darle favor.

Razón les asiste; el niño que el Cielo  
rodea tan pronto de mágica luz,  
fué luego el ardiente campeón del Carmelo,  
el místico asceta: ¡*San Juan de la Cruz!*



# ÍNDICE.

	PÁGINAS.
PRÓLOGO.....	V
A SAN JUAN DE LA CRUZ—Poesía, por Doña Carolina Valencia—Premio de la Real Academia Española.....	1
SAN JUAN DE LA CRUZ EN VISIÓN EXTÁTICA—Poesía, por «Un devoto religioso y siervo de María»—Premio de S. M. la Reina Regente.....	11
EN ELOGIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ—Oda, por D. Eduardo Pato y Martínez—Premio de S. A. la Serenísima Infanta Doña Isabel.	17
EN LOOR DE SAN JUAN DE LA CRUZ—Soneto, por D. Calixto Ballesteros—Premio de la Exma. Diputación provincial de Segovia..	21
TRABAJO DESCRIPTIVO (en prosa) DE UN EPISODIO HISTÓRICO-MILITAR, POCO CONOCIDO, DE LAS GUERRAS RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI, DURANTE LA VIDA DE SAN JUAN DE LA CRUZ—Por «Un soldado anónimo»—Premio de la Academia de Artillería.....	23
SAN JUAN DE LA CRUZ, CONSIDERADO COMO POETA LÍRICO—Por D. Alvaro L. Núñez—Premio del Instituto de segunda enseñanza de Segovia.....	37

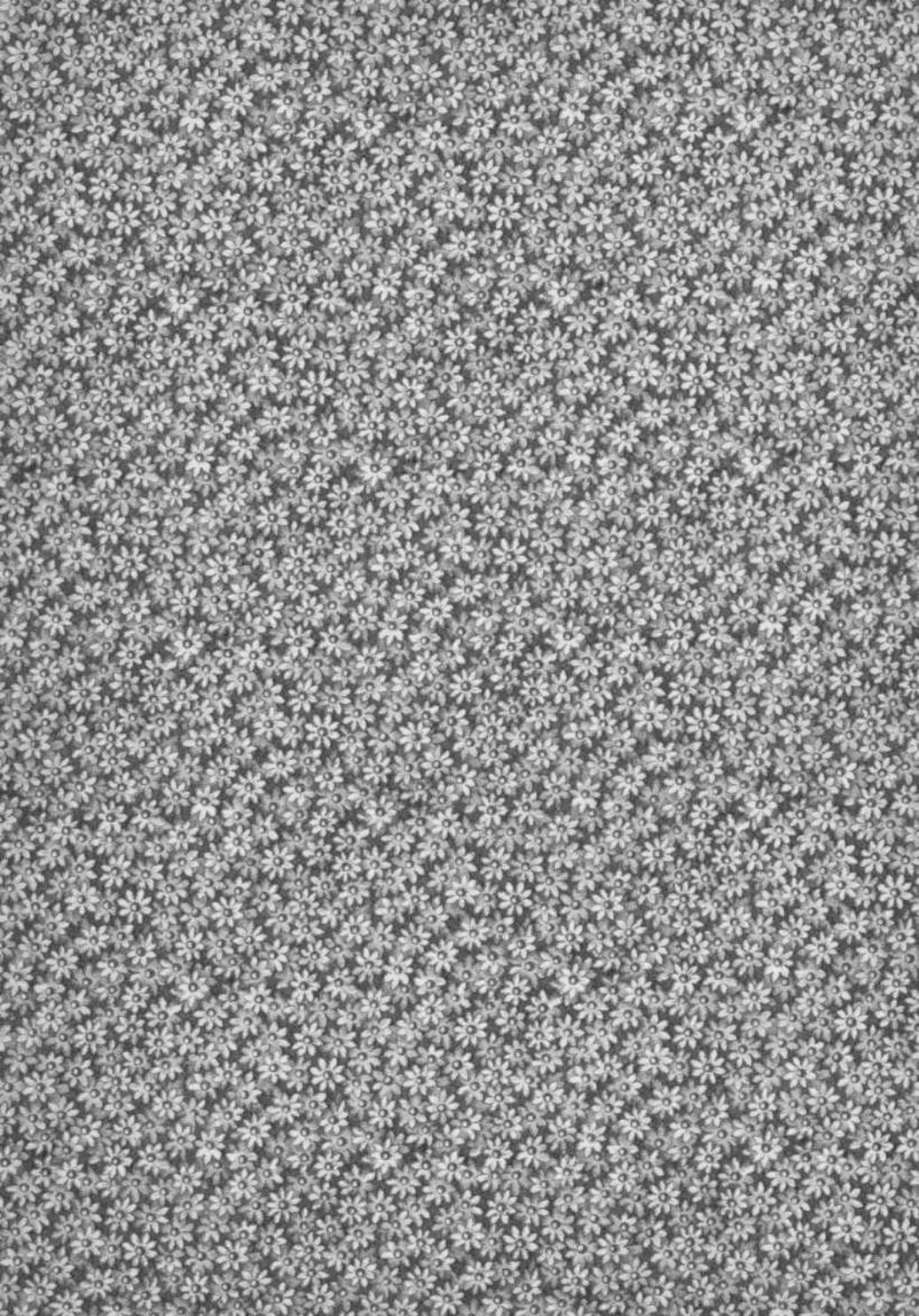
AL GRAN POETA LÍRICO SAN JUAN DE LA CRUZ —Poesía, por D. José Rodao—Premio del Excmo. Sr. Marqués del Arco.....	59
DEMOSTRACIÓN DE QUE EN SAN JUAN DE LA CRUZ SE ENCUENTRAN TODOS LOS REQUISITOS NECE- SARIOS PARA SER DECLARADO DOCTOR DE LA IGLESIA— Por el R. P. Fr. Eulogio de San José—Premio del R. P. Provincial de Car- melitas Descalzos.....	65
EXAMEN CRÍTICO DE LAS OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ, BAJO EL CONCEPTO LITERARIO—Por «Un Solitario de Benicasin» (Desierto de las Palmas, Castellón)—Premio del Excelen- tísimo Sr. Conde de Alpuente.....	93
SOCORRO DEL CIELO—Leyenda en verso y en elogio de San Juan de la Cruz—Por Don Bernardo Maeso—Premio del Excmo. señor Marqués de Quintanar .....	139

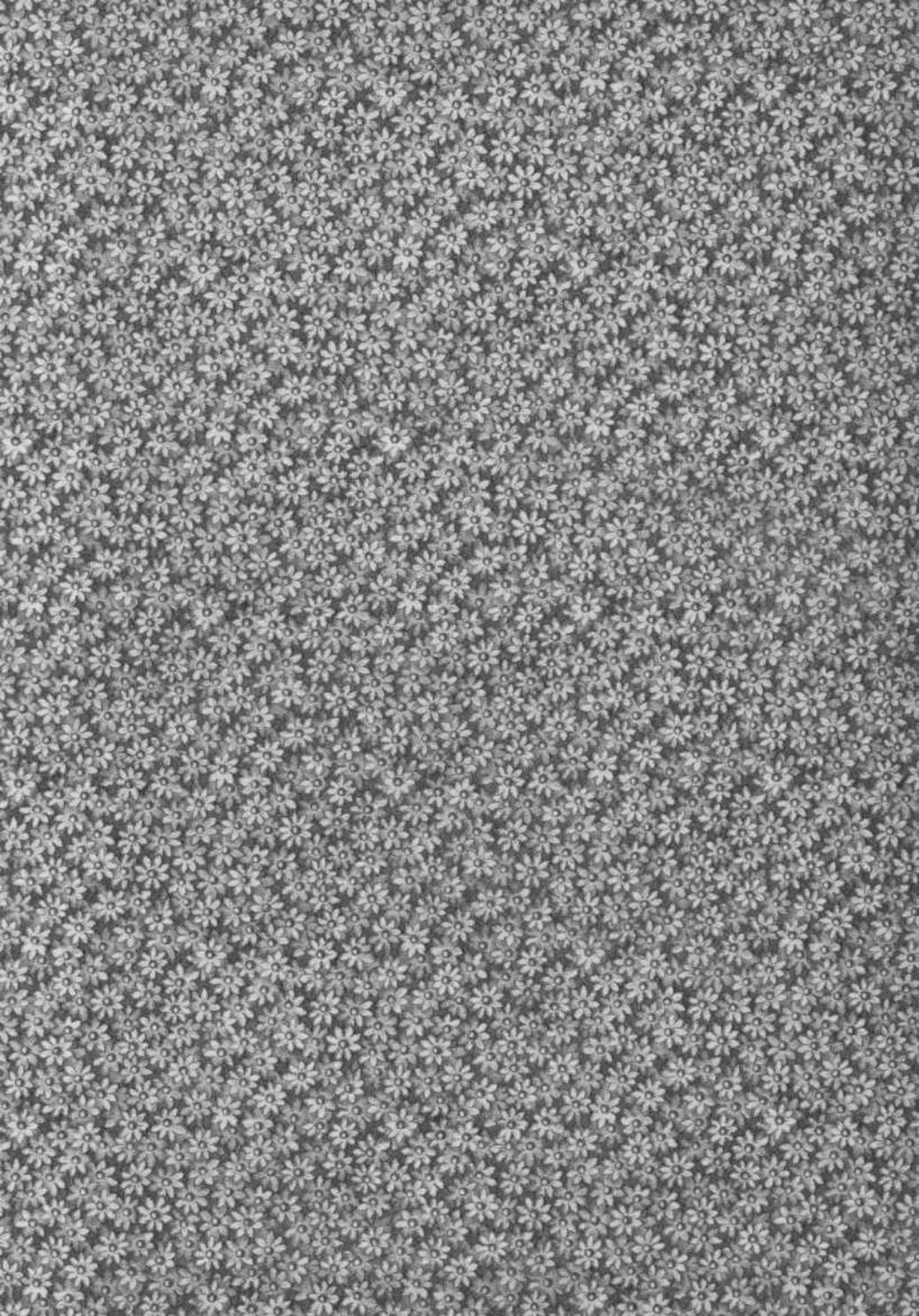
\*  
\* \*

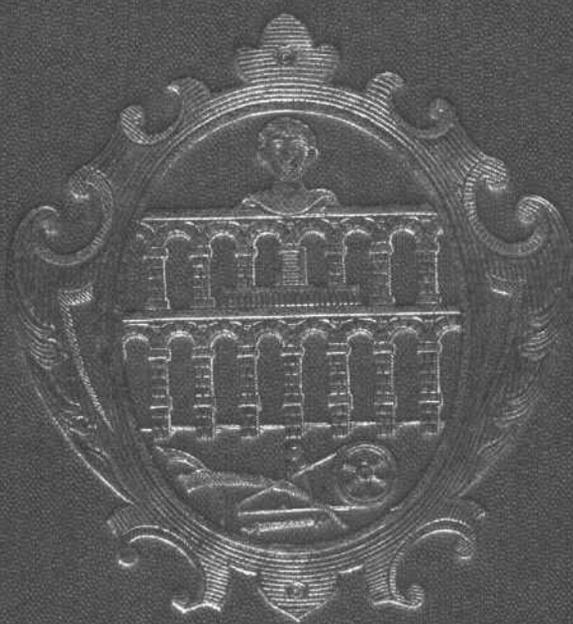
**Advertencia final**—El mayor empeño por que una publicación literaria resulte completamente libre de incorrecciones, suele fracasar ante deficiencia en la observación de quien busca los dislates tipográficos ó descuido del que ha de corregirlos; y de ello es un comprobante más esta obra, en cuyo PRÓLOGO (pág. XXVII, l. última) aparece *preferidos* en lugar de *preteridos*.

Aunque, no obstante el cuidado puesto para evitarlas, exista alguna que otra errata más, no hacemos *fe* de ellas, confiando al buen sentido del lector la subsanación de las que hubiere.









G-120035